

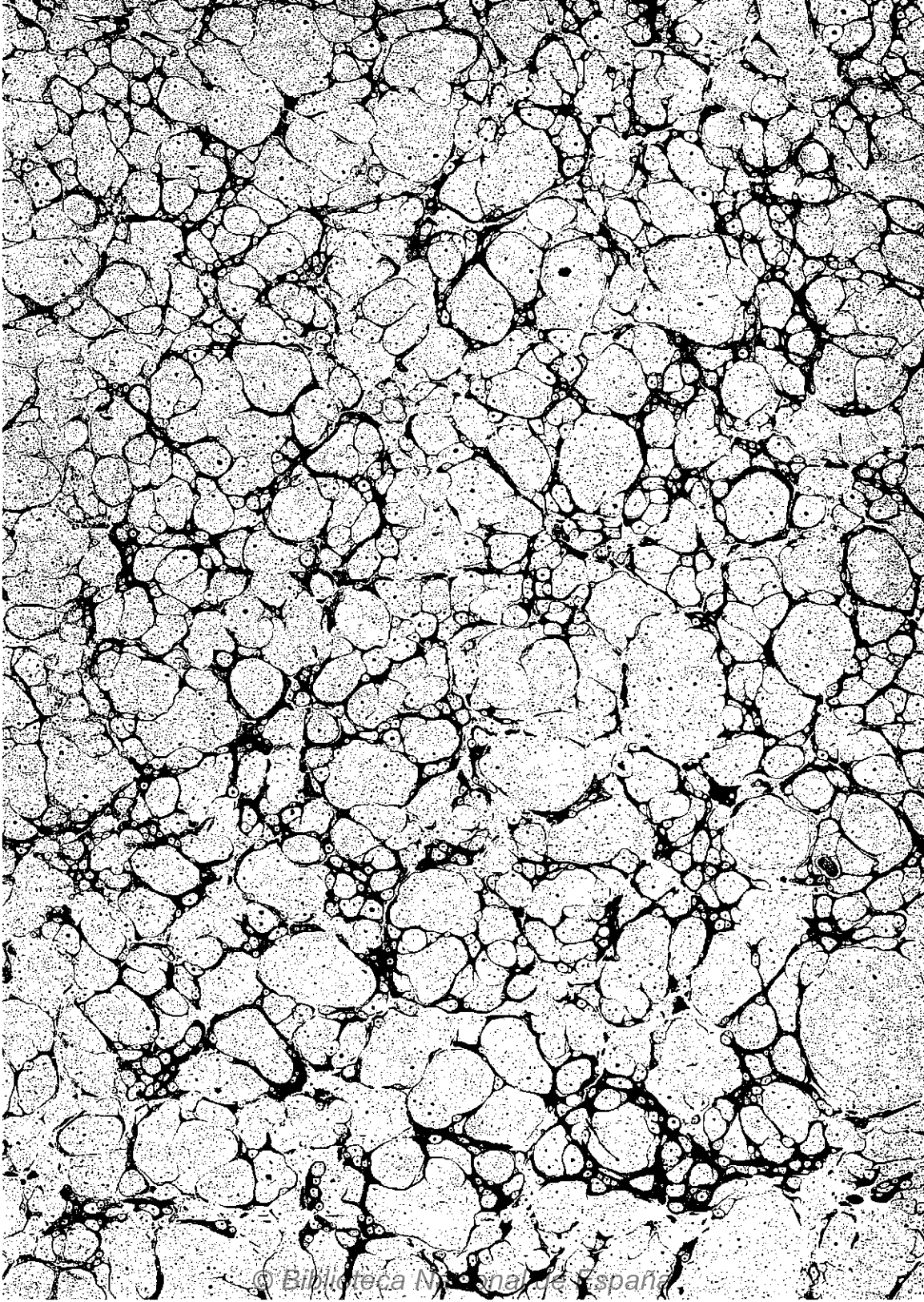
EL PUENTE MAYOR DE CALZADILLA

2
2822

427-2

2

2822



86-34.182

EL PUENTE MAYOR
DE VALLADOLID:

LEYENDA TRADICIONAL

ESCRITA

POR E. FEIJÓO DE MENDOZA,

Y DEDICADA

AL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LA MISMA CIUDAD.



VALLADOLID:

IMP., LIB. Y ALMACEN DE PAPEL DE F. SANTAREN.

1872.

57



AL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID.

EXCMO. SR.

A nadie como á V. E. puedo dedicar esta leyenda, que está consagrada á la obra mas grandiosa que de la edad media hay en Valladolid.

V. E. que tanto hace por los adelantos y embellecimiento de este pueblo, la acogerá con bondad; porque trata de su mas noble señor y del que mas trabajó por engrandecerlo.

No es digna de V. E. y solo tiene la disculpa del buen deseo y el tiempo en que fué escrita: que es el corto espacio de quince dias.

Soy, Excmo. Sr., su atenta y fina servidora Q. B. S. M.

E. Feijóo y de Mendoza.

Valladolid Setiembre 21 de 1871.



*Ala Biblioteca Nacional
La Tutora*



EXCMO. SR.

Cumpliendo con el acuerdo de V. E. tomado en sesion del 22 de Diciembre último y relativo á que informe sobre el mérito literario de la obra á que se contrae la solicitud que precede á su respetable resolucion, digo: que he examinado la obra aludida cuyo título es EL PUENTE MAYOR DE VALLADOLID, leyenda tradicional, dedicada por la escritora de la misma á V. E.

Tal produccion, atendido al corto tiempo empleado en ella, el asunto ú objeto que desenvuelve y el método seguido ó adoptado, es de las mejores en su linea.

Versa sobre una de las mas grandes construcciones de nuestro pueblo natal, de la entonces villa de Valladolid, de la que eran señores el conde D. Pedro Ansurez y su esposa Doña Eloisa.

En quince dias parece imposible haber escrito tanto y tan bueno, á no reconocer el génio, el don de la inventiva, y una imaginacion ardiente, creadora y fecunda, combinada con la mas asidua laboriosidad.

Su objeto es digno, elevado, sublime y corresponde á el autor, y á la benemérita corporacion á quien consagra sus trabajos.

Su distribucion, coordinacion ó método, es inimitable; sobradamente lógico, y muy adecuado á la índole y naturaleza del pensamiento que semejante tarea entraña.

En esa leyenda tradicional se encuentra una introduccion histórica; una idea del constructor árabe Mahomed, que lo fué tambien del Hospital de Esgueba; del moro Omer y la sultana de Toledo Zoraida Fátima; de los sentimientos de la condesa, como esposa y como madre; de la atrevida pasion de Mahomed por Zoraida, y excesos de aquel; de los pesares domésticos de la de Ansurez: aparicion del mencionado constructor; infames tentativas de Omer contra la señora de Valladolid; noticias de la sultana, victima de un rapto y de una reclusion; presentacion de un romero ó peregrino desconocido, y la



narracion de un crimen execrable valiéndose del tósigo, estremos todos que constituyen la primera parte de la leyenda distribuida en capitulos, y con tal artificio y aire de novedad que arrebatada, seduce, arrastra y mantiene siempre viva la ilusion.

La biografía del constructor español, ó adicionador del puente; su antagonismo con el constructor primero el árabe Mahomed, y el constante espionaje sobre él ejercido; el motivo de hallarse Zoraida en el alcázar de los condes: multitud de sucesos que excitan el mayor interés; la situacion de cuantos figuran en la amena composicion, las imprudencias del moro Omer penetrando por la vez tercera en el augusto palacio: la pintura del carácter del conde como esposo de la edad media; sus victorias y esfuerzos; la evasion de Fátima de la prision á que la redujo el moro Mahomed, la conclusion y ensanchamiento del puente por el romero, incógnito disfrazado y que era el verdadero conde de Llobregat; su solemne casamiento con Zoraida reconocida como Infanta: el asesinato de D. Alonso, primogénito de los condes; las aventuras de D. Fadrique de Lara, Gobernador de Valladolid durante la ausencia del Sr. de la Villa: su muerte alevosa y el justo castigo de los asesinos Mahomed y Omer, es cuanto á grandes rasgos abraza la segunda parte de la leyenda tradicional, que bien puede llamarse novela histórica. Su epilogo es su complemento.

El que informa á V. E. es acaso el menos competente para el efecto, incapaz por lo mismo de formar juicio crítico que debió encomendarse á la Universidad ó cualquiera otra corporacion científica. Sin embargo, y por conclusion se consignará: 1.º que la señorita Feijóo de Mendoza, ha pintado fielmente el carácter y costumbres de Valladolid en la época á que se contrae: 2.º que ha retratado con suma delicadeza todos los personajes principales: 3.º que ha multiplicado las bellas descripciones con expresion de las causas de los acontecimientos notables, y con estilo claro y conciso: 4.º que ha distribuido con economía y oportunidad algunas reflexiones filosóficas que, sin distraer el objeto principal, elevan el espíritu é interesan mas en favor de lo que se lee: y 5.º que tiene nombre la de Feijóo y Mendoza entre los amantes de la literatura y es por demás conocida en el mundo ilustrado.

En efecto, Sr. Excelentísimo: su novela histórica, impresa ya por dos veces, DOÑA BLANCA DE LANUZA, LA EDUCACION MATERNAL para uso de las escuelas; la novela de costumbres LA VICTIMA DE SU VANIDAD y la actual leyenda, la conquistan un lugar distinguido entre los escritores públicos, y la hacen por demás digna de la proteccion de V. E. por el singular mérito de su original composicion.

Esa distinguida corporacion podrá estimarlo así ó resolver como siempre lo que considere mas justo.

Valladolid 5 de Enero de 1872.—Dr. Bonifacio Cámer y Gonzalez,
Síndico del Exemo. Ayuntamiento.



INTRODUCCION HISTÓRICA.

Por los años de 1080 era señor de Valladolid D. Pedro Ansurez, conde de Carrion y de Saldaña y Libana; llamado vulgarmente el conde Peranzules. Descendía D. Pedro Ansurez de una nobilísima familia, que remontaba su origen á los tiempos del emperador romano Augusto.

Su primer ascendiente habia sido un capitán astur, llamado Ansur, que dirigiendo á la legion de Cangas de Tineo, hizo la guerra al emperador Augusto.

Desde tan antigua época, fué ascendiendo esta noble familia, y distinguiéndose en los hechos importantes que ocurrieron en España, en todos sus reinos.

Era hijo el conde Peranzules, del conde Ansur Díaz, personaje importante y distinguido, que asistió á la coronacion de D. Fernando I, rey de Leon en dicha ciudad, por el año de 1059 con los obispos y señores mas nobles del reino.

Muerto el rey D. Fernando I el Magno, por los años de 1065, dejó divididos sus reinos entre sus cuatro hijos; D. Sancho, el mayor, dejóle la corona de Castilla; D. Alonso el reino de Leon; Galicia á don García; y Zamora con otras ciudades á su hija Doña Urraca, como infantazgo.

Poco satisfecho D. Sancho con la division que de los reinos habia hecho su padre el rey D. Fernando I el Magno, y de que á él como primogénito no le correspondiese todo, declaró guerra á su hermano D. García, al que arrojó del reino de Galicia obligándole á huir, y se apoderó de su herencia. Lo mismo hizo con su hermano D. Alonso, rey de Leon, el que menos afortunado cayó prisionero en su poder.

Acompañaba á D. Alonso, D. Pedro Ansurez, que era uno de sus



mejores vasallos, ó mas bien su amigo; pues como á tal le distinguia el rey D. Alonso por haberse educado con él.

Orgullosa D. Sancho con sus triunfos, y con verse, gracias á la suerte de sus armas, rey de Castilla, Leon y Galicia, obligó á su hermano D. Alonso, que era el que mas sombra le hacia y al que temia mas, á que entrase en el Monasterio de Sahagun para profesar en él como fraile.

Aparentó D. Alonso conformarse con su mala suerte, y entró en el monasterio; pero desde él huyó á Toledo á ampararse del rey moro Almenon, y en Toledo se le reunieron muchos nobles de su reino de Leon, siendo de los primeros su amigo D. Pedro Ansurez.

El rey D. Sancho, no hizo caso de la huida de su hermano, ocupado como estaba en el cerco de Zamora, que queria arrebatar á su hermana la infanta Doña Urraca.

Ya la habia despojado de todas las ciudades de su Infantazgo, y solo la quedaba Zamora, donde Doña Urraca se habia refugiado como su último amparo.

Viendo D. Sancho que la ciudad permanecia fiel á Doña Urraca, y que sostenia el sitio con firmeza, desesperado é impaciente, se puso de acuerdo con el traidor Vellido Dolfos, que saliendo de la plaza en secreto, le ofreció entregarle la ciudad; pero el traidor habiendo atraído á D. Sancho una noche, con pretesto de enseñarle una entrada en las murallas por donde pudiese penetrar su ejército, le dió la muerte al pié de las mismas murallas en el año de 1072.

Al saber D. Alonso la muerte de su hermano, salió de Toledo en compañía de sus fieles caballeros, y gracias á los acertados consejos de D. Pedro Ansurez, conde de Carrion y de Saldaña y Libana, fué reconocido por rey de Castilla, Leon y Galicia en el mismo año de 1072, en Córtes de Zamora, y con el nombre de Alfonso VI.

Agradecido D. Alonso á los caballeros que le habian sido fieles en su desgracia, otorgó á todos mercedes y señoríos; pero en especial á su amigo el conde D. Pedro, á quien dió como señorío la hermosa villa de Valladolid en 1074.

Era D. Pedro Ansurez caballero de grandes virtudes y de los de

mas talento; consejero, general y amigo del rey D. Alonso VI, puede decirse que reinaba mas que el mismo rey.

Cuando no estaba en compañía del monarca, ó haciendo la guerra como entendido caudillo, residía en su ciudad de Valladolid, á la que se ocupaba de aumentar y hermostear.

Desde el año de 1074, que el rey le hizo donacion de ella, hasta 1080, construyó: su palacio de residencia (hoy Hospital de Santa María de Esgueba) el que levantó á estramuros de la villa, por parecerle pequeña, y así agrandarla mas. Edificó la Iglesia de Santa María de la Antigua, próxima á su palacio, y la que le servia de capilla y de parroquia, y con el fin de que se diese culto con toda majestad, puso en ella un Abad con su prior, con clérigos ó canónigos que asistian continuamente á los divinos oficios.

Le ayudaba en sus magnificas construcciones su esposa Doña Eylo ó Eloisa, señora de grandes virtudes y adornada de gran talento para aquellos tiempos.

Descendia de una nobilissima familia y habia dado al conde don Pedro cinco hijos, un hijo y cuatro hijas.

En este año de 1080, y despues de haberse ocupado por espacio de seis años en hermostear su ciudad de Valladolid, disponiase el conde D. Pedro á partir á la guerra contra los moros del reino de Sevilla, lo que tenia en extremo disgustada á su leal villa.

PRIMERA PARTE.

EL CONSTRUCTOR ÁRABE.

CAPÍTULO PRIMERO.

La despedida.

En una fresca mañana del mes de Abril del año de 1080, presentaba la muy leal y heroica villa de Valladolid una gran concurrencia y animacion.

Veíanse campesinos de los cercanos pueblos y de los demas comarcas; soldados y pecheros, todos reunidos y mezclados.

Eran las doce del dia, y en el palacio de los condes de Carrion y señores de Valladolid, se notaba mas que en ninguna otra parte la efervescencia y animacion que precede á un gran suceso.

Los corredores, antecámaras y cámaras, estaban llenos de soldados y servidores del conde D. Pedro, y en la plaza del palacio, hasta una larga distancia, el ejército de su mesnada, que debia acompañarle.

En una de sus mas suntuosas cámaras, ó mas bien salon de honor, pues estaba decorado y adornado para recibir con estradillo y sillones blasonados con dosel, se hallaba el conde D. Pedro en compañía de su esposa Doña Éloisa ó Eylo, como se decia entonces, y de sus hijos.

Tendría el conde D. Pedro Ausurez de unos treinta á treinta y cinco años, y estaba en todo el esplendor de su virilidad.

Era de estatura aventajado, y tenia una cabeza noble, y una frente en la que se le leian sus heróicos pensamientos. Frente altiva, dominante, verdadera frente de héroe. Sus ojos tenian la mirada fija y penetrante de los grandes talentos y parecian querer leer hasta el interior de los corazones. Sin embargo, su mirada era franca, leal, mirada en la que se adivina una alma noble. Su color era un castaño claro; pero que en el ardor del combate se animaban de un modo tal aquellos hermosos ojos, que parecian arrojar llamas. El color de su rostro blanco pálido, curtido, ó mas bien sombreado por los ardores del sol ó las inclemencias del tiempo en los combates.

La barba y los cabellos de un castaño claro, casi rubio, y caracterizando el distinguido tipo godo, del que descendia el conde D. Pedro, sin mezcla de sangre árabe.

Su continente todo y su apostura, llena de nobleza y señorío. Al mirar á D. Pedro Ansurez, aunque no fuese mas que un momento, se veia en él al hombre de hierro de la edad media, al caballero que descendiente del capitán Ansur, compañero de Pelayo, vivia solo en los combates contra los moros para, á imitacion de su valiente ascendiente, morir ó arrojar del suelo de España á los usurpadores que habia traído la traicion del conde D. Julian.

Estaba vestido con una preciosa armadura de Toledo, que brillaba á los rayos del sol, y armado de todas sus armas.

En su rostro se veia la satisfaccion del guerrero valiente, del entendido general que va á combatir por el honor de su patria, y que tiene la seguridad de no empañar su limpia honra con una cobardia.

Su esposa, la condesa Doña Elyo, tenia de veinticinco á veintiocho años y era de una belleza dulce y seductora.

Blanca con la blancura del nácar, rúbia y delicada: tenia unos hermosos ojos azules, en los que se leia la pureza de su alma; la frente ancha y despejada, estaba coronada de cabellos ensortijados de un rubio dorado y adornada con una pequeña corona de plata.

Las megillas animadas de un brillante sonrosado y la boca pequeña, de labios finos y encarnados. Sus piés y sus manos eran admirables, y aunque de pequeña estatura no carecia de majestad. Vestia una túnica de brocado rojo, con los cuarteles de sus armas bordados de seda negra, y ceñia su talle un cinturón de plata, como la corona. Pendientes de su cintura tenia muchas llaves, pues las señoras de aquella época, aun las mas ricas y nobles, no se desdefiaban de traer las llaves de su casa y de mirar ellas mismas por su gobierno. En las orejas llevaba arracadas de corales, y un collar de muchas vueltas ceñia su cuello. Lujo muy grande para aquel tiempo y que denotaba la riqueza del conde D. Pedro. A su lado se agrupaban sus cinco hijos, sin ayas

ni criadas que los cuidasen, pues las madres de entonces no cedían á nadie el cuidado de sus hijos, y menos que ninguna Doña Eloisa, esposa cariñosa y amante madre.

Su hijo mayor se llamaba D. Alonso, niño de seis años, y las hijas, Doña María de cinco, Doña Emilia de cuatro, Doña Elvira de tres y Doña Mayor de dos años.

El niño D. Alonso tenía cogida la mano de su padre y miraba su armadura con infantil curiosidad.

Las niñas Doña María y Doña Emilia las tenía la condesa á cada una de su mano, y Doña Elvira y Doña Mayor se asían de su falda dando traspiés.

D. Pedro miraba á su esposa y á sus hijos con un amor infinito, y se olvidaba de su belicoso ardor de guerrero por el cariño de aquellas prendas tan amadas de su corazón.

Doña Eloisa, aunque mujer de gran aliento y valor, estaba triste por la marcha de su esposo, y procuraba contener una rebelde lágrima próxima á asomar á sus ojos.

El conde lo comprendía: así fué que la dijo con dulzura:

—Eloisa, esposa mía, te veo triste y apenada por mi marcha, y eso no lo acostumbras tú. Siempre has sido la primera en animarme y darme aliento en mis empresas, por lo que si algo hice bueno, á tí lo debo, mi hermosa compañera.

—Pedro, le contestó la condesa con acento triste: cuando has partido á la guerra en las infinitas veces que lo has hecho desde que estamos casados, quedaba triste, aunque lo disimulaba; pero no sentía la angustia desgarradora que hoy siento. No se por qué, mas tengo el presentimiento que en tu ausencia me va á ocurrir alguna horrible desgracia.

—¡Por Dios Eloisa! Tú tan piadosa, ¿crees en sortilegios ni brujerías?

—No, Pedro, sino en hechos reales; contestó la dama dejándose caer con desaliento en un escabel; al separarme hoy de tí, no temo el no volverte á ver, no. Combates contra los enemigos de Dios y él te prestará su ayuda, y sino te da la victoria, no te abandonará. Yo temo alguna cosa oculta, algún crimen desconocido, alguna traicion que no esté ni á tu alcance ni al mio.

D. Pedro, el valiente D. Pedro Ansurez, se estremeció como un cobarde, porque no hay valor posible si se teme por las personas queridas, y por espacio de algunos momentos no contestó una palabra. Hizo al fin un esfuerzo y dominando su momentáneo terror, dijo con valentía:

—¿Y quien será el osado que se atreva contra la esposa y los hijos de Ansurez en su ausencia?

Los ojos de Doña Eloisa irradiaron y brillaron como dos centellas, y contestó con altiva arrogancia:

—¡El osado, ó los osados, que se atreviesen á atacarnos en tu ausencia, pagarían cara su audacia! ¡á Dios gracias, la condesa de Carrión no es cobarde, la señora de la noble y leal Valladolid, sabrá morir en sus murallas, y sostenerse con su última almena ayudada de sus leales vasallos! No temo yo un ataque leal y á la luz del día, si así fuese, demostraría que sé ser la digna esposa de Ansurez. Lo que yo tengo miedo es de la traición.

—El noble, el leal D. Fadrique de Lara queda de Gobernador en mi ausencia, y con él estás tan segura como conmigo, esposa mía.

—¡Libreme Dios de hacer una ofensa al noble Lara! contestó la condesa con dignidad; pero á él pueden engañarlo como á mi. Los moros son tus enemigos naturales, Pedro, ellos no pueden olvidar que sin tú heroico esfuerzo y poderosa pujanza, Toledo no sería del rey D. Alonso VI. El hijo y heredero de Almenar, el príncipe Omer Ali, anda huido y ha jurado vengarse de tí. Los moros tienen voluntad y talento y son engañadores y arteros.

Una sonrisa desdeñosa asomó á los labios de D. Pedro Ansurez. Esposa querida, dijo cariñosamente; desecha esas tristes ideas indignas de tu noble alma. Si Omer Ali hubiese podido hacer algo en contra nuestra, ya no se habría detenido. Él tiene la rabia de la impotencia, y no otra cosa.

—Lo sé, Pedro, y te repito que no es un ataque directo el que temo; pero sí la cobarde traición. Por mi estoy tranquila; pero nuestros hijos, los hijos de Ansurez, que aborrecen, y de los que Omer Ali juró vengarse.

El conde volvió á estremecerse y dijo con pena: ¡por Dios, Eloisa! Tú que siempre me has dado alientos hoy me los quitas?

—¡Pero mis hijas, mi hijo! murmuró la dama con desesperación.

—¡Nuestro hijo Alonso! gritó el conde con acento de sublime amor paternal y estrechando al niño entre sus brazos. Quién se atreverá á tocar á un solo cabello de su cabeza? añadió con la cólera de un león herido; tranquilízate Eloisa, esposa mía, y no hagas caso de cuentos de renegados.

La condesa hizo un poderoso esfuerzo sobre sí misma y dijo con voz tranquila.

—Tienes razón, soy una loca. A tus hijos los defenderá el amor de su madre, la amistad de D. Fadrique de Lara y sobre todo la lealtad del noble pueblo de Valladolid.

—En él mas que en nada confío, dijo Ansurez con dignidad, y ahora al despedirme les entregaré mi esposa y mis hijos; pero Eloisa, se acerca la hora de mi marcha, añadió con tristeza, valor y ánimo.

—Nunca me ha faltado, dijo la varonil señora abrazándole.

D. Pedro la estrechó contra su corazón y depositó en su frente un beso y una lágrima. Después abrazó y besó á cada uno de sus hijos, haciendo poderosos esfuerzos para contener su llanto.

La condesa era mujer y prorrumpió en lágrimas y ahogados sollozos.

Los niños lloraban al ver llorar á su madre, y el valiente D. Pedro sufría horriblemente.

— ¡Eloisa, por Dios tranquilízate! dijo el conde con tono de dulce reconvencción, ¿ó acaso es esta la primera vez que nos separamos desde nuestro casamiento? Por el contrario, nunca nos hemos apartado uno de otro en mejor época. El rey D. Alonso VI, es casi dueño de toda España y sus armas victoriosas han hecho huir á los moros de Toledo. Nosotros tenemos la buena y leal villa de Valladolid, en la que podemos confiar y tanto tú como mis hijos en ninguna parte podiais quedar más seguros. Enjuga tus lágrimas, pues; vamos á salir á la plaza y no está bien que nuestros buenos vasallos digan que su condesa es débil y que tiene el alma cobarde.

Estas últimas palabras hicieron un gran efecto en Doña Eloisa, que haciendo un poderoso esfuerzo logró reponerse y recobrar su tranquilidad.

Ya era tiempo. Empezaban á oirse los timbales, añafles y tambores en la plaza de palacio.

— Mi hermano Diego me llama, dijo el conde cogiendo su casco, poniéndoselo y disponiéndose á salir.

La condesa le siguió y ambos salieron de la cámara.

En la recámara estaban los servidores del conde y doncellas de la condesa.

Todos le despidieron llorando, pues D. Pedro Ansurez era adorado de sus vasallos. Doña Eloisa cogió á las cuatro niñas y entregándoselas á una de sus camareras la dijo: Mayor, llévate esas niñas al lado de Zaida Fátima; para nada tienen que salir de palacio, ni oír el estruendo iguerrero. D. Alonso y yo acompañaremos al conde.

D. Pedro besó á sus hijas por la última vez, y estas salieron con la camarera lanzando lastimeros ayes.

La condesa seguida del niño D. Alonso y de todos los servidores de su casa, acompañó al conde hasta la salida de la población: y no le dejó, sino cuando él y su ejército iban á entrar en las barcas que los esperaban para atravesar el río Pisuerga.

CAPÍTULO II.

Los dos moros y Zaida Fátima.

Habían pasado ocho días desde la partida de D. Pedro Ansurez. La condesa su esposa no había salido de su palacio mas que para ir á la cercana Iglesia de Santa Maria.

Entregada á la tristeza de la ausencia, no tenía otro consuelo que la compañía de sus hijos y dejaba el gobierno de la ciudad en manos de D. Fadrique de Lara.

Las puertas de su palacio se cerraban desde el anochecer y una numerosa guardia de las tropas de mas confianza le guardaba.

Era mas difícil entrar en él que en una ciudad cercada y á D. Fadrique todas las precauciones le parecían pocas para guardar la noble familia de Ansurez confiada á su lealtad y á la de los habitantes de Valladolid; que él gobernaba en la ausencia del conde.

Sin embargo, como Doña Eloisa decía muy bien nadie está libre de un traidor y la condesa los tenía hasta en su misma servidumbre.

Era este un esclavo árabe llamado Mahomed, que el conde había traído de su conquista de Toledo.

Había pertenecido á Almenon, á quien se lo regalara el sultan de Egipto, por el gran talento que poseía para toda clase de construcciones y de artes mecánicas.

Mahomed era un prodigio para aquellos tiempos y pocas eran las ciencias que no poseía. Médico, Astrólogo y constructor, tampoco le eran desconocidas las estrategias de la guerra.

D. Pedro le había salvado la vida en el cerco de Toledo, y según las leyes de la guerra lo hizo su esclavo. El árabe agradecido á los favores del conde se consagró con lealtad á su servicio, y en Valladolid fué el que más trabajó en la construcción del palacio y de la Iglesia de Santa María, por lo que al cabo de dos años ya no era tratado como esclavo, sino como uno de los servidores más queridos del conde.

En verdad que Mahomed merecía estas distinciones, pues se desvivía por complacer al conde y su familia; pero sus instintos eran malos y la condesa Doña Eloisa con su intuición de mujer, los había adivinado por lo que Mahomed, nunca le fuera simpático.

El árabe no ignoraba, que si bien su señor D. Pedro le apreciaba, su señora sentía por él una repugnancia instintiva y por esto la aborrecía, aunque disimulaba y aparentaba ser el primero á cumplir sus órdenes.

Apesar de esto, Mahomed no hubiese sido traidor si la fatalidad no tomase la forma de una mujer, en la persona de Zaida Fátima. ¿Quién era Zaida Fátima? Nadie lo sabía en Valladolid y solo era conocida del conde y la condesa.

Hacía un año que D. Pedro Ansurez, volviendo de una de sus correrías contra los moros, había traído una mujer cubierta con un velo y esta mujer era Zaida Fátima, joven de 20 años y de una deslumbrante belleza. Mora al parecer por su nombre y porque á pesar de no separarse nunca de la condesa y sus hijos, no se la veía en la Iglesia en su compañía, Mahomed en cuanto vió á Zaida Fátima la amó con todo el ardor de su sangre árabe; pero la hermosa mora le rechazó. Insistió él una y mil veces; y viéndose despreciado trató de conseguir por la fuerza lo que no lograra de buen grado, y una noche en una de las galerías del palacio se atrevió con Zaida Fátima de la manera más brutal.

La mora era valiente y no se acobardó. Contuvo á Mahomed con un pequeño puñal envenenado y dió voces pidiendo auxilio. Se presentó el escudero del conde, Per Afán de Rivera, seguido de varios soldados, los que prendieron á Mahomed por haberse propasado con una mujer, que más que servidora era amiga de la condesa.

Doña Eloisa llevó muy á mal la ofensa hecha á Zaida Fátima y el conde, á pesar de lo que distinguía al árabe, le mandó castigar duramente, instigado por su esposa y por la justicia que asistía á Zaida Fátima.

Los malos instintos de Mahomed que solo estaban adormecidos por la bondad de Ansurez, despertaron impetuosos como los de una fiera y juró vengarse de la condesa y de su favorita.

Por eso ocho días después de la marcha del conde, salió secretamente una

noche de palacio por una poterna que solo él conocía y se dirigió al río Pi-suerga. Allí entró en una barca que ya le esperaba y remó con vigor hasta llegar al otro lado del río. Saltó en tierra. Amarró la barca á un árbol y dió á correr con ligereza por entre las matorrales. La noche estaba oscura; pero Mahomed debía conocer muy bien el terreno porque no se detuvo hasta llegar á una hondonada donde le esperaba otro hombre, envuelto en un albornoz blanco, que como una fantasma se distinguía.

—¡Cuánto has tardado! dijo el del albornoz en árabe y con mal humor.

—No me ha sido posible venir antes señor; contestó Mahomed respetuosamente: la maldita Zaida Fátima es mi sombra á todas horas. ¡Oh! ¡Cuánto la aborrezco!

—Muy pronto quedarás vengado y yo tambien, dijo el del albornoz con acento de ferocidad.

—No sabéis cuanto lo deseo. Yo no sé á quien odio mas de las dos; si á la mora ó á la cristiana. Zaida me ha despreciado, la condesa hizo que me castigasen.

—Dejemos palabras inútiles para otra ocasion, dijo el incógnito impaciente, y dime si podré entrar esta noche en la ciudad.

—En la ciudad es imposible, señor; pues no conozco ninguna brecha en sus murallas, ni ninguna puerta oculta.

—Y entonces, ¿para qué me sirves? dijo con ira el del albornoz.

—Puedo conducirlos, señor, al palacio del conde D. Pedro y haceros entrar por una poterna que solo yo conozco. Unavez allí, os llevaré siempre por puertas ocultas, hasta la misma cámara de la condesa Doña Eloisa y sus hijos.

—¡Tú harás eso Mahomed! ¿Serás capaz de cumplir lo que prometes? dijo el del albornoz con una alegría frenética.

—Seguidme, señor, y lo vereis.

—Entonces mi triunfo es cierto, añadió el incógnito con creciente alegría; dueño de la esposa y los hijos de Ansurez que han sido confiados á Lara, el me entregará la ciudad á cambio de sus vidas. No nos detengamos ni un momento.

Mahomed cogió de la mano al del albornoz y lo guió por entre los matorrales.

Llegaron donde estaba la barca, entraron en ella y atravesaron el río con presteza. Despues anduvieron un largo espacio hasta encontrar la poterna, que solo Mahomed, como constructor del palacio, conocía y entraron por ella. La oscuridad era tan densa que nada se veía; pero Mahomed que debía conocer mucho aquel sitio, hizo atravesar á su compañero patios, pasillos y

galerías, hasta que lo introdujo en una antecámara suntuosamente adornada y alumbrada débilmente por una lámpara de plata.

Aunque la luz era opaca, iluminaba lo bastante para distinguirse á los dos moros. Era el del albornoz blanco de estatura muy alta y levantaba con arrogancia su cabeza, cubierta con la capucha del albornoz; y solo se distinguían de su rostro dos ojos negros que brillaban como los de una fiera.

Mahomed era bajo y fornido, de cutis bronceado, de ojos y pelo negro, que tenía enmarañado entre un turbante rojo ya deslucido. Vestía un ropón de paño gris y unos calzones de ante. Puñal y daga se veían en su cintura. Este traje, mitad de moro y mitad de cristiano, no podía ser mas ridiculo y demostraba el mal gusto del sábio árabe.

El incógnito se sentó en un escabel y dijo en voz baja á su compañero. ¿Es esta la cámara de la condesa?

—No, señor, la antecámara; pero no hay el menor peligro, pues ninguno de sus servidores penetra de noche desde que ella se ha recogido, y solo Zaida Fátima tiene ese privilegio.

—¿Es posible que esté tan descuidada la estancia de la señora de Valladolid? dijo el incógnito sorprendido:

—Os engañáis señor. En la galería próxima velan hombres de armas y escuderos, y bastaría un ligero grito de la condesa para que pereciésemos sin compasión; pero ese grito no lo dará Doña Eloisa, porque antes nos apoderaremos de ella. Venid, sienta pasos, ocultémonos detrás de esta cortina.

Los dos moros se escondieron detrás de un cortinaje de tapicería.

Una mujer levantó una mampara de cuero de Córdoba y entró en la antecámara con una linterna en la mano.

Era una jóven de 20 años, notablemente hermosa. Morena, de animado color, tenía los ojos negros y los cabellos azulados en fuerza de ser negros, descendían en magníficas y largas trenzas sobre su espalda hasta llegarla mas abajo de la cintura; la boca grande, pero de lábios rojos y blancos y menudos dientes. Llevaba los brazos y los hombros descubiertos, que eran de una curvatura admirable y las piernas desde la rodilla al tobillo. En ellas tenía ajorcas de oro, plata y perlas, lo mismo que en los brazos. En el cuello tenía puesto un collar de gruesas cuentas de ambar gris, y descansando sobre su seno un relicario ó medallón de brillantes. Vestía unos pantalones de brocado verde, ceñidos mas abajo de la rodilla con una de las ajorcas, y sus pequeños piés estaban calzados con babuchas de taflete rojo.

Una falda corta, de seda blanca, le cubría á medias el pantalón. Ceñía su esbelto talle un corpiño de brocado verde, y liado alrededor de la cintura

llevaba un chal de cachemira roja. En las orejas arracadas de perlas y en la cabeza dos agujas de las mismas piedras.

El traje de esta mujer no podía ser mas rico y suntuoso y solo la faltaba el turbante para demostrar á una sultana mora.

La luz de la linterna la iluminaba lo suficiente para distinguir y apreciar su hermosura y la riqueza de su traje.

El del albornoz blanco, al verla se estremeció y saliendo de detrás de la cortina con presteza, la asió de un brazo y dijo con voz opaca, pero terrible y en claro árabe.

—¡La sultana Zoraida en este sitio!

Y su sorpresa hizo que dejase caer el albornoz en que se envolvía.

La mora ahogó un grito y murmuró aun mas asombrada que él en el mismo idioma.

—¡Vos aquí, Omer Ali! Y dejó caer la linterna que se apagó con un movimiento rápido. Al ver otro hombre que adelantaba, se desciñó el chal y se cubrió con él como un manto.

De esta manera Zoraida, ó Zaida Fátima, estaba completamente velada y solo se la veía parte del rostro.

Mahomed, aprovechándose de su sorpresa, la asió del otro brazo y la bella mujer entre los dos moros no podía hacer el menor movimiento.

El moro, á quien la sultana habia llamado Omer Ali, era de hermosa presencia; pero antipático y feroz. Vestía un lujoso traje morisco y se veía en su cabeza el turbante verde, que solo los príncipes podían llevar, por ser el color del profeta.

Miraba á la sultana con ademan amenazador y esta, repuesta ya de su sorpresa, sostenía su mirada con altivo desden y la dirigía á Mahomed con un insultante desprecio.

—Me estais haciendo daño en los brazos! dijo en árabe, con desdeñosa frialdad.

—Hablad en castellano, señora, os será mas agradable y yo tambien lo entiendo, contestó Omer, estropeando esta lengua.

—Como gustéis, añadió la dama en correcto castellano, entiendo y hablo las dos lenguas con la misma facilidad. No os pregunto príncipe como estais en el palacio de Ansurez; viendoos acompañado de Mahomed, comprendo la traicion y la infamia. Lo que si os digo es ¿qué venis á buscar al palacio de los señores de Valladolid?

—Y yo tambien os pregunto á mi vez, dijo Omer con sarcasmo, qué hace la sultana Zoraida, la esposa del rey Almenon, en la compañía de los cristianos?

—Prisionera he sido hecha por D. Pedro Ansurez, conde de Carrion y señor de Valladolid.

—¡Decid mas bien, que sois prisionera de su amor, gritó con desprecio Omer Alí.

Una llamarada de indignacion pasó por el rostro de la sultana, pero solo duró un momento. Nada tengo que contestar á ese insulto, mas que soy la mayor amiga de la condesa Doña Eloisa y la segunda madre de sus hijos.

—¡Honroso oficio para la sultana de Toledo!

—La sultana de Toledo no existe ya, y yo soy Zaida Fátima, prisionera de los condes de Carrion. Almenon ha perdido su reino y ha muerto. Toledo es la capital del rey D. Alonso VI, y yo gracias á la bondad de los señores de Valladolid, tengo un asilo á su lado y soy considerada en su palacio y en sus estados como una hermana.

—Si Almenon ha muerto, yo, su hijo Omer Alí, heredé su reino y de él me apoderaré, pese á los castellanos traidores D. Alonso y D. Pedro.

La sultana movió la cabeza con ademan de lástima y contestó. Sois el hijo de mi esposo príncipe y como á tal no os deseo ningun mal; pero estoy en el deber de deciros la verdad. Si quereis volver á conquistar vuestro perdido reino, combatid á la luz del sol y no os rodeeis de la traicion en las tinieblas de la noche. Mahomed es un infame que os hará traicion como hizo al conde su señor.

—¡Y por quién lo he hecho mas que por tí, mujer infernal! dijo el sábio desesperado.

La sultana le miró con desprecio, y no le hizo el honor de contestarle. Despues se dirigió á Omer Alí y le dijo con desaliento:

—Príncipe, la desgracia persigue al imperio de la media luna. Ved sino á la hija del alcaide de Ronda, á la esposa del rey Almenon y sultana que fué de Toledo, condenada á oír los insultos de un esclavo, que besó los piés de su esposo. No seais loco. Retiraos, vuestra vida está en peligro. Si los guardias y escuderos que velan en la antecámara vecina oyen vuestra voz, sois muerto, muerto sin compasion. La condesa está en su oratorio; pero no tardará en pasar por aquí para dirigirse á recoger á su cámara y el menor movimiento puede perderos.

—Al venir al palacio de Ansurez no fué sin objeto, dijo el príncipe moro con resolucion, y mis deseos se cumplirán. Esta noche me apoderaré de la condesa y sus hijos, y por sus vidas los vasallos me entregarán la ciudad.

—Estais delirando, contestó Zoraida con una sonrisa de incredulidad, basta una voz mia, para que se apoderen de vos y de Mahomed, reduciendos á prision en uno de los calabozos del castillo.

— ¡Es que si das una voz mueres! dijo ferozmente Mahomed, poniendo un puñal al pecho de la dama.

— ¡Esclavo! La sultana Zoraida no teme á la muerte, dijo la mora con arrogancia, moriré, pero antes tendré tiempo de exhalar un grito y avisar á los guardias que os despedazarán; y no se logrará vuestro objeto.

— ¿Y Zoraida matará al hijo de su esposo? dijo con ademán de reto Omer. La sultana se estremeció y contestó con voz desfallecida. Príncipe, retiraos; yo os lo ruego, sino quereis morir ni que muera yo.

En aquel momento se oyeron unos ligeros pasos que se acercaban y Omer hizo una seña á Mahomed.

Este, mas rápido que una exhalacion, tapó la boca de la sultana con un pañuelo y cogiéndola en brazos desapareció con ella por una puerta vecina.

Fué tan pronto, tan de repente, que Zoraida no tuvo tiempo de arrojar un grito.

CAPÍTULO III.

Esposa y madre.

Omer Ali se escondió detrás del cortinaje donde ya habia estado, y la condesa Doña Eloisa apareció en la antecámara, vestida con una túnica blanca, medio desceñida y con los cabellos recogidos en una cofia de noche.

¡Oh! ¡Cuán hermosa estaba en aquel encantador desaliño!

El moro se le figuró ver una aparición fantástica, ó una hurí, de las que Mahoma ofrece en su paraíso á los buenos musulmanes.

Contuvo hasta la respiracion, y arrastrándose por la alfombra como una culebra, siguió á la condesa tan en silencio que, esta confiada, nada notó.

Llegó Doña Eloisa á su cámara, y cuando iba á cerrar la puerta, el moro se la puso delante y puñal en mano se acercó á la cama de D. Alonso que dormía con el sueño tranquilo de la inocencia, y dijo con ademan amenazador: ¡Señora si haceis un movimiento, si dáis un grito, vuestro hijo muere!

La condesa se detuvo aterrada y la palidez de la muerte cubrió su semblante.

Y no era que Doña Eloisa fuese cobarde, no; pero adoraba á su hijo; si el puñal que amenazaba á este lo hubiese visto cerca de su pecho no la aterraria tanto.

Ademas la acometida habia sido tan brusca, tan inesperada que la condesa no volvia de su asombro. ¿Por donde habia entrado aquel hombre? En una ciudad tan leal como Valladolid, la condesa no comprendia que pudiese tener enemigos ni ella ni sus hijos; pero ¿cómo aquel hombre habia penetrado en un palacio tan bien guardado y habia llegado hasta su cámara sin que nadie se lo impidiese?

La castellana no podía comprender este misterio y en menos tiempo del que tardamos en escribirlo, se hizo estas reflexiones.

En tanto Omer Ali la contemplaba con una admiración que no se tomaba el trabajo de disimular. La hermosura de Doña Eloisa no era de las que el moro estaba acostumbrado á ver.

Él no comprendía la belleza mas que en los ojos negros, en los cabellos del mismo color y en el ademán lleno de voluptuosidad y descaro. Por el contrario la condesa, era una hermosura dulce, casta, ideal; y que mas se asemejaba á un ángel que á una mujer.

Además: le sorprendía en alto grado aquella cámara grave, llena de majestad, y que tampoco se parecía á las voluptuosas alcobas árabes.

Era la cámara de la condesa una sala octógona con pavimento de cedro y paredes de lo mismo, ensambladas y lujosamente talladas con figuras del antiguo y nuevo testamento, de un trabajo esquisito. El techo con vigas talladas y de ellas pendían dos lámparas de plata.

En medio de la cámara se alzaba un estrado, rodeado de una barandilla de cobre dorado y en él estaban el lecho de la condesa y de sus hijos. Era el de Doña Eloisa magnífico, ancho y desahogado; lo que demostraba que era el lecho conyugal. De ébano, con arabescos y relieves dorados, tenía cuatro preciosas columnas en figura de ángeles que sostenían un ancho y rico cortinaje de seda roja. En su cabecera se veía un crucifijo de marfil blanco de admirable trabajo. La cortina medio descorrida permitía ver á las dos niñas mas pequeñas de la condesa, Doña Elvira y Doña Mayor; que sonreían en sueños y estaban hermosas como querubines.

Rodeaban la cámara sillones de cedro tallado y con asientos de seda roja.

Esta se comprendía que era la cámara de dormir de los condes de Carrion y señores de Valladolid; y que los dos pequeños lechos, que á cada lado del conyugal se veían, habían sido puestos de repente y en la ausencia del conde.

En uno dormían las hijas mayores de la condesa, Doña María y Doña Emilia, y en otro el niño D. Alonso. Estos dos lechos no tenían cortinajes y á la cabecera de cada uno de ellos se veía una imágen de la Virgen María.

A los piés un reclinatorio de terciopelo, con un libro de horas y una pequeña silla de paja.

A los pocos momentos Doña Eloisa se había repuesto de su turbación. Mujer varonil y heroica, digna esposa de Ansurez, no la podía durar mucho el miedo.

Dirigió al moro una mirada arrogante y altiva y le preguntó imperiosamente:

—¿Quién sois, y qué quereis á las altas horas de la noche en mi cámara?

—Cerrad antes esa puerta, señora, contestó Omer dulcificando su acento, y si me escuchais un rato con calma, ni la vida de vuestro hijo correrá peligro ni tardareis en satisfacer vuestra curiosidad.

Doña Eloisa cerró la puerta y cruzándose de brazos, dijo al moro con creciente altivez.

—Ya estais satisfecho, hablaré ahora con vos todo lo que gustéis; pero antes separaos del lecho de mi hijo, tomad un escabel y sentaos.

—De ningún modo, señora, me apartaré del lado de D. Alonso, contestó el moro con irónica sonrisa, su seguridad me responde de la mia y de que tenais la benevolencia de oirme.

—Hablad si gustais un poco mas despacio, dijo la castellana friamente, apenas entiendo vuestra algaravía.

—No estoy muy acostumbrado á hablar el castellano, señora, por lo que nada tiene de extraño que no me comprendais bien; pero hablaré muy despacio, todo lo que querais; pues necesito que me entendais, añadió el moro acentuando cada una de sus palabras.

Doña Eloisa aparentó no comprender su intencion y le contestó. ¿Con que no quereis apartar el puñal del pecho de mi hijo y lo espondeis á asustarse si se despierta?

Omer Alí envainó su puñal, tomó un escabel y se sentó muy cerca del lecho, tan cerca, que solo tenia que estender el brazo para que el tierno infante estuviese á su merced, y mirando á la condesa con lascivo deseo la dijo:

—Yo no puedo negarme en nada á las súplicas de una dama tan hermosa como vos. Teneis razon en lo que me habeis dicho de sentarme, ya os he dado gusto; sentaos vos y hablemos con calma de nuestros mútuos intereses.

Una llamarada de indignacion subió al rostro de la castellana, al oir el audaz discurso del moro. ¡Ella la esposa del héroe Ansurez obligada á escuchar á aquel atrevido!

Pero era madre, la vida de su hijo estaba pendiente de un movimiento de aquel miserable y su amor maternal hizo callar á su indignacion de esposa.

—Concluyamos de una vez, dijo haciendo poderosos esfuerzos para dominar su cólera. ¿Quién sois, y que quereis?

—Soy el príncipe Omer Alí, el hijo de Almenon, rey de Toledo; á quien vuestro esposo ha arrojado de su reino y ha sido la causa de su muerte. Estoy errante, fugitivo y sin tener un techo en donde acogerme, ni una mano amiga que me ayude. He venido á vuestro palacio para llevarme á vuestros hijos y á cambio de su vida, me entreguen la ciudad de Valladolid vuestros vasallos y su gobernador.

Pronunció el príncipe moro con un acento tan frío y resuelto estas palabras, que Doña Eloisa se estremeció y tembló por la vida de sus hijos.

—Omer Ali! dijo con voz opaca, por algo tenía yo presentimientos de una desgracia y temía una traición. ¿Quién ha sido el infame que os ha traído hasta aquí?

—Eso importa poco, señora; lo principal es que me encuentre en este sitio y dueño de la vida de vuestro hijo. Sé que si dais un solo grito, mil espadas se levantarán á defenderos, y á vuestro menor ademán caeré muerto á vuestros piés; pero antes me habré vengado inmolando á D. Alonso, á vuestro hijo mas querido, al heredero del nombre de Ansurez y de sus glorias. Qué me importa morir, añadió con ferocidad, si antes habré traspasado de dolor el corazón de mi mayor enemigo?

—¡Oh! Pero vos no hareis eso, no! dijo la pobre madre con acento de súplica y juntando las manos, no sereis tan malvado que hagais pagar á un inocente los reveses de la guerra. Vuestro padre fué vencido lealmente y arrojado de su reino por el rey D. Alonso VI; ha sido la fortuna de la guerra y ninguna culpa tiene de eso mi hijo.

—El rey Alonso no fué mas que el nombre, vuestro esposo ha sido el brazo que obró, el general que al frente de sus soldados derrotó á mi padre, contestó el moro con voz sombría.

—Pero lealmente, príncipe, lealmente! D. Pedro Ansurez es incapaz de una traición y de estar contra su voluntad en la cámara de una dama.

—Señora, dijo friamente el moro, dejémonos de inútiles discusiones. Yo no he venido aquí á cuestionar, sino á cumplir mi objeto. Si os enojais peor para vos. Si gritais, moriré; pero antes perecerá D. Alonso.

—Oh callaré, callaré! murmuró la condesa aterrada:

—Pues si callais y me ois con atención, tal vez podamos aun entendernos, dijo el moro con mas dulzura.

—¡Hablad! Os escucho anhelante.

Omer Ali miró á la condesa por espacio de un minuto, con una mirada tan ardiente y apasionada, que la dama temió un nuevo peligro. Sin embargo hizo un supremo esfuerzo y dominando su angustia añadió:

—¡Por Dios, príncipe, sacadme de mi impaciencia y hablad!

—Señora, dijo Omer con dulzura y como si quisiese modular su bravo acento, cuando vine á vuestro palacio mi intención era hacerme dueño de Valladolid, pero os he visto, os he admirado, y comprendo que la hermosa villa nada vale al lado de la que es su señora. Sois hermosa como una huri y encantadora como los ángeles, al veros es preciso adoraros, y....

—¿Qué os atreveis á decir? dijo Doña Eloisa con altiva indignación: á mi;

A la esposa de Ansúrez. En buen hora haceos dueño de la ciudad, si podeis; pero libreme de vuestra presencia y no me obligueis á oir vuestro odioso lenguaje.

—¡La ciudad! añadió el moro con una irónica sonrisa, despues de haberos visto comprendo que nada vale á vuestro lado. Renuncio á ella desde este momento; pero no así á vos, que pese á quien pese, sereis mia.

—¡Atrevido! dijo Doña Eloisa alzando la voz y con mirada de reina ofendida. ¿Quién sois vos para obligarme á oir esos insultos?

—Salid, salid de mi presencia.

—Señora, vez que os conviene no gritar, dijo ferozmente Omer, si un solo hombre se presenta en vuestra cámara, D. Alonso morirá.

—¡Oh Dios mio, Dios mio! murmuró con voz contenida y opaca la condesa, yo obligada á escuchar á este miserable, y hollada mi dignidad de esposa, por mi cariño de madre!

—Percances de la fortuna, como me deciais hace un momento señora. Ayer estaba yo errante, nada valia; y no me hubieseis mas que dirigido una mirada de desprecio. Hoy dueño de la vida de vuestro hijo y con poder sobre vos.

—Con poder sobre mi, miserable! dijo la condesa, sin poder contener su indignacion: tú con poder sobre la esposa de Ansúrez, estás loco, loco rematado. Mas ¿qué es de Zaida Fátima? ¿Cómo no se encuentra á mi lado? añadió Doña Eloisa con inquietud. ¿La habreis hecho perecer?

—Tranquilizaos, señora, la sultana Zoraida, la viuda de mi padre Almenon, no podia ser muerta por su hijo.

—¡Sabeis!... dijo la condesa sorprendida.

—Todo, señora; no hagais inútil resistencia, estais en mi poder....

—Yo en vuestro poder ¡infame!

—Si, porque lo está vuestro hijo, y vos no querreis que muera D. Alonso. Oidme, pues, sin enojaros; porque vuestra indignacion no ha de servir de nada.

La condesa bajó la cabeza aterrada comprendiendo que el moro tenía razon y que la fuerza estaba de su parte. Dos lágrimas amargas asomaron á sus ojos y dijo con ira.

—No vos, no sois hijo de Almenon, ni principe, ni caballero. Un caballero no haria tal violencia á una dama.

Estas palabras causaron gran efecto en el moro. En aquel tiempo los que tenían pretensiones de caballeros, moros ó cristianos, respetaban á las mujeres como seres superiores, y á las damas como divinidades.

La mayor infamia que podía cometer un caballero y por la que era despreciado y deshonrado, era hacer violencia á una mujer.

Omer Ali, que se tenia por caballero, al oír á la condesa se estremeció y la dijo respetuosamente.

—Yo no os hiciera violencia, señora, si de buen grado me escucháseis. Soy hijo de rey y un príncipe igual á vos aunque esté en la desgracia.

—Y yo os hubiese escuchado, Omer Ali, si á las puertas de las murallas de mi ciudad esperaseis la vénia para hablarme. Si antes hubieseis enviado un heraldo que me pidiese una conferencia á la luz del sol y en mi salon de honor; y no entrar como un ladrón á traicion en mi cámara y obligarme á oír vuestras atrevidas palabras en las tinieblas de la noche y con la vida de mi hijo pendiente de vuestro puñal.

El príncipe moro, que á pesar de su carácter feroz, no carecia de nobleza, bajó la cabeza avergonzado y no se atrevió á contestar.

Una sonrisa de purísima alegría asomó á los hermosos lábios de Doña Eloisa, que añadió con mas dulzura.

—Príncipe, retiraos y nadie sabrá la infamia que habeis cometido allanando la estancia de una dama y amenazando á traicion la vida de su hijo.

—Si; pero yo no me vengaré entonces de Ansurez. De Ansurez, cuyas victoriosas armas arrojaron del trono á mi padre.

—Acometedle frente á frente, acompañado de hombres de armas y á la luz del día, no en la persona de su inocente hijo.

—Pero yo os amo, señora, yo os amo, dijo el moro con pasion; ¿podré esperar en vuestra bondad y me retiro?

Si Doña Eloisa, hubiese sido una mujer hipócrita, bien poco trabajo la costaría haberse deshecho del moro con buenas palabras; pero la noble y altiva dama, que se la figuraba que hasta una mirada atrevida era una ofensa á Ansurez y á su dignidad de esposa, hizo un gesto de desagrado y dijo friamente.

—¿Volveis á vuestros insultos, príncipe, quereis aun ser mal caballero é infame?

Estas palabras exasperaron al moro que gritó: ¿con que despues que por vos renunciaba á mi venganza y á la posesion de Valladolid no quereis oirme con indulgencia y me despreciais?

—Pues bien, guerra á muerte, ya que así lo quereis, y vuestra persona ó la vida de vuestro hijo.

—¡Mi persona ni mi amor, jamás! dijo la condesa enérgicamente, mi vida sois el dueño de ella; pero no de mi honor que defenderé hasta el último momento de mi existencia.

—Para nada necesito vuestra vida señora, y harto sé, que me la dariais primero que vuestro amor; pero sois madre y como tal estimareis mas la vida de vuestro hijo que vuestra propia vida.

—Y sereis capaz de matar á mi hijo, porque yo guarde mi honor? preguntó con dolorosa angustia Doña Eloisa.

—No seré tan malvado, señora, dijo el moro con mas dulzura; la vida de D. Alonso solo me responde en este momento de vuestro silencio y de que me escuchéis.

—Pues bien hablad, hablad, y concluyamos, añadió Doña Eloisa, cediendo en su dignidad de esposa por su cariño de madre.

—Señora, es inútil que trateis de hacerme reflexiones, que serán en contra vuestra, dijo el moro con acento tan bajo y pausado que la condesa tuvo que acercarse para oírle; mi intencion al venir aquí fué la de hacerme dueño de Valladolid y desde él hacer la guerra frente á frente al rey Alonso, ó mas bien á su general y privado D. Pedro Ansurez, pues ya sabemos que él es quien verdaderamente gobierna el reino poderoso de Castilla. Al otro lado del Pisuerga, escondidas entre los matorrales, me aguardan cien lanzas, que yo tengo el suficiente poder para introducir silenciosamente en este alcázar.

—No hagais gesto de incredulidad, señora, pues cuanto os digo es la verdad. Dueño de este palacio castillo, por un golpe de mano atrevido, y de vos y vuestros hijos, la ciudad me seria entregada por D. Fadrique de Lara, que preferiria presentarse ante el conde de Carrion, derrotado y con la pérdida de Valladolid, que decirle que habian muerto su esposa é hijos que le fueron confiados. Pues bien, este plan tambien urdido y en el que estoy pensando hace dos meses, renunció á él. Al veros me cautivasteis y os amé, comprendiendo que vale mas una de vuestras miradas que todas las ciudades y tronos del mundo. Señora, dejad para otra ocasion los movimientos de desprecio. Repito que os amo, aunque no hace mas que una hora que os conozco y que todos los instantes de mi vida van á ser consagrados á poseeros, y cuidado, Doña Eloisa, que los árabes sabemos aborrecer y amar como nadie. Voy á separarme de vos y dejaros libre de mi presencia. Podría llevarme á vuestro hijo para teneros mas á mi merced.....

La condesa, hizo un gesto de muda súplica y cruzó las manos mirando al moro, é implorando su compasion.

—No temais, os lo dejaré, dijo Omer con bravía nobleza, ¿para qué quiero llevarme á esta infeliz criatura cuyos dias están contados?

—¡Gran Dios! ¿Qué habeis dicho? gritó la condesa aterrada.

—La verdad, señora, á vuestro hijo D. Alonso le resta poco tiempo de vida, añadió el moro con triste compasion.

—¡La esplicacion; la esplicacion de esas palabras! dijo la pobre madre temblando.

—No tengo tiempo para dárosla, si la deseais, poned una señal en el molino grande al otro lado del Pisuerga, y dentro de algunas noches me tendreis á vuestro lado, pues confio en vos.

—¡Nunca la esposa de Ansurez se degradará hasta conceder una cita á un moro, aun por el objeto mas sagrado!

—Lo sé y que os rodeareis de guardias y de servidores para impedirme el veros; pero todo será inútil. Omer Ali, os verá, os escribirá y cuando menos lo penseis le tendreis á vuestro lado. Soy poderoso en oro y alhajas: renunció á un reino por vuestro amor y á pesar del cielo y del infierno sereis mia.

Y el moro la saludó en silencio, y antes que la condesa tuviese tiempo de volver de su sorpresa salió de la cámara.

Doña Eloisa al verse sola, cerró con presteza la puerta y corriéndola sus pesados cerrojos, cayó casi desvanecida con tantas emociones en su réclinatorio.

CAPÍTULO IV.

Mahomed y Zoraida.

El esclavo Mahomed, con una ligereza muy grande y como si nada le pesase su carga, atravesó silenciosamente varias antecámaras y cámaras, cruzó algunas galerías y llegó á un estrecho corredor que estaba en la mayor oscuridad.

Allí dejó á Zoraida en el suelo, que como estaba amordazada no podía exhalar un grito. Sacó del bolsillo una linterna sorda, despues volvió á coger en brazos á la jóven y tocando un resorte que habia en el muro, se abrió una puerta secreta y apareció una húmeda escalera de caracol, cuyos peldaños eran muy estrechos. Bajó por ella ligeramente y como si aquel sitio le fuese en extremo conocido. A los veinte escalones se detuvo y abrió otra puerta pequeña de hierro, que volvió á cerrar, bajando otros treinta escalones, aun mas estrechos y tan llenos de humedad, que sus piés se mojaban y los vestidos de Zoraida iban cubiertos de gotas de agua.

Se detuvo al fin é hirió el suelo con el pié. Apareció un agujero negro como el abismo; pero el moro no dudó en penetrar por él, volviendo á bajar la trampa. Se encontró en un espacio cuadrado, como de doce piés de largo y ocho de ancho, cubierto con alfombra y entapizado de cuero de Córdoba, con un divan circular de paño blanco y tan ancho que podía servir de lecho.

Una mesilla de cedro y en la que se veian algunas botellas y manjares completaba el adorno de esta pequeña cámara. Del techo pendia una lamparilla de metal dorado, que daba una brillante claridad á aquella reducida estancia.

Mahomed dejó á Zoraida en el divan y la quitó el pañuelo que la tapaba la boca; pero la sultana no hizo el menor movimiento, lo que demostraba que estaba desmayada.

El esclavo cogió agua de un vaso grande de bronce que habia encima de la mesa y se la arrojó al rostro.

La hermosa mora hizo un gesto con los ojos, los abrió y volvió en si, Miró á Mahomed, como asombrada, y envolviéndose mas en el chal rojo, como si sintiese frio, dijo: ¿en donde estoy? qué es lo que pasa por mí?

—¿No lo recordais señora? la contestó el esclavo con acento maligno.

—¡Ah! es verdad, murmuró la sultana estremeciéndose. ¿A donde me habeis traído? añadió con terror; y desesperada golpeó las paredes y exhaló gritos.

—Si, gritad y chillad todo lo que querais, dijo Mahomed con acento burlon, nadie os oirá, porque estamos mas que á veinte piés debajo de tierra.

—Gran Dios! dijo Zoraida con miedo. ¿En donde estoy?

—En mi poder, y ahora no os burlareis mas de mi amor, contestó el móro sarcásticamente, antes vos erais la que mandabais, yo el que obedecía; pero ahora se han cambiado los papeles.

—¿Y qué la ha sucedido á la condesa? preguntó la generosa mora olvidándose de su propio peligro por el de su amiga.

—Doña Eloisa está en amable plática con el principe Omer Ali, y tiene lo bastante en que ocuparse para no pensar en vos.

—¡Infame, traidor! que no contento con vender á su señor introduce enemigos hasta la cámara de su misma esposa, dijo Zoraida con tono de arrogante desprecio.

Mahomed se encogió de hombros con insolencia y dijo friamente: yo aborrezco á Doña Eloisa desde que por vuestra culpa hizo que me castigasen. Juré vengarme de ella y he cumplido mi promesa en el momento que pude.

—Si; pero mañana el conde D. Pedro y entre tanto D. Fadrique de Lara, os harán pagar cara vuestra atrevida traicion, dijo Zoraida con voz amenazadora.

Mahomed la miró con irónica lástima y la dijo con burlona sonrisa. Mañana D. Fadrique de Lara, no será el dueño de Valladolid; sino el principe Omer Ali, que apoderándose esta noche del alcázar y de la esposa é hijos de D. Pedro Ansurez, tendrá á su merced toda la ciudad.

—Pero ¿estoy despierta ó soñando? dijo la mora llevando las manos á su cabeza con verdadero terror.

—No soñais, no; pero llegó para mí la hora de la venganza señora. Yo sin saber que erais la viuda de Almenon, la sultana de Toledo, os vi, os amé y vos me rechazasteis, me despreciasteis, tratándome peor que á un perro,

pero ya se ve, os creiais invencible en este lujoso palacio rodeada de guardias y escudada con el nombre de vuestra amiga. Sin embargo, yo era y soy el verdadero dueño de este alcázar, como su constructor; conozco pasillos y galerías que nadie conoce. He labrado y hecho puertas, que yo solo sé en donde están colocadas y esta noche para vengarme de la condesa y de vos introduje en el alcázar al hijo de Almenon, que á su vez introducirá á sus lanzas que al otro lado del Pisuerga le esperan,

— ¡Vengarse de Doña Eloisa que es un ángel! dijo Zoraida alzando las manos en son de protesta.

— Un ángel que hizo que me castigasen de la manera mas ruda, añadió ferrozmente el moro.

— ¿Y quien ha tenido la culpa de eso mas que vos miserable y malvado? gritó Zoraida con ira. Qué merece el traidor cobarde que intenta violar á una mujer? Si es caballero, la degradacion y que le quitan la espuela de oro, si plebeyo la mano derecha y si esclavo la vida. Tanto buena fué la condesa cuando os perdonó y libró de la muerte, que era el parecer de muchos nobles de la ciudad.

— Si, el de ese ridículo mozalvete, que se llama D. Fadrique de Lara, dijo Mahomed con odio reconcentrado, y ya se que la hermosa Zaida Fátima ó la sultana Zoraida, no le es indiferente ese castellano y aun no falta quien murmure que sino fuese cristiano le hubiese entregado su mano.

Las megillas de Zoraida tomaron el color de la amapola y dijo con irritacion.

— Y quién eres tu esclavo traidor para mezclarte en las acciones de una dama de mi clase?

— Negad si os atreveis que D. Fadrique os ama y que vos no le mirais con indiferencia. Quizá á ser mas noble, á tener un título de conde, ya os hubieseis casado con él.

— Por ventura tengo yo que darte cuenta de lo que pienso hacer? dijo la sultana aun con mas cólera; pero sin negar, ni conceder.

— De lo que pensabais; pues ahora no hareis nada, añadió burlonamente Mahomed, estais en mi poder y soy el dueño de vuestra persona. ¡Que venga á libertaros el relamido y fátuo de D. Fadrique! harto hará con cuidar de sí.

— Si D. Fadrique, ó cualquiera de los nobles caballeros de Valladolid, supiesen la violencia que se me hace y en donde estoy, correrian á defenderme y arrebatarne de tus manos, arrancándote la vida; contestó la sultana sin perder un ápice de su arrogancia, á pesar del triste estado en que se encontraba.

— Ya veo que estais muy soberbia y que no conoceis vuestra situacion,

dijo Mahomed con calma, algunos dias de cautiverio os pondrán mas humilde y os demostrarán que soy dueño de disponer de vos á mi antojo.

—¡Tú miserable esclavo! gritó aun con mas altivez la sultana; ¡tú dueño de mi persona, lo serás de mi cadáver; pero de mi persona viva jamás!

Mahomed se estremeció; pues harto sabía que Zoraida tenía energia para todo.

Dirigió una investigadora mirada á aquel reducido espacio, á ver si veía en él alguna cosa con que pudiese herirse la sultana; pero debió quedar satisfecho porque se tranquilizó y asomó á sus lábios una sonrisa.

—¡No seais loca! la dijo con voz triunfante; aqui no teneis, como aquella noche, un puñal con que amenazarme ni mataros. Entonces estabais en una de las galerías del alcázar y ahora os hallais en un sitio elegido por mi, y que yo solo conozco. Vuestra vida está segura, porque yo quiero conservarla y aun cuando quisierais atentar á ella, no teneis con qué.

Zoraida comprendió que el moro tenía razon y bajó la cabeza, sino convencida, al menos con miedo á su situacion que empezaba á temer.

No se le escapó á Mahomed aquella señal de debilidad y queriendo aterrarla más, dijo: estais á mi merced y la resistencia es inútil. Cuando os dije que habia hecho traicion al conde, fué porque estaba seguro que no podriais descubrirme; ahora voy á deciros otra cosa que os demostrará, que no saldreis ya mas de aquí hasta que no podais venderme. La condesa Doña Eloisa, por protegeros á vos me ha ofendido de un modo que los árabes no perdonamos. No me basta con que Omer Ali se apodere de ella, de sus hijos y de Valladolid. Mas tarde podría su esposo libertarla y recobrar su ciudad y aun conquistar otras. Yo necesitaba herirla en el corazon, y la he herido.

—¡Cómo! dijo Zoraida levantando la cabeza y con ademan interrogador.

—La persona que mas ama la condesa, despues de su esposo, es á su hijo Don Alonso, añadió el moro con ferocidad; y su hijo morirá. Yo la haré una herida sangrienta en el corazon, tan sangrienta como la que ella me hizo á mi.

—Mahomed, no logras aterrarme; dijo la sultana con voz temblorosa. Omer Ali es ambicioso y duro; pero no es malvado. Él no se ensangrentará en un inocente niño y tus perversos deseos no se cumplirán.

El moro soltó una carcajada feroz y dijo duramente: ¿quién os ha dicho que el príncipe matará al niño? por Alá, que no me hubiese atrevido nunca á proponerle eso; pero seré yo. D. Alonso morirá y su madre sufrirá esé horrible dolor en tanto que yo sonrío de gusto.

—¡Oh Mahomed! Tú no serás tan malvado que hagas eso, dijo con voz suplicante la sultana. ¿Qué daño te hizo el pobre niño? Y yo que le amo tanto, como si fuese mi hermano!

—Por eso yo tambien le aborrezco, contestó el moro rabiosamente; vos señora para todos teneis dulzura y amabilidad, solo para mi dureza y desprecio: á muchos amais y á mi no me prodigais mas que ódio; pero llegó mi dia y me vengo como saben vengarse los árabes.

—¡Calla, calla, Mahomed, no me digas eso que me aterra! Pobrecito Alonso, niño querido. Tú no te atreverás á atentar contra sus dias.

—¡Pues ya me he atrevido! dijo el moro fieramente y como si gozase con el dolor que iba á causar á Zoraida, hace tres dias que el tósigo roe las entrañas del primogénito de Ansurez y Doña Eloisa.

Zoraida se puso en pié como una leona herida. Lanzó un grito amenazador y dijo furiosa.

—¡Malvado, infame! ¡Que la maldicion de Alá te persiga hasta tu última hora! No deseaba mas que ser hombre en este momento para pulverizarte y deshacerte entre mis manos.

Los ojos de Zoraida arrojaban relámpagos de indignacion, y sus bellas facciones estaban descompuestas por la cólera.

Mahomed la miró casi con miedo. Habia querido aterrarla y solo habia conseguido enfurecerla y que le aborreciese cada vez mas.

Pero la cólera de la sultana pasó como una tormenta de verano y como ella se deshace en lluvia, asi su dolor se demostró en amargas lágrimas.

—¡Pobrecito niño! murmuró sollozando, él que tanto me quería y que no hallaba mas placer que estar á mi lado y revolver mis joyas que le entretenian. ¡Infeliz madre el dia de su muerte! ¿Cómo ha de resistir su dolor? Pero vos podeis salvarle, dijo enjugando sus lágrimas; sois sábio, aunque maldita sea esa sabiduría que tan mal empleais, vos tendreis el contra veneno de ese tósigo y aun podeis devolverle á nuestro cariño. Si lo haceis, mi agradecimiento será eterno y hasta me siento capaz de perdonaros todas vuestras violencias.

El bronceado semblante del esclavo se inmutó al escuchar las palabras de la mora. ¡No puedo salvarle! dijo con voz opaca y que no estaba exenta de tristeza; el tósigo que le he dado no tiene contra-veneno. Por Mahoma que ahora lo siento, y si pudiese hacer algo en su favor lo haria. De todas estas desgracias tiene la culpa vuestro desprecio y el amor que por vos siento.

—¡Maldito seas tú y tu amor! gritó Zoraida con amenazadora cólera: ¡monstruo, te aborrezco y perdería mil vidas con gusto por no tenerte á mi lado!

—Y sin embargo me tendreis siempre que yo quiera, porque estais en mi poder y yo soy el mas fuerte, dijo el esclavo ferozmente, sereis mia, aunque no querais, porque no hay poder humano que os libre de mis manos.

—¡Antes me daré la muerte! contestó Zoraida con fría calma;

—¿Y con qué?

—No lo sé, lo ignoro; pero nunca te perteneceré mas que muerta. Para el que quiere matarse siempre hay recursos. Me dejaré morir de hambre; y ahora, ahora mismo, gritó con exaltacion, me voy á ahogar con el collar que adorna mi cuello.

Y Zoraida con una exasperacion difícil de describir echó mano á la rica joya.

Mahomed se estremeció y tuvo miedo. Me retiro, señora, la dijo, mañana estareis mas calmada. Y sin esperar su contestacion desapareció.

Zoraida al verse sola y sin recursos para salir de su prision prorrumpió en lágrimas.

CAPITULO V.

Lo que pasó durante un mes.

Al otro día de los acontecimientos que acabamos de narrar y después de una noche tan borrascosa, la condesa Doña Eloisa se levantó pálida como una muerta y se vistió sin llamar á sus doncellas.

A la noble dama la parecía un sueño cuanto había ocurrido la noche anterior y las palabras de Omer, sonaban en su oído como una pesadilla.

Esperó durante las primeras horas de la mañana á que se presentase su amiga Zoraida para referirla lo que la había ocurrido con el príncipe moro; pues además que para ella no tenía secretos, la pareció que debía enterarla de una cosa, que atañía al hijo de su esposo; pero viendo que no se presentaba la sultana, empezó á concebir inquietud por ella y avisó á su camarera mayor para que fuese á buscarla á su cámara.

Al poco rato se presentó la camarera diciendo que Zaida Fátima, nombre con que era conocida entre los servidores de la condesa, no estaba en su habitación ni en ninguna de las del alcázar.

Entonces la condesa se alarmó seriamente, pues sabía que de no estar Zoraida en el palacio, no estaba en ninguna otra parte, porque no salía más que con ella, y que algo grave la había ocurrido, que se relacionaba con su conferencia con Omer.

Otra mujer que no tuviese el ánimo varonil de Doña Eloisa, ni su grandeza de alma, alborotaría el alcázar, llamaría á todos sus servidores á su lado,

y llena de miedo les contaría cuánto había pasado la noche anterior; pero la condesa por nada del mundo hubiese empañado su limpia fama entre sus servidores, haciéndoles saber que á las altas horas de la noche un hombre que no era su esposo, había estado en su cámara, aun contra su voluntad: además su claro talento conócia que nada conseguiria con esto. Si alguno de sus criados, traidoramente había introducido al principe moro hasta su cámara, tendria cuidado de no decírselo á sus compañeros para que no le descubriesen; y aun cuando ella los interrogase á todos reunidos, nada sabria porque el culpable se encerraria en una absoluta negativa. Pensó decírselo todo al alcaide del alcázar, antiguo soldado que había guerreado con su esposo, valiente como un leon y fiel como un perro: mas desistió de esta idea porque el bueno de Manrique Yañez no hubiese comprendido ciertos dignos escrúpulos de la delicadeza de una dama.

Aunque honrado y leal, no era caballero y no podía estar á la altura de la delicadeza de Doña Eloisa.

La noble dama se acordó de D. Fadrique de Lara y le mandó llamar.

Pertenecia D. Fadrique á una de las mas antiguas y nobles casas de Castilla. Descendia en linea recta de Mudarra Gonzalez de Lara, y por consecuencia de los siete Infantes de Lara, y era, aunque lejano, pariente de don Pedro Ansurez.

Como ségundo de la casa de Lara, y no habiendo querido seguir la carrera de la iglesia que era la destinada á los segundones de las casas nobles, poseia pocos bienes de fortuna; y mientras que su hermano primogénito el poderoso conde de Lara y de Salas de los Infantes, "estaba en su opulento castillo rodeado de vasallos y criados, ó seguia al rey á la guerra acompañado de su lucida y brillante mesnada, D. Fadrique había puesto su espada á sueldo de su pariente D. Pedro Ansurez.

La condesa Doña Eloisa, dama de claro talento y de grandes lances para aquellos tiempos, conocia lo que valia su jóven pariente, y á él se lo confió todo.

D. Fadrique quedó asombrado: no comprendía cómo Omer Ali había podido entrar en un palacio guardado por la lealtad del viejo Yañez, y en una ciudad de la que él era gobernador y de la que no se escapaban á su investigación ni aun las ratas.

Furioso, con la ofensa que se había hecho á la condesa, quiso despedir á todos los servidores que había en el alcázar, empezando por el alcaide Manrique Yañez y concluyendo por el último cocinero; pero Doña Eloisa lo disuadió de esta idea temiendo el escándalo, y porque la noble dama, después de reflexionar un poco, conoció que ninguno de sus vasallos era culpable, y

sus sospechas que casi eran realidades, recayeron en el esclavo Mahomed, que como constructor del alcázar lo conocia mejor que nadie. Así se lo dijo á Lara y tambien le informó de la desaparicion de la sultana.

Este fué un nuevo disgusto para el jóven D. Fadrique, que sin saber su calidad y creyéndola una simple dama mora, estaba locamente enamorado de Zoraida.

Doña Eloisa lo sabia, y aun habia acariciado en su mente el proyecto de convertir á la sultana al cristianismo y casarla con Lara, cediéndole algunos de sus muchos bienes.

D. Fadrique aguijoneado en su dignidad de gobernador de Valladolid, y en su amor por Zoraida, hizo imaginables esfuerzos para encontrarla, y lo mismo á Mahomed.

Registró toda la poblacion sin dejar ni una sola casa, que no mirase, é hizo salir varias partidas de hombres armados hasta dos leguas de Valladolid y por todos los caminos; pero fué inútil, se pasaron ocho dias en investigaciones sin conseguir nada.

Entretanto Doña Eloisa estaba en extremo inquieta sin recibir ninguna noticia de su esposo, y viendo que su hijo D. Alonso languidecia y se mustiaba como una flor á quien la falta el sol.

Las primeras noches de la desaparicion de Zoraida y de la entrevista con Omer, la condesa, con pretexto de estar un poco indispuesta, hizo que velasen dos de sus camareras en su cámara.

Mayor y Faquelina, como las mas queridas, fueron las que eligió, y las hacia descansar de dia.

Manrique Yañez redobló las guardias del alcázar, segun encargo de don Fadrique de Lara, y por espacio de muchos dias nada ocurrió que hiciese sospechar á la condesa que Omer se ocupaba de ella.

Era á últimos de Abril y las grandes lluvias que habian caido engruesaran de un modo tal el rio Pisuerga, que lo hicieran salir de su cauce, por lo que ocurrieran algunas desgracias; las barcas no podian pasar el rio y Valladolid estaba casi incomunicado con las aldeas vecinas, y si alguna barca lo cruzaba para pasar á algun mensajero del conde que traia noticias á su esposa y á su ciudad de sus victorias en la guerra, era esponiéndose en extremo y con grandes dificultades.

La condesa estaba disgustada de estos contratiempos y no hacia mas que discurrir cómo remediarlos.

Pronto su imaginacion la sugirió un proyecto grandioso y en todo digno de ella.

Pensó construir un gran puente sobre el Pisuerga, que uniese á Vallado-

lid con los pueblos cercanos; pero no un puente como los que en la ciudad habia sobre el Esgueba, y que se caian á las primeras avenidas y los que siempre habia que estar componiendo; sino un puente grande, seguro, magnífico, que resistiese el embate de las aguas y del tiempo y que dijese á los siglos futuros lo que ella valia.

Quiso hacerlo sin gravar en nada á la ciudad y de su tesoro particular; para lo cual mandó llamar á todos los sábios constructores de Castilla y aun de toda España.

Doña Eloisa era indudablemente una gran mujer. Sin ella no hubiese dejado D. Pedro Ansurez la brillante aureola que tiene en la historia. Era en un todo digna de semejante esposo, y difícil fuera encontrar dos personas que valiesen tanto y á quienes el caprichoso destino hubiese reunido.

La condesa en la flor de su juventud, rodeada de esplendor y de riqueza, con una hermosura grande, un talento brillante y una instruccion no comun en aquellos tiempos, era un ser escepcional y que llamaba la atencion de cuantos tenian la suerte de conocerla.

¡Y sin embargo, aquella gran mujer era modesta hasta la sencillez, y ella sola la única que no conocia lo que valia!

Su dulce belleza y virtud estaban consagradas á su esposo y sus hijos. Su caridad al alivio de los pobres y de sus vasallos, y su claro talento á engrandecer y mejorar la ciudad de que era señora.

¡Si en este mundo miserable, y si la humanidad fuese susceptible de no tener defectos, diriamos que la condesa Doña Eloisa era un ser completamente perfecto! Mas como esto es imposible y la perfeccion absoluta solo está en Dios, diremos sin temor de equivocarnos, que la esposa del héroe D. Pedro Ansurez era tan buena, tan virtuosa y perfecta como puede serlo un ser humano que ha venido al mundo con el pecado de Adán.

Desde que vino á la imaginacion de Doña Eloisa la construcción del puente ya no pensó en otra cosa, y esta grandiosa idea mitigó el dolor que la causaba la enfermedad de su hijo.

D. Fadrique y todos los caballeros de la ciudad así como los pecheros, admiraron y dieron su aprobacion á aquel gran pensamiento.

Despues que las lluvias levantaron y que el rio volvió á su estado normal, en una tarde de los primeros dias de Mayo se puso la primera piedra del Puente Mayor, se llamó así, porque iba á ser mas grandioso que todos los que habia.

Aquella noche Doña Eloisa se recogió á su cámara mas temprano, porque estaba cansada de lo que habia trabajado durante el dia.

Ya no se acordaba de la conferencia que habia tenido con Omer; pues pasaron mas de quince dias sin que este diese razon de si.

En algunos momentos se entretenía recordando á su perdida amiga, pero asuntos mas graves venian á distraerla.

Se acercó al lecho despues de haber besado á sus hijos y de haber llorado sobre las pálidas y enflaquecidas mejillas de D. Alonso, enfermo de un mal que ningun sábio conocia; y cuando iba á llamar á sus doncellas para que la desnudasen, vió sobre el lecho y al lado de las almohadas un pergamino enrollado y atado con seda encarnada y sellado con lacre verde, del que pendian varios sellos con las armas de los califas de Occidente.

Doña Eloisa se estremeció, pues comprendió que aquello era una carta del principe Omer. En aquellos tiempos no se conocia ni el papel ni la tinta, y se escribía en pápiros con un líquido rojo.

Mas, ¿por donde habia entrado aquel mensaje? El no habia venido solo. Alguien le habia traído y dejado allí.

La condesa no gritó, no interrogó á sus criados ni escandalizó como hubiese hecho una mujer vulgar; demasiado conocia que Omer tenia en su alcázar un poder oculto al que era difícil resistir.

Armándose de resolucion, y decidida á no dejarse intimidar por nada, rompió los sellos y desarrolló el pergamino.

Estaba escrito con caracteres rojos, medio chapurrado de árabe y de castellano; pero claro lo suficiente para que la condesa lo comprendiese; decia así: «Ya habreis creído, señora, que os habia olvidado, ó que mi entrevista con vos fuera un sueño, pero nada de esto; os amo cada vez mas y con creciente entusiasmo al comprender lo que valeis.»

«Vos no habeis nacido para ser la esposa de un caballero que reconoce el vasallaje de otro hombre, ni para ser solo la señora de Valladolid.»

«Vos estais destinada y sois digna de ocupar un trono, y ser señora del reino de Toledo, que yo pondré á vuestros piés con mi corazon y mi persona....»

La condesa hizo un gesto de desden, y con un soberano desprecio arrojó el pergamino al suelo.

Por espacio de un rato le contempló en silencio; pero conociendo que tal vez dijese algo que importase á su esposo, sus hijos, ó su ciudad, volvió á cogerlo y siguió leyendo del modo siguiente:

«Si no habeis vuelto á verme ni á tener noticias mias, ha sido porque yo no he querido importunaros tan pronto; pero no porque me faltase el suficiente poder para hacerlo. Aun cuando pongais guardias triplicadas en vuestro alcázar, aunque os rodeéis de los mas fieles vasallos y servidores, yo os veré siempre y cuando quiera.»

«Decid á D. Fadrique de Lara, que se molesta en valde en cercar á Valladolid de nuevos soldados, y que sus pesquisas son impotentes para descubrirme á mí, ni á la sultana Zoraida.»

«Que olvide el amor que por ella siente, pues es un imposible.»

«En cuanto á vos, adorada mujer, hurí soberana de belleza, no me aborrezcais porque una noche me habeis escuchado contra vuestra voluntad, y tened compasion de mi amor, de un amor que por vos dejó la posesion de Valladolid y que está dispuesto á hacer los mayores sacrificios por conseguirlos.»

Doña Eloisa frunció las cejas enojada, é hizo un gesto de indignacion, pero siguió leyendo.

«Por la pasion absoluta que me habeis inspirado quiero haceros un servicio, y por Alá os ruego que no me desoigais.»

«Vuestro hijo D. Alonso tiene una enfermedad que vuestros doctores castellanos desconocen y que solo podria curar un árabe. Le han dado tósigo. Está envenenado con un veneno mortal.»

¡Gran Dios! ¿Será verdad? gritó la condesa dejando caer el pergamino aterrada y corriendo al lecho de su hijo.

Al ver sus lánguidas facciones murmuró. ¡Pobre ángel mio! No puedo creer que haya habido un malvado que diese tósigo á una criatura inocente que ningun daño le hizo.

¡Esé moro miente! ¡Trata de aterrarme y hacerseme el necesario!

Concluiré de leer de una vez este maldito escrito.

Y limpiando el sudor de angustia que inundaba su frente volvió á coger el pergamino.

«Solo un médico árabe puede salvar á vuestro hijo. Si quereis fiaros de mí, dejad una de vuestras joyas en el reclinatorio como señal, y mañana á la noche alejad de la cámara á vuestras doncellas, iré con el doctor.»

¡Yo tal infamia! Recibir por mi voluntad á un moro, ¡jamás!

Y la condesa enojada rompió el pergamino en menudos pedazos, no queriendo quemarlo á la luz de las lámparas por el mal olor que daría.

Después pasó los cerrojos de la cámara y se acostó en el pequeño lecho de D. Alonso al que estrechó entre sus brazos, como si de ese modo quisiese ahuyentar la enfermedad y poner miedo á la muerte con su cariño de madre.

En toda la noche no pudo la pobre dama conciliar el sueño, y varias veces sus lágrimas cubrieron el rostro de su hijo.

Sin embargo á la mañana siguiente se levantó, y haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad, se dirigió en silla de manos á donde estaban construyendo el puente.

El niño enfermo la acompañó en la silla y aun pareció mejorarse con el animado y variado espectáculo que tenia ante su vista.

A los pocos dias de haberse empezado la obra, pronto conoció Doña Eloisa la falta que le hacia el entendido y sábio constructor Mahomed.

Triste y vergonzoso era en estremo ver que los moros eran mas ilustrados y sábios que los castellanos, pero no quedaba la menor duda; y Córdoba era el sitio donde estaba depositada la ciencia y el saber de toda España; pero Córdoba pertenecia á los moros y su califa Abderraman era el mayor perseguidor de los cristianos, por lo que Doña Eloisa nada esperaba de él para la construccion de su puente.

Entonces mas que nunca echó de menos á Mahomed, é hizo que le buscasen de nuevo, ofreciendo una gruesa suma al que la diese noticias suyas.

La condesa olvidaba sus resentimientos y sus sospechas contra el esclavo en favor de la sabiduria del hombre y el engrandecimiento de su ciudad. ¡Indudablemente la condesa Doña Eloisa era una gran mujer!

Entretanto el malvado esclavo, que nada ignoraba de lo que pasaba en Valladolid y que como el rincon en donde ocultaba á Zoraida tenia otros muchos donde él se escondia, salia por las noches á adquirir noticias y estaba muy contento de la falta que hacia á la condesa.

A pesar de lo malo que era, no queria presentarse hasta que muriese D. Alonso; pues le faltaba el valor para ver á su espirante victima: Entre tanto atormentaba á Zoraida con su amor, que mas bien se asemejaba al odio; pero la sultana permanecia firme y nada conseguia Mahomed con amenazarla todos los dias, pues lo mismo la encontraba uno que otro. Zoraida le demostraba su aborrecimiento y su odio á todos los momentos que le veia, llamándole con desprecio asesino de D. Alonso, y cuando la irritaba mucho echaba mano al collar para ahogarse, y el esclavo la dejaba sola de miedo que se quitase la vida.

La noche que Omer habló á la condesa, lo esperó oculto detrás del cortinaje, despues que dejó encerrada á Zoraida y al salir lo guió otra vez hasta la poterna, creyendo que por ella iban á entrar las lanzas; pero el príncipe moro se negó contando al esclavo su admiracion por la condesa, y Mahomed se burló de lo que llamaba su nécio amor; pero como él estaba poseido de la misma debilidad, el príncipe hizo cesar sus burlas.

Desde que Doña Eloisa encontró el pergamino de Omer, no pasaba dia sin que recibiese otro, ya en la cama ya en el reclinatorio y hasta en los libros de oraciones. La condesa estaba desesperada de aquella persecucion, y mas porque en todas aquellas cartas se la hablaba de amor y de que salvase á su hijo, que se moria porque ella lo abandonaba y por su culpa.

CAPÍTULO VI.

Dolor de madre.

Desde que se habia empezado la obra del Puente Mayor, el niño D. Alonso se habia ido agravando en tales términos, que tuvo muy luego que guardar cama, y la construccion se suspendió, pues la pobre madre no estaba para atender á nada mas que á la asistencia de su hijo.

El desgraciado infante, víctima de la mas negra y villana traicion, iba muriéndose lentamente y sin que bastase la ciencia de los doctores para aliviar su mal.

Doña Eloisa estaba desesperada y habia perdido la esperanza de salvar á su hijo. Empezaba á creer si el príncipe Omer tendria razon y su hijo moriria envenenado; asi se lo insinuó á los doctores que le asistian, pero ninguno de ellos quiso creerlo, y aun trataron de persuadirla que la enfermedad de D. Alonso no podia ser mas natural, pues le llevaban al sepulcro calenturas.

Esto consistia que el esclavo Mahomed era muy sábio y conocia la química mas que los doctores de aquellos tiempos, haciendo que degenerase el envenenamiento en cualquier enfermedad; pero no por eso dejaba D. Alonso de morir de tósigo, y no haber para él salvacion humana.

En algunos momentos la condesa tenia intenciones de llamar á Omer, pero su dignidad de esposa rechazaba esta idea que le sugeria su cariño de madre. Sin embargo: á fuer de imparciales historiadores, debemos decir, que si Doña Eloisa tuviese una completa seguridad de que su hijo estaba envenenado; no hubiese dudado de recurrir al príncipe moro y aun al mismo

verdugo por salvarle, pero creia que esto era una supercheria del moro por acercarse á ella, y mas se aseguraba en ello al ver la completa fé de todos los doctores y la unidad de pareceres, diciendo que lo que tenia D. Alonso eran calenturas.

En estas luchas y angustias para la pobre madre, cuya mayor pena era que su hijo muriere durante la ausencia de su esposo, llegó el día de la muerte del niño.

Una mañana se encontró tan grave que se reunieron á su cabecera tres médicos, dos camareras y D. Fadrique de Lara.

La triste madre tenia la cabeza de su hijo apoyada en su seno y lágrimas silenciosas se deslizaban de sus ojos.

D. Fadrique de Lara estaba á su lado y la miraba con ademán compasivo.

Era un jóven de veinticinco años, delgado, pálido, elegante y con la barba y los cabellos rubios. Sus ojos eran azules, pero de un azul oscuro, y como el cielo en un día de tempestad.

Vestia con desembarazo un sayo de brocado y unas calzas de belloria, y no se veian mas armas en su persona, que una daga con empuñadura de oro.

D. Fadrique era mas simpático que hermoso, pero tenia una atraccion irresistible para todos los que le conocian.

Su fisonomia respiraba tristeza, y no era la tristeza del dolor del momento por la cercana muerte de D. Alonso, sino una pena íntima reconcentrada y contenida.

D. Fadrique estaba locamente enamorado de Zoraida, y Zoraida no parecia á pesar de haber hecho sobrehumanos esfuerzos para buscarla.

Todos guardaban en la cámara el mas solemne silencio, solo interrumpido por la agitada y fatigosa respiracion del niño.

Los doctores consultaban entre si y discutian los medicamentos que habian de dar al hijo de la condesa.

Como sucede casi siempre, lo que uno decia otro lo desechaba, y en estas continuas disputas no disponian nada en provecho del enfermo.

Doña Eloisa fatigada de sus discusiones, habló en voz baja con D. Fadrique de Lara por espacio de algunos momentos, y el caballero que habia recibido sus órdenes se dirigió á los médicos. Señores, les dijo con voz dulce y digna, procurando no herir susceptibilidades.

La condesa mi prima y señora, os da las gracias por el interés que os tomáis por su hijo, y os ruega que en beneficio del mismo, se quede uno de vosotros á asistirlo y los otros dos se retiren. Cuanto menos gente mejor, y con este mismo objeto Doña Eloisa hará retirar á sus camareras.

Los doctores no parecieron quedar muy satisfechos de aquella interrup-

cion; pero como respetaban mucho á la condesa se callaron y eligieron entre si el que habia de quedarse, recayendo la eleccion en el mas anciano, como era regular.

Los otros dos hicieron una reverencia á la dama y se dispusieron á salir.

Mayor, Faquelina, dijo Doña Eloisa con bondad pero con la voz preñada de lágrimas, retiraos; pues nada teneis que hacer ya aqui. El doctor Farfan, mi primo Fadrique y yo, recogeremos el último suspiro de mi pobre hijo, y en tanto que yo cumplo este sagrado deber, velad vosotras por las hijas que me quedan. Tu Mayor especialmente, con quien ellas se hallan tan contentas desde la desaparicion de la pobre Zaida Fátima.

Las camareras saludaron á su señora, despues besaron las manos del niño moribundo, mojóndolas con sus lágrimas y salieron seguidas de los doctores.

Doña Eloisa al ver menos gente, pareció respirar con mas libertad.

El doctor Farfan se acercó al niño y le pulsó con detencion por espacio de un rato haciendo un gesto de desagrado.

—¿Qué sucede? preguntó la condesa con dolorosa angustia.

—Preciso es que esteis preparada á todo señora mia, pues vuestro hijo da pocas ó ningunas esperanzas de vida.

—¡Ah Farfan! Tiempo hace que temo esta horrible desgracia, contestó dolorosamente la pobre madre, y aun os dije varias veces si mi hijo estaria envenenado, pues á mi entender presentaba síntomas de tósigo.

—¿Y quién habia de ser el malvado que envenenase á este tierno niño? añadió el médico horrorizado.

—¿Pero vos comprendéis que cabe en lo posible doctor? preguntó D. Fadrique dirigiéndole una investigadora mirada.

Farfan movió la cabeza con desaliento y contestó en voz baja, yo he tenido ese mismo temor y así se lo he manifestado á mis compañeros que me han tratado de loco y visionario.

—¡Dios mio, Dios mio! Seria horrible! gritó delirante la condesa, estrechando al tierno infante contra su pecho.

Farfan y D. Fadrique se dirigieron una rápida mirada, pero la suficiente para comprenderse y ponerse de acuerdo.

—Prima y señora mia, dijo el de Lara respetuosamente, vuestro cariño maternal os engaña. ¿Quién habia de ser el infame que diese tósigo á un niño inocente, á vuestro hijo, al niño de Ansurez que es adorado en Castilla y esto en su buena, en su leal villa de Valladolid, y siendo yo el gobernador de ella? ¡Imposible señora, imposible! Desechad esa idea sugerida sin duda por alguno de vuestros enemigos.

—No piense en ello vuestra merced, señora, añadió el médico, yo he sido el que, recordando vuestras palabras, me he equivocado y mis compañeros tienen razón. Rodeada de leales servidores como está vuestra merced ¿quién se había de atrever á semejante atentado?

—Farfan dice la verdad, señora, dijo con tono lleno de convicción Don Fadrique, D. Alonso muere de calenturas y hay que conformarse con la voluntad de Dios.

—¡Siendo la voluntad de Dios la acato, por grande que sea mi pena! dijo Doña Eloisa como si se viese aliviada de un gran peso, y queriendo creer más que creyendo lo que la decían.

Farfan para salir del apuro no contestó, y Don Fadrique se limitó á dirigir á la condesa y al niño una mirada de suprema compasión; pero en la que había mil amenazas para los traidores que los redujeran á aquel estado.

El doctor se acercó al niño y le dió una cucharada de una pocion calmante.

Daba lástima el aspecto del tierno infante pálido como la cera, enflaquecido hasta la demacración, con los ojos hundidos, los labios cárdenos y todos sus miembros convulsos.

A los pocos momentos de tragar la pocion la arrojó, y una espuma amarilla asomó á sus labios, cayendo su cabecita desfallecida en la almohada.

—¡Gran Dios! ¿Ha muerto? dijo la condesa aterrada.

—No, no señora, tranquilícese vuestra merced, dijo Farfan apresuradamente; por el contrario, esa espuma que echó le hizo mucho bien, aliviando su estómago y disponiéndole á descansar un rato. Retírele vuestra merced el brazo y vele su sueño.

La condesa obedeció y el médico hizo una seña á D. Fadrique, dirigiéndose con él á una de las grandes ventanas ojivas que daban luz á la cámara.

—¿Qué sucede? preguntó el de Lara anhelante, pero en voz muy baja.

—Que vuestro primo muere envenenado, noble caballero, contestó Farfan con indignación y en voz aun más baja que la de D. Fadrique; lo he temido y se lo dije á mis compañeros; mas ahora, después de la espuma que le he visto arrojar, no me queda la menor duda, y ese descanso que tiene en este momento es el precursor de la muerte. Debemos hacer porque se retire su madre, pues no le queda una hora de vida.

—¡Imposible! Doña Eloisa querrá recoger su último suspiro, y no se separará de él hasta que le den sepultura.

—¡Pobre madre! dijo compasivamente Farfan.

—¡Infeliz señora! añadió D. Fadrique con tanto dolor como cólera. Y no saber, no adivinar quién es el malvado que le dió el tósigo!

—¡Dejadlo al tiempo y á la justicia de Dios que todo lo descubre! contestó el médico con fé.

—Lo que es preciso y necesario, es que mi infeliz prima deseche esa idea para que no sufra tanto.

—Haremos lo posible por desimpresionarla. Vos por cariño, yo por caridad, y mis compañeros porque no saben mas, dijo Farfan con desprecio.

Los dos se callaron dolorosamente impresionados por el espectáculo que estaban viendo.

Entre tanto la noble Doña Eloisa, mirando á su hijo agonizar, estaba sufriendo un dolor horrible, uno de esos dolores de los que solo es capaz el alma de una madre.

Su corazon se desgarraba, se comprimía hasta reducirse á fragmentos, al ver aquella prenda tan querida de su alma, á aquel ser de su propio ser, morir sin que para él hubiese remedio.

Doña Eloisa queria con un amor inmenso, con ese amor del alma á su esposo D. Pedro, y D. Alonso habia sido la primera prenda de aquel amor, y D. Alonso se moria.

Se moria en la ausencia de su padre y sin que este pudiese cerrar sus ojos.

Se moria cuando era el único varon que tenian y el que debia perpetuar su nombre y sus glorias.

¿Qué diria Doña Eloisa á su esposo cuando la preguntára por su hijo?

¡Oh! ¡Cuan espantoso era el dolor de la pobre madre!

A aquella pobre mujer la probaba Dios hiriéndola en la mas cara de sus afecciones.

Pasó una larga hora, y el niño no hacia el menor movimiento, parecia dormir dulcemente; pero la desgraciada madre, que no estaba tranquila, le pasó las manos por el rostro, y al hallárselo frio dió un grito horrible, estridente, y el que solo puede exhalar el corazón de una madre, y dijo:

—¡Farfan! ¡Fadrique! ¡Mi Alonso ha muerto!

Y cayó de rodillas sollozando, presa de la mas terrible desesperacion.

El doctor se acercó por mera fórmula, harto sabia que la Condesa decia verdad. Pulsó al niño y contestó con grave solemnidad:

—Sois una alma fuerte, señora, y es indigno el engañaros. Vuestro hijo está con Dios y los ángeles, tan ángel ya como ellos.

Doña Eloisa no hizo un gesto ni derramó otra lágrima. Su dolor era mudo, sombrío, aterrador.

A los pocos momentos entraron en la cámara todos los servidores del palacio, que prorrumpieron en lágrimas al ver muerto á su joven señor.

Don Fadrique y Farfan trataron de sacar dulcemente de allí á la Condesa, pero no lo pudieron conseguir.

Ella se negó obstinadamente, y aun insistió en que quería vestir y lavar á su hijo, haciéndole la última composicion.

Farfan se opuso, y alegó sus deberes de médico; pero la madre ofreció tener fuerzas y las tuvo.

En presencia de todos sus criados, que no sabian si admirarla ó compadecerla, lavó á su hijo y le vistió, haciendo que le depositasen en el estrado del salon de honor del alcázar.

Allí estuvo tres dias con tres noches, velado por los mas nobles caballeros de Valladolid, y siendo visitado por todos sus vasallos, que vinieron á despedirse de él y arrojar agua bendita sobre sus restos desde diez leguas en contorno.

Doña Eloisa, con una fuerza de alma admirable, pasmosa, no se separó de su hijo ni un solo momento, ni tomó otro alimento que vasos con agua fresca; durante aquellos tres mortales dias la devoraba la calentura.

Sentada al lado de la caja mortuoria de su hijo, se asemejaba á una de esas hermosas estátuas de alabastro que hay en las magníficas catedrales de Italia. Parecia tan muerta como él, y solo tenian vida sus hermosos ojos, velados por el dolor y la angustia.

Don Fadrique de Lara, de pié al otro lado del niño, acompañó á su noble prima en su dolor, y solo se apartaba de allí para cumplir los deberes de su cargo.

Pero todo concluye en este mundo, así el dolor como la alegría.

Pasaron los tres dias del depósito de don Alonso y llegó el de su entierro.

Los canónigos de la Colegiata de Santa María, hoy la Antigua, con el abad á su cabeza, vinieron para llevarse al niño.

El abad tampoco se habia separado de D. Alonso durante el tiempo que habia estado depositado, y habia dicho muchas misas, no por el descanso de su alma, pues el angel no las necesitaba, sino para dar magestad al culto católico y grandiosidad al entierro.

Doña Eloisa al ver aquel aparato se puso en pie como movida por un resorte, y dió las gracias á todos por los cuidados que habian prodigado á su hijo, con una voz triste, pero firme. Despues se acercó á D. Fadrique, y estrechándole las manos con fuerza, le dijo tiernamente:

—¡Gracias, primo! Desde hoy sois mi hermano, y si algo llegais á necesitar, cueste lo que cueste, acordaos de vuestra hermana Eloisa!

El de Lara la besó las manos con cariño y nada contestó, porque su emoción no se lo permitía.

La Condesa fué á dar el último beso á su hijo, y quebrantada, aniquilada con tan horrible y contenido dolor, cayó desmayada sobre sus inanimados restos.

Sus camareras se apresuraron á sacarla de allí y Farfan hizo que la llevaran á su lecho.

Don Fadrique se acercó al cadáver de D. Alonso, y poniendo la mano derecha sobre su helada frente, dijo en voz baja y solemne:

— ¡Descansa en paz, inocente víctima de la infamia y la traición, que yo te juré no descansar ni reposar tranquilo, hasta que no haya vengado tu muerte!

La clerecía, los canónigos, hombres de armas, caballeros y vasallos de la ciudad, se llevaron á D. Alonso, y el de Lara, como pariente y gobernador de la ciudad, presidia el entierro.

Don Alonso fué enterrado en el monasterio de Sahagun, segun deseos de su madre, que mas tarde debia ir allí á reunirse con él.



CAPÍTULO VII.

Aparece el perdido esclavo Mahomed.

Por espacio de un mes largo, la condesa Doña Eloisa no se encontró en estado de ocuparse de nada por el dolor que sentía con la muerte de su hijo. La obra del puente mayor estaba en suspenso, así como otras muchas mejoras de la ciudad; pues la ilustre dama parecía haber perdido el gusto para todo.

Un vasallo de los de su mayor confianza, fué el mensajero encargado de llevar á D. Pedro Ansurez la noticia de la pérdida de su hijo.

Habia partido el mismo dia del entierro y aun no habia regresado, por lo que Doña Eloisa unia al dolor de la muerte de su hijo el no saber nada de su esposo.

Al fin el mensajero llegó en uno de los mas hermosos dias de julio, con una tierna y consoladora carta para Doña Eloisa.

La Condesa con ella pareció recobrar su perdida energia, porque D. Pedro la hablaba de sus victorias y de su pronto regreso, y Doña Eloisa, que queria sorprenderle con el puente concluido, se dedicó á su obra con actividad.

Parecia no vivir, no alentar mas que para aquella grandiosa obra.

Se levantaba con la aurora y hacia que la condujesen allí en una silla de manos, de donde no se retiraba hasta el anochecer; comiendo fiambres que le servian en una tienda de campaña que D. Fadrique de Lara habia mandado construir en el campo para ella.

Con este motivo, sus camareras y las mas distinguidas señoras de Valladolid la acompañaban, igualmente que los caballeros y vasallos: asi era que la corte del señorío se habia trasladado á orillas del Pisuerga.

Los caballeros y damas, á imitacion de su ilustre señora, habian mandado hacer tiendas al lado de la suya, y en las tardes de verano las orillas del rio presentaban un animado y brillante espectáculo.

Sin embargo de todos estos cuidados, la obra adelantaba poco y la Condesa se desesperaba.

Los constructores tenian buena intencion; pero pocos alcances, y la Condesa echaba cada vez mas de menos al sábio Mahomed.

Ninguna noticia habia tenido de él lo mismo que de Omer Alí, y su prolongado silencio despues de tantas cartas daba mucho en qué pensar á la Condesa.

Llegó un dia en que la dama se vió tan aburrida de la ineptitud de los constructores, que desesperada se retiró á su tienda.

Eran las horas del mas fuerte calor, y los trabajos se habian suspendido.

Doña Eloisa se reclinó pensativa en un sillón, y por espacio de un rato dió tormento á su imaginacion á ver como saldria de aquel conflicto.

Vino á sacarla de su meditacion su camarera Mayor que, presentándose con la sorpresa retratada en su semblante, dijo con acento tímido:

—Señora, Mahomed espera fuera de la tienda el honor de ver á vuestra merced.

—¡Mahomed! gritó la Condesa con alegre sorpresa. Que entre, que entre, Mayor.

La camarera salió, y volvió á los pocos momentos acompañada del esclavo.

La Condesa le miró asombrada, y no la faltaban razones para ello.

Mahomed estaba pálido, enflaquecido, demacrado. Su cutis no tenia la palidez de los blancos, sino una palidez verdosa y que causaba horror.

Tenia la cabeza vendada y se apoyaba en un palo como si estuviese cojo, las manos llenas de heridas y los vestidos destrozados y en desorden.

Presentaba, en fin, un aspecto tan lastimoso, que todas las sospechas de Doña Eloisa se desvanecieron, y dijo al esclavo bondadosamente:

—¿Qué ha sido de tí, Mahomed, en tanto tiempo, y qué te ha sucedido?

—¡Ah señora, señora mia, dijo el malvado hipócrita haciendo asomar una lágrima á sus ojos; si comprendiese vuestra merced las desgracias que me han pasado desde que me separé de su lado!

—Cuenta, cuenta Mahomed; dijo la noble dama conmovida.

El traidor esclavo hizo un gesto, como dando á entender que no queria hablar delante de la camarera.

—Retírate, Mayor, al lado de las niñas, dijo Doña Eloisa con bondad.

La camarera levantó una cortina de la tienda y fué al otro compartimiento donde estaban las hijas de la Condesa.

—Ya estamos solos, Mahomed, hablad, dijo impaciente Doña Eloisa.

—Señora, vuestra merced y el señor Conde tienen enemigos.

—Eso lo sé, Mahomed, hace tiempo, contestó tristemente la dama; pero quién no los tiene en el mundo?

—Es que los de vuestras mercedes son encarnizados, traidores y perversos, dijo el moro aparentando indignacion y con aire misterioso.

—Pero quieres hablar de una vez, dijo impaciente la dama?

—Señora, contestó con solemnidad aparente el moro, una noche yo salí del palacio á pasearme á las orillas del rio, lo que acostumbraba á hacer muchas veces, cuando mas tranquilo estaba en mi paseo y buscando unas plantas medicinales, que solo se deben coger de noche, tres hombres se arrojan sobre mí puñal en mano, me vendan los ojos y me tapan la boca. Me cargan sobre sus hombros como un fardo y me llevan no sé á donde. Solo recuerdo que estuvimos caminando por espacio de mucho tiempo, y que al fin me dejaron en un oscuro y húmedo calabozo. En él estuve, señora mia, dos dias sin que me trajesen ningun alimento, y al cabo de ellos se presentó un hombre con un cántaro de agua y un pan, única comida que tomé en cerca de dos meses.

—¡Malvados! dijo la buena señora con lástima.

—Sí, muy perversos, añadió Mahomed furioso.

—¿Pero no te decian el motivo de tenerte preso?

—No señora, y cuando yo se lo preguntaba, me contestaban que ya me soltarian. Con tan mal alimento, prosiguió el esclavo en su falsa narracion, yo que estaba acostumbrado á pasarlo muy bien en el palacio de vuestra merced, me ponía débil é iba perdiendo las fuerzas; pero un dia, ya desesperado, esperé á mi carcelero detrás de la puerta é hiriéndole en la cabeza, escapé.

—¿Pero y no te habian quitado las armas? dijo sencillamente Doña Eloisa.

Mahomed se estremeció y se quedó turbado, pero reponiéndose enseguida dijo:

—Le herí con el cántaro y le di tan fuerte golpe en la cabeza, que cayó en tierra como muerto. Yo escapé enseguida temiendo viniese otro de sus compañeros, y me encontré en un bosque para mí desconocido. Empecé á andar con la mayor ligereza, pero vino la noche antes que yo saliese de él. Era la oscuridad tan densa, que al ir á dar un paso caí sobre un tronco de árbol que estaba derribado y perdí el sentido. Cuando volví en mí era ya de dia, y al quererme levantar no pude dar un paso y, conocí que tenía la

pierna herida. Me arrastré como pude hasta la cabaña de unos leñadores que, compadecidos de mi lastimoso estado, me curaron y tuvieron en su casa tres días hasta que estuve en disposición de poder andar, que encontré el camino de Valladolid y llegué al lado de mi señora. Nada más me pregunte vuestra merced, pues nada más sabré explicarla, dijo el moro con abatimiento y como si se sintiera morir.

Doña Eloisa era mujer de claro talento y desconfiaba de Mahomed. Sin embargo, había tal aire de verdad en su relato y demostraba hallarse tan mal parado, que la dama lo creía, porque lo que había referido era lo más natural del mundo en aquellos tiempos de bandos y revueltas. A fin de desvanecer el resto de duda que aun la quedaba, dijo bruscamente y mirando al esclavo con fijeza:

—A pesar de lo que dices, Mahomed, es extraño que el mismo día, ó la misma noche que á tí te prendieron, haya desaparecido Zoraida Fátima del alcázar.

El astuto moro que estaba preparado á esta pregunta, no se inmutó como el criminal: pero hizo un gesto de asombro y exhaló un grito de dolor como el amante á quien le acaban de anunciar la pérdida de su amada.

—Esa era la última desgracia que me faltaba, murmuró con voz opaca, como si se lo dijese á sí mismo y no quisiese que lo oyese la Condesa. Y estendiendo las manos cayó sobre la alfombra de la tienda como si se hubiese desmayado.

Esto había sido con tal naturalidad, tan bien representado, que las sospechas de la Condesa se desvanecieron todas, y la confianza volvió á su alma.

—Mayor! gritó.

Apareció la camarera con una de las niñas de Doña Eloisa. Era la segunda, Doña Emilia.

—Mira en qué estado está el pobre Mahomed. Llama para que vengan á socorrerle.

Pero la niña al ver á aquel hombre en el suelo, con los vestidos sucios y rotos, en un estado tan lamentable y sin dar señales de vida, se asustó, y escondiéndose detrás de Mayor, dijo:

—¡Qué feo! Miedo, miedo!

La Condesa que comprendió el susto de su hija, hizo una seña á la camarera, que volvió á levantar la cortina y se retiró al otro compartimiento de la tienda.

Doña Eloisa aplicó un silbato de plata á sus labios, entonces no se conocían las campanillas, y dió un agudo sonido.

Se presentó un hermoso pagecillo de quince años, armado con espada y daga.

—¿Qué manda vuestra merced? preguntó con respeto.

—¿Está en el campo D. Fadrique de Lara?

—No, señora, desde que se despidió de vuestra merced hace una hora, partió á la ciudad.

—Y Manrique Yañez, el alcaide?

El page miró á su señora sorprendido que le preguntase por una persona que jamás se separaba del alcázar.

Esto demostraba la turbacion de Doña Eloisa por el triste estado en que veia al esclavo, que tanta falta la hacia para su obra.

Al momento comprendió su distraccion y dijo impaciente:

—Que venga mi continuo Albar Garcés:

El page besó la mano de la dama y salió haciéndola una reverencia: á los pocos momentos volvió acompañado de un jóven de veintiseis años, en traje de guerra y con una banderola en la mano.

Era uno de los *continuos* de la Condesa; especie de guardias distinguidos que tenian los reyes y los nobles de aquellos tiempos.

Como su nombre lo demostraba, estaban de continuo en la recámara ó antecámara de sus señores prontos á presentarse á la primera orden, y se relevaban unos á otros.

Esperó respetuosamente á que la Condesa le dirigiese la palabra, y sin manifestar asombro por ver á Mahomed en el suelo.

—Garcés, traed dos hombres de armas y que lleven á este pobre al alcázar al cuidado del doctor Farfan, pues buena falta le hace, dijo Doña Eloisa con el agrado con que hablaba á todos sus servidores.

El continuo miró al moro friamente y con desprecio.

Los cristianos de aquel tiempo aborrecian y despreciaban á los infieles, y solo les toleraban cuando sus señores, por alguna circunstancia especial, se lo mandaban.

—Las órdenes de vuestra merced serán cumplidas, señora mia, dijo el continuo, y salió despues de haber hecho una reverencia.

Luego se presentó con los hombres de armas, que se llevaron al esclavo que no hacia ningun movimiento y estaba como muerto.

—¡Pobre Mahomed, y yo que sospechaba de él! dijo Doña Eloisa con lástima.

Aquella noble y angelical mujer no podia creer que el corazon humano abrigase tanta perfidia, hipocresia y traicion.

Los hombres de armas, seguidos del continuo Garcés, llevaban al esclavo al alcázar.

—Señor Albar, dijo uno de ellos, no os parece que este perro va haciendo la maula y que podía andar muy bien por su pie?

—Silencio: á nosotros solo, nos compete obedecer las órdenes de nuestra buena señora.

Los soldados se callaron, aunque no muy satisfechos de que ellos, cristianos viejos, tuviesen que llevar á cuestas á un moro.

En el alcázar lo entregaron al alcaide Manrique Yañez, y se volvieron á orillas del Pisuerga.

El alcaide lo mandó conducir á su habitacion y que se avisase al doctor Farfan, segun los deseos de la Condesa.

Cuando Mahomed se encontró solo se levantó como si no estuviese enfermo; una sonrisa de triunfo asomó á sus lábios y murmuró con voz triunfante:

—¡Nada sospecha, á pesar de su suspicacia! He ganado la partida y el triunfo será mio.

Despues se acostó en el lecho esperando la visita de Farfan.

CAPÍTULO VIII.

Otra vez Omer Alí visita á la Condesa.

El esclavo moro aparentó estar tan enfermo, tan quebrantado, que logró engañar completamente á toda la córte del señorío, lo mismo que engañára á la Condesa.

El primer dia recibió las visitas de Farfan; pero despues se escusó diciendo que se asistia él mismo.

Don Fadrique de Lara, receloso á pesar de lo que le habia dicho la Condesa y todos los demás, quiso interrogar al moro.

Mahomed le hizo la misma relacion que á la Condesa, sin contrariarla en nada, y á pesar de las muchas preguntas que le dirijió el jóven caballero, no logró turbarle lo mas mínimo.

Cuando habló de la desaparicion de Zaida Fátima, lo hizo en un tono tan triste, tan conmovido, que hubiese logrado engañar á otro que no estuviese tan predispuerto en contra suya como D. Fadrique.

El jóven caballero salió de su lado aparentando quedar convencido; pero en su interior con las mismas dudas, y comprendiendo que el esclavo era mas fuerte en la astucia que él.

¡ Cosa estraña y misterios del verdadero amor ! ¡ Especiales impresiones é intuiciones del corazon !

Mahomed, que habia logrado engañar al talento y á la desconfianza antigua de la Condesa, á la vieja esperiencia del alcaide Manrique, y satisfacer la ávida curiosidad de todos los de Valladolid, no consiguiera engañar á D. Fadrique, porque habia una voz secreta en su corazon, que le decia que el esclavo no estaba ignorante de la desaparicion de su amada.

Comprendiendo, sin embargo, que no tenia ningun motivo real de que acusarlo y que si revelase á alguien sus sospechas le hubiesen llamado visionario, disimuló propuesto á espiar á Mahomed, ser su sombra y matarle sin compasion si le cogia en falta.

A los quince dias de su aparente enfermedad, enfermedad que no le impedia ir á ver á Zoraida todas las noches y atormentarla con su repugnante amor, dijo que estaba dispuesto á ocuparse en las obras del puente, y se entregó á ellas con entusiasmo y ardor.

Aquel hombre, de naturaleza ardiente y voluntariosa, de gran cabeza y conocimientos, indudablemente hubiese sido un grande hombre sin sus malos instintos, sin la pasion que se habia apoderado de su corazon por la sultana y el juramento que con este motivo hiciera de vengarse de la Condesa.

Estaba en continua inteligencia con Omer, al que decia que por qué no se aprovechaba de la ausencia del Conde para apoderarse de la ciudad y de Doña Eloísa.

Pero el príncipe moro se habia enamorado verdaderamente de la Condesa y no queria ofenderla creyendo, el loco imprudente, que iba á lograr algo de la mujer cuyo corazon y alma pertenecia á su esposo, y no por respeto y deber, sino por un amor entusiasta y esclusivo que se basaba en las nobles y heroicas cualidades de Ansurez.

El moro proseguia en su obra del puente mayor, y desde que el se hiciera cargo de ella adelantaba con estremada rapidez, y las dificultades para su construccion habian concluido.

Doña Eloísa estaba en extremo complacida de su actividad, y asi se lo manifestaba en todas las ocasiones.

El perverso é hipócrita moro, que queria confiar á su señora para seguir en su obra de venganza, aparentaba querer complacerla en todo, y comprendiendo que de ninguna manera como con la construccion del puente, á ella consagraba las horas del dia y la noche, dejando muy pocas para su descanso.

Sin embargo, con la idea de que Omer se apoderaria un dia de la ciudad, y á fin de ser á este necesario y que no pudiese prescindir de él, resolvió dejar el puente demasiado estrecho, para que cuando el ejército del Conde se viese en él no le fuese posible sino pasar poco á poco, y de manera que desde el rio pudiesen destrozarlos.

La idea no podia ser mas bien calculada y perversa. El puente sin la suficiente anchura para contener los hombres de armas bastantes á poder

defenderse, era un paso en extremo peligroso, y del que le seria fácil apoderarse á un enemigo.

Ninguno de los constructores que trabajaban bajo las órdenes de Mahomed conoció este defecto, y en cuanto á que al Conde le pareciese estrecho para pasar sus soldados, esperaba que al verlo lo dijese; pero estaba tranquilo persuadido que no habia nadie mas que él que pudiese ensancharlo, y estaba resuelto á no hacerlo, diciendo que era imposible.

Aun cuando seguia con ardor la obra del puente, y veia á Zoraida todas las noches, no por eso olvidaba su venganza de herir en el corazon á la Condesa.

Lo mismo que se habia deshecho de D. Alonso, dándole tósigo, resolvió deshacerse de las hijas de la Condesa, una á una, y así se lo dijo á Omer.

El principe moro se estremeció de tan malvado proyecto; pero aparentó no oponerse á él.

A los pocos dias dijo á Mahomed que le proporcionase otra entrevista con la Condesa, pues queria volver á hablarla de su amor.

El esclavo le contestó que en la cámara era imposible; pues la Condesa habia tomado sus precauciones; mas que una noche le llevaria al oratorio, y así lo hizo.

Doña Eloisa permanecia toda la semana en su tienda, á orillas del rio, y en ella comia y dormia, acompañada de su servidumbre y amigos.

Era tal el deseo, el entusiasmo que la noble dama tenia por la conclusion del puente, que se la figuraba que si ella se apartaba de allí, la obra no iria tan de prisa, y en verdad que no se equivocaba, pues los trabajadores, por complacer á su señora, trabajaban el doble que si ella no estuviese.

Como era en el verano, no habia la menor incomodidad para la Condesa en las noches; al contrario, era un placer pasarlas á las orillas del rio, paseando á la luz de las estrellas y en una tienda fresca y elegante para recogerse; pero los sábados á la noche venia á dormir á su palacio de la ciudad y su servidumbre y amigos la acompañaban.

El domingo era consagrado al descanso y á los deberes religiosos en las iglesias, conventos y hospitales.

Una de las noches de un sábado, la Condesa, despues de haber asistido á que acostasen á sus hijas, se dirigió al oratorio á hacer sus oraciones de la noche.

Era el oratorio una piececita cuadrada, con cristales de colores en las altas ventanas, pavimento de mármol y techo pintado al fresco, con imágenes de santos y de vírgenes.

De las paredes pendian cuadros de mérito de asuntos religiosos, y el

altar era de extraordinario trabajo. Tallado en madera, y con preciosos dorados, había en él un San Pedro magnífico y una virgen de la Concepcion de admirable trabajo, vestida con un rico traje y cubierta de magnificas alhajas.

Iluminaban el oratorio seis lámparas de plata sobredorada, y tan brillantes, que parecian de oro.

Una cortina de terciopelo cubria la puerta de la sacristía ó pequeño recinto donde se vestia el sacerdote para celebrar la misa.

La Condesa se arrodilló delante de la Virgen en una alfombrilla, y oró con fervor.

Una mano levantó la cortina de terciopelo de la sacristía, y un hombre entró en el oratorio cubierto de una capa negra, de la que se despojó.

Era el príncipe Omer Ali, vestido con un suntuoso traje moro, y cubierto de joyas que brillaban á la luz de las lámparas.

Doña Eloisa le vió al momento y se levantó, pero sin manifestar asombro.

Tiempo hacia que la noble dama, al recibir de continuo sus cartas, esperaba á cada momento una visita del moro.

—Señor, no os pregunto por donde habeis entrado, le dijo friamente, comprendo que teneis alguno á vuestras órdenes, que mejor que yo misma conoce este alcázar, y que os introduce á donde yo estoy; pero es un gran atrevimiento y un desacato el que un infiel entre en un lugar consagrado al culto católico, y voy á llamar para que os espulsen.

—¡Por compasion! ¡Oidme un momento, señora!

—Esta noche no podeis obligarme á que os escuche como aquella otra que lo hicisteis con el puñal sobre la garganta de mi hijo, dijo la Condesa con triste sarcasmo; mis servidores os arrojarán de mi lado, pero sin haceros daño, porque aborrezco el derramar sangre.

—¡Ved lo que haceis, mujer loca! Se trata de la vida de vuestras hijas, dijo el moro con salvaje energia al ver que la Condesa llevaba á sus lábios el pito de plata para llamar.

Doña Eloisa palideció y dejó caer el silbato. El moro se apresuró á recogerlo y añadió con ese tono de verdad y sinceridad que no se puede confundir con ninguno.

—Señora, vos teneis enemigos que han jurado la extincion de vuestra familia, y lo conseguirán. Primero dieron tósigo á vuestro hijo, y D. Alonso murió; cuando lo supe era ya demasiado tarde para salvarle. Hoy tratan así mismo de envenenar á la niña Doña María, y despues seguir con las otras en esta malvada obra de destruccion.

—¡Gran Dios! ¿Quién es el infame? preguntó la dama verdaderamente aterrada.

—Uno de los que están mas cerca de vuestra persona, de los que depositais mas confianza, y aun creo que os unen con él relaciones de parentesco.

El tiro no podia ser mas directo, é iba dirigido á D. Fadrique.

La Condesa lo comprendió enseguida y dijo despreciativamente:

—Comprendo vuestras mentiras, pero son inútiles; vos no buskais mas que pretextos para acercaros á mi, y voy á verme obligada á dejar este alcázar donde se alberga la traicion, y dirigirme á mi granja de Franco.

—¡Y allí, á todas partes os seguirá lo mismo mi amor! contestó el moro con vehemencia.

—¡Ese lenguaje os vende! gritó Doña Eloisa indignada.

Y como no tenia pito, se dirigió á la puerta decidida á llamar.

—¿Á donde vais, imprudente y desgraciada mujer? la dijo Omer con agitación cogiéndola de un brazo. No os he dicho que se trata de la vida, de la vida de vuestra hija Maria y de todas las demás? Quereis verlas en la tumba como habeis visto á Don Alonso?

La Condesa se detuvo de repente como una máquina y dijo friamente:

—Pues bien, acusad con pruebas y os creeré.

—Yo no quiero acusar á nadie, sino evitar una desgracia y libraros de un dolor horrible porque mi corazon os adora, y daria hasta la última gota de mi sangre por evitaros una lágrima.

Doña Eloisa hizo un gesto de impaciente desdén. Omer, como si no lo hubiese notado, prosiguió:

—Yo os traigo la salud y la vida de vuestras hijas. Por terrible, por fuerte que sea el tósigo que las den, no podrá resistir á este antídoto. Si las haceis tomar este contraveneno, su vida está segura y podeis dormir completamente tranquila.

Y el principe moro presentó á la Condesa un pequeño pomo de oro que sacó de su seno.

Doña Eloisa lo cogió, y mirándole con desconfianza dijo:

—¿Y quién me asegura que es verdad lo que me referis, y que por el contrario, este es el tósigo verdadero para mis hijas?

—¡Ah señora, señora! ¡Tal sospecha! murmuró Omer con dolor.

—Sí, lo repito, añadió la Condesa con impaciencia: ¿quién me responde de vuestra buena fé, siendo como sois enemigo de mi esposo, y habiéndoos éste, aunque en guerra leal, arrebatado un reino?

—¡Mi amor, señora, mi amor, la pasion frenética que siento por vos! dijo el principe moro con delirio. Antes de conoceros, mi corazon no abrigaba

mas que ódio y rencor contra los castellanos, y hoy casi son mis amigos. Por vos me siento capaz de todo; así de las mas heróicas acciones, como de los mas grandes crímenes, y por una de vuestras miradas daría el paraíso que mi profeta promete á los buenos creyentes.

La Condesa, con ese admirable instinto de la mujer de corazón, comprendió que Omer no mentía, y le dirigió una mirada de compasión.

—Vais á hacer que entre en discusion con vos, le dijo con gravedad, y esto ya es en mi una prueba de aprecio. Haré aun mas, y será daros buenos consejos. Jóven presuntuoso y loco, ¿habeis imaginado ni por un instante, que la condesa de Carrion, la señora de Valladolid, la esposa del noble y bien amado Ansurez, oiria con benevolencia ni aun por un solo momento vuestras locuras? Amo á mi esposo con entusiasmo, con pasión, pero aun cuando no le amase, mi deber de esposa honrada me apartaria de vuestra seducción. Es mas, doncella libre, jamás daría mi corazón á un infiel y que tiene distinta religion que la mia. En las almas de mi temple, el amor no dura solo durante la vida; espera aun mas allá de la muerte. Yo tengo la esperanza de reunirme con Ansurez en el cielo, y morar á su lado como he vivido en la tierra. Ya veis que el amor á mi esposo, mi deber y mis creencias, me separan de vos, por lo que desechad locuras de vuestra mente. Si sois rico en oro y alhajas como me habeis dicho, idos á Córdoba. El Califa os acogerá bien, os dará esposa entre su familia, y podeis vivir como un noble príncipe musulman.

—¡Nunca, jamás me apartaré de Castilla, donde vos morais! contestó Omer con pasión. Cuanto me digais, es inútil, y os amaré siempre, siempre! Y se arrojó á sus pies tratando de cojerla una mano.

—¡Atrás, temerario! gritó la castellana indignada. ¡Atrás y dejadme paso!

—Os lo dejaré, señora; pero aceptad este pomo, que es vuestra salvacion y la de vuestras hijas. Vos misma no estais segura. Cuando ellas tomen este antidoto, haced uso tambien de él, pues no seria difícil que se atentase contra vos.

—Dejadme, os digo, pues no quiero oír mas vuestras bastardas mentiras, si no quereis ser preso y castigado, pues mi bondad toca á su término. Retiraos.

—Me retiraré, señora, no por temor, sino porque vos me lo mandais, dijo Omer humildemente; pero antes tomad este antidoto, y haced uso de él sin que lo sepa nadie.

—Repito que no me fio de vos, contestó la Condesa friamente, y prefiero correr y que lo corran mis hijas un peligro imaginario, á esponerme á uno real, y que sea yo misma quien las mate creyendo salvarlas.

Omer Ali, con un movimiento mas rápido que el pensamiento, llevó el pomo á sus lábios y bebió la tercera parte de su contenido.

—¿Dudareis ahora? dijo con los ojos brillantes de nobleza.

Y antes que la Condesa tuviese tiempo de volver de su sorpresa, levantó la cortina de terciopelo y desapareció, dejando el frasco encima del altar.

Doña Eloisa le siguió y registró todas las paredes de la sacristía á ver si en ellas encontraba alguna puerta; pero sus pesquisas fueron inútiles y nada encontró.

Se volvió al oratorio y murmuró cogiendo el pomo.

—¡No parece sino que habito en un palacio encantado, y debia trasladarme á la granja! Pero esto llamaria la atencion, ¡y cuántos comentarios no se harían! Prefiero quedarme aqui y esperar los sucesos; entre tanto haré uso de este antidoto; si no nos hace bien, no puede dañarnos.

Y pensativa salió del oratorio.

CAPÍTULO IX.

Noticias de Zoraida.—Sigue la obra del puente.

La infeliz sultana Zoraida seguía en su encierro subterráneo, y aun cuando Mahomed no la dejaba carecer de nada de lo que para su alimento necesitaba, su vida no podía ser mas triste y desesperada.

Encerrada en aquel pequeño espacio, sin luz mas que artificial y sin mas noticias de sus amigos y de la ciudad, que las que la proporcionaba el esclavo.

Ella no sabía ni cuando era día ni noche, porque se había olvidado de medir el tiempo.

La falta de aire y de sol la desmejoraba mucho, y aun cuando siempre era hermosa estaba pálida y enflaquecida.

Sentada en el diván de su encierro, con la cabeza apoyada en su mano y el codo en la mesilla que tenía delante de sí, se encontraba una noche leyendo á la luz de la lámpara.

Al menor ruido que sentía dejaba el libro y escuchaba impaciente. Se comprendía que esperaba á Mahomed y que este debía traerla alguna importante noticia, segun lo anhelante que estaba.

Después de una larga hora de febril impaciencia la trampa sonó, y el esclavo apareció con una linterna en la mano.

Zoraida arrojó el infólio sobre el diván y le dijo enojada:

—¡Al fin habeis venido! ¿Qué ocurre del peregrino?

—Doy gracias á Alá que vuestra curiosidad esté excitada, así no me recibis tan mal como siempre! contestó Mahomed irónicamente.

—Déjate de sarcasmos, esclavo, dijo arrogantemente Zoraida, y si quieres que te perdone todos tus crímenes y perfidias, sácame de aquí y que yo pueda ver á ese peregrino.

—¿Y qué os importa ese hombre?

—¿No me has dicho que ha sido prisionero del alcaide de Ronda, mi padre, y que habiéndole dejado libre bajo rescate, pero fiándose de su palabra, él agradecido á este favor del cielo va en romería al apostol Santiago?

—Así es la verdad, señora, y que trae unas letras del Emir, vuestro padre, las que no quiere entregar á nadie mas que á vos, contestó el esclavo con el acento de la verdad.

—Entonces, me dejarás libre, Mahomed; dijo la sultana anhelante.

—Eso consiste en vos: ya sabéis mis condiciones, y como sé que sois noble y leal, no dudo que las cumplireis si me dais vuestra palabra. Olvido de todas las ofensas que pueda haberos hecho, silencio absoluto con la Condesa de lo que os ha pasado y de la muerte de su hijo, y la esperanza de vuestro amor si me hago digno de él, si llego á conquistarlo.

Zoraida no contestó y se comprendía que una lucha horrible se sostenía en su interior, entre su interés en salir de allí y sus resentimientos contra el esclavo.

Triunfó al fin el deseo de saber de su padre, ver el sol y volver á hablar á la Condesa y sus hijas, y dijo al esclavo con nobleza.

—Perdon completo, Mahomed, absoluto, desde el momento que salga de aquí; ya no me volveré á acordar ni de lo que me has ofendido ni si te he conocido ni visto jamás.

—Eso tampoco me conviene, señora, contestó friamente Mahomed, recordad que mi última condicion, la principal, es que podré tener la esperanza de lograr vuestro amor.

—¡Atrevido! dijo orgullosamente la sultana, aun tienes valor para hablarme de eso? De esa locura que tantos males ha causado?

—Y que aun causará mas sino os dais á partido, dijo sombriamente el esclavo.

—¿Yo tu amante? Jamás. Primero la muerte: gritó la sultana con uno de esos acentos que salen de lo profundo del alma y contra los que no hay lucha posible.

Las facciones de Mahomed se descompusieron de un modo terrible, tornándose en amenazadoras y feroces, y dijo con voz que la ira hacia temblorosa.

—Pues bien, no saldreis jamás de este encierro, no sabreis noticias de vuestro padre, y la Condesa, sus hijas y D. Fadrique me pagarán vuestros desdenes.

—¡Malvado! Te atreverás á idear mas crímenes?

—Sí, la condesa y sus hijas morirán por medio del tósigo; y tambien quitaré de en medio al de Lara, cuéstemme lo que me cueste.

Zoraida palideció; pero no se dió por vencida y dijo grave y tranquila.

—Te ofrezco lo que me has pedido; todo, menos la esperanza de mi cariño. Mahomed, el amor no se impone, por el contrario, él es el señor y dueño de los mortales: cuando quiere ser de una persona es, á pesar de todas las dificultades que se le pongan delante, y cuando no siente por ella, inútiles son los crímenes y que trate hacerse dueño de él á la fuerza. Yo no he nacido para tí. La distancia de nuestras clases nos separa lo mismo que la de nuestro modo de sentir, y es del todo imposible que se avengan el tigre y la paloma; pero si tu quieres podemos ser buenos amigos, y mira si soy leal, que pudiendo engañarte con falsas promesas para salir de aquí, prefiero decirte la verdad y eso que sé muy bien á lo que me espongo.

Mahomed miró á Zoraida con rábía por espacio de un corto rato; y luego la dijo con fiera:

—Vos lo quereis, sea. Caigan todos los males que sucedan sobre vuestra cabeza. La muerte de las personas que amais no se hará esperar, y llorareis con lágrimas de sangre el desprecio con que me tratais.

Y abriendo violentamente la trampa, salió sin dar tiempo á la triste Zoraida á que le replicase una palabra.

La infeliz prorrumpió en lágrimas, y mesándose desesperada los cabellos murmuró:

—¡Yo, yo me tengo la culpa por nécia! Pude haber engañado á ese miserable, lo que no era ninguna traicion mas que combatir la infamia con la infamia, y no lo hice por una delicadeza mal entendida.

Y presa de horrible desesperacion se revolcaba por el suelo como una loca.

¡Desgraciada! Había concebido la ilusion de salir de su cautiverio, y al verla desvanecida sufría mas que antes.

Pasaron muchas horas sin que la infeliz diese treguas á su dolor: mas al fin una idea de salvacion pareció acudir á su mente, porque su semblante se iluminó de alegria, y arrodillándose y alzando los ojos al techo, gritó con fé.

—¡Dios de los cristianos, sacadme de aquí! ¡Salvad á la Condesa y á sus hijas y creeré en vos!

Esta sencilla y corta plegaria pareció aliviarla, pues secando sus lágrimas se acostó en el divan envuelta en el chal, y á los pocos momentos se durmió.

Entre tanto Mahomed subió á su habitacion letal y sombrío, y revolviendo en su imaginacion mil proyectos de venganza.

Cogió un pomo de plata, lo guardó en su seno y murmuró con el semblante iluminado de feroz placer:

— ¡Mañana, en la ropa que vista!

Despues se acostó, pero no pudo dormir entregado á sus malvados proyectos y con el corazon abrigando solo rencor.

Al otro dia se entregó con mas ardor que nunca á la grandiosa obra del puente, que tocaba á su término y de la que ya solo faltaban los últimos claves.

La Condesa estaba contenta todo cuanto podia estarlo, despues de las desgracias que la habian ocurrido; pero veia la obra del puente en el mejor estado y que ya estaria concluida cuando llegase su esposo, y esto la servia de gran satisfaccion.

Don Pedro Ansurez nada sabia y su sorpresa seria una sorpresa agradable, despues que tenia que sufrir un horrible dolor con la muerte de su hijo D. Alonso, al que habia dejado á su partida y que no encontraba á su vuelta.

El Conde ya sabia la fatal desgracia; pero al ver á su esposa, su dolor tenia que renovarse; y Doña Eloisa, que le amaba con pasion, le preparaba la agradable sorpresa del puente, que si no mitigaria la pena de su hijo querido, al menos le haria sentir un momento de placer; pues el Conde tenia el mayor afan en embellecer y agrandar su buena ciudad de Valladolid.

Doña Eloisa, por lo que pudiese ocurrir, resolvió hacer uso del pomo de Omer, y á él debió la salvacion de sus hijas y la suya propia; pues el malvado esclavo estaba tan desesperado, que indudablemente hubiese atentado á su vida despues de concluir con la de sus hijas.

La Condesa, desconfiada con las palabras de Omer, y dudando de todos los que la rodeaban y hasta del mismo Don Fadrique, no habló una palabra del antidoto, y de él se servia en silencio segun los consejos del principe moro.

Mahomed, desde la última entrevista que tuvo con Zoraida, resolvió no volverla á ver, y despues que se la acabasen las provisiones que tenia, que muriese de hambre; justo castigo, segun él, del desprecio con que le trataba.

Entonces la obra del puente ya no fué para él un trabajo, sino una manía, y era tal el furor con que en él trabajaba, que hasta de noche no se separaba de allí. De este modo adelantó el trabajo de un modo tan grande, que los nobles de la ciudad estaban admirados de aquella actividad; y Doña Eloisa en extremo contenta del deseo de complacerla de Mahomed.

Solo á D. Fadrique de Lara no habia logrado engañar, y le seguia como una sombra con la esperanza de descubrir su traicion.

Mahomed, lleno de ódio su corazon y temeroso de que el noble llegase á descubrir sus traiciones, resolvió deshacerse de él, y ya veremos si pudo conseguir su objeto.



CAPÍTULO X.

El peregrino.

¿Quién era el peregrino de quien Mahomed habia hablado á Zoraida?

El peregrino era un romero que venia de cumplir un voto al Apóstol Santiago en la ciudad de Compostela; voto que hiciera siendo prisionero del Emir de Ronda.

¿Quién era este hombre que se habia presentado con letras para la Condesa, de uno de los mas nobles guerreros cristianos? La misma Doña Eloisa no lo sabia, porque el peregrino habia hecho voto de no descubrirse á nadie hasta que pasase un tiempo marcado despues de su romería.

Cubierto con su traje de peregrino y con el rostro casi oculto por el enorme sombrero, poco se podia juzgar de él, aunque parecia jóven y enérgico.

La Condesa, que le habia sido muy bien recomendado, hizo que D. Fadrique de Lara le enseñase todo lo notable de la poblacion y que Manrique Yañez le aposentase en su propio alcázar, cosa que llamó en extremo la atencion de los nobles y pecheros de Valladolid.

El extranjero examinó la ciudad y sus monumentos con prolija atencion, y sobre todo los recientemente construidos por Mahomed.

Dió su parecer como hombre entendido, cosa que hizo pensar bastante al sábio esclavo, que vió en él un émulo de su poder.

Despues que lo hubo visto todo, pidió otra conferencia á Doña Eloisa, y en ella la preguntó gravemente por la hija del emir Abderraman, alcaide de Ronda.

La Condesa, á este recuerdo, se la llenaron los ojos de lágrimas y contó al peregrino la misteriosa desaparición de su amiga.

El romero la escuchó en extremo sorprendido; y como delante de la dama tenía la cabeza descubierta, ésta pudo ver muy bien que sus grandes ojos zarcos arrojaban llamas de cólera y que apretaba los labios con indignación.

Al acabar Doña Eloisa su relación, la entregó un pergamino del alcaide de Ronda, en el que, después de darla las gracias con caloroso entusiasmo por los cuidados que habían prodigado á su hija, así ella como el Conde, la ofrecía por su libertad un crecido rescate.

—Zoraida no era mi prisionera, sino mi amiga, dijo noblemente Doña Eloisa, y el Emir me ofende al suponer pueda tomar por ella rescate.

—Lo sé, señora, contestó el peregrino en correcto castellano con voz dulce y respetuosa; pero cumplo las órdenes del alcaide de Ronda.

—¿El Emir no sabe entonces las circunstancias que han ocurrido para que su hija se halle á nuestro lado? preguntó la Condesa con gravedad.

—No, señora. Abderraman ha sabido tan solo por un cautivo cristiano que la sultana Zoraida era vuestra prisionera, y que estaba querida y apreciada en vuestro alcázar como una hija.

—Entonces le perdonamos el Conde y yo la ofensa que nos hace, dijo con triste sonrisa Doña Eloisa; si el alcaide de Ronda fuese á pagarnos, no le llegarían todos sus tesoros. Hay servicios, romero, que no se pagan con todo el oro del mundo, añadió la dama con noble altivez, y que sin embargo se hacen de balde.

—¿Y qué es ello, señora, para que yo pueda decir al Emir mi amigo lo que os debe? preguntó el peregrino con acento tan firme como respetuoso.

—Ese secreto pertenece á la sultana, contestó con dignidad la Condesa, y yo no puedo disponer de lo que no es mio. Si mas afortunado que yo, teneis la suerte de encontrarla, ella os lo revelará, si es su gusto; pero su amiga no la hará traición, ni aun para su mismo padre.

El peregrino, impresionado dulcemente, como todos los que se acercaban á aquella distinguida mujer, la dijo besándola la mano con un respeto tierno:

—Señora, sois un ángel y una gran dama, que sabe dar á cada uno lo que le corresponde. Dichosa la familia que os cuenta en su seno, y feliz el pueblo que os tiene por señora.

Y haciéndola una prolongada reverencia, salió de su presencia.

Doña Eloisa quedó pensativa y cavilosa. El peregrino la había tratado

como de igual á igual, y si bien su respeto habia sido digno, no era el respeto del inferior, sino el de un noble caballero á una dama de aquellos tiempos.

El misterioso romero entre tanto fué á buscar á D. Fadrique para que le diese mas noticias de Zoraida.

El de Lara no dudó en acusar á Mahomed como el autor de su desaparicion, y dió parte al romero de los motivos que tenia en qué fundarse.

Este le oyó con aquella calma tranquila que nunca le abandonaba, y despues como si no le hubiese comprendido bien, fué á buscar al esclavo para que le diese mas noticias.

Por la primera vez de su vida Mahomed tuvo miedo de que aquel hombre supiese mas que él y de que no lograrían engañarlo sus astucias.

Le refirió la desaparicion de Zoraida lo mismo que ya se la habia contado la Condesa y con la sencillez de la inocencia.

El peregrino le miró fijamente durante un rato, y Mahomed sostavo el brillo de aquella mirada investigadora.

—Muy bien, ya buscaremos á la hija de mi antiguo señor y amigo el alcaide de Ronda, dijo el misterioso personage como si creyese en la inocencia de Mahomed; ahora tened la bondad de enseñarme el puente que se está concluyendo. Es lo único que me falta que ver en la hermosa villa de Valladolid, y segun las noticias que tengo, es la mejor de vuestras construcciones.

Mahomed se estremeció sin saber por qué, y temió que aquel hombre conociese la traicion que intentaba llevar á cabo con la estrechez del puente. Sin embargo, como no tenia pretexto para disculparse, le llevó á ver la obra.

El peregrino la examinó con calma y miró y contó cada uno de sus arcos como si le gustase estremadamente aquella hermosa construccion.

Nada dijo de su estrechez, y ni aun pareció notarlo, con lo que el esclavo recobró su tranquilidad, sonriéndose con desprecio y burlándose en su interior de lo que él creia ignorancia del peregrino. Pero este habia conocido muy bien el defecto del puente mayor y medido todas las fatales consecuencias que podria traer á una ciudad en un caso dado; mas tenia talento y penetracion, y se calló porque conoció que debia callarse.

Desde aquel momento no se separó un instante de Mahomed, y le seguia á todas partes con pretexto de que era aficionado á las construcciones y queria aprender con el sábio esclavo.

En la conclusion de la obra era el mayor admirador que tenia, y parecia hasta haber olvidado el nombre de Zoraida y el objeto que le habia traído á Valladolid.

Don Fadrique de Lara estaba en extremo disgustado con esto, y se apartaba del peregrino siempre que éste se acercaba á él.

—Niño imprudente, le dijo un día el romero, cuidad de vuestra vida que está en peligro, y no os metais á juzgar las acciones de hombres que tienen mas edad y esperiencia que vos.

—El pensar solo en la propia conservacion es de cobardes, contestó con desprecio Lara.

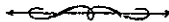
—Nunca la precaucion fué cobardía, dijo el peregrino con autoridad, y vos cometeis imprudencias locas. Sin acordaros que sois el gobernador de Valladolid y el guardador de la noble familia de D. Pedro Ansurez, salis todas las noches de paseo á la luz de la luna, sin un escudero que os acompañe ni un hombre de armas que os guarde las espaldas, y tales imprudencias pueden costaros caras.

—Llevo mi espada que me defienda y una cota de malla que me libre del puñal de un asesino traidor. Al tósigo no le temo porque no como mas que huevos cocidos, que mi escudero me prepara, y agua que veo salir de la fuente, contestó el jóven altivamente.

—Pues seguid en vuestras precauciones; pero no cometais imprudencias con vuestras salidas de noche.

—Felizmente pronto me veré relevado del peligroso cargo de gobernador de la ciudad; pues el conde D. Pedro viene dentro de pocos dias, y despues que sea dueño de mi vida, haré de ella lo que me parezca.

Y el impetuoso jóven se apartó del peregrino con desden.



CAPITULO XI.

Un gran crimen.

El puente mayor se concluyó á los pocos dias de llegar el peregrino, y Mahomed* quedó completamente libre, y aun cuando habia pensado dejar morir á Zoraida de hambre, su amor pudo en él mas que su resentimiento y solo la tuvo un dia sin alimento: cuando se presentó á verla la sultana estaba enferma, y el esclavo tembló por ella; así fué que la prodigó los mayores cuidados, los que ella no le agradecia, pues cada dia le odiaba mas.

Mahomed se puso de acuerdo con Omer Ali que estaba tan desesperado como él, y que se hallaba ya resuelto á todo.

Don Pedro Ansurez debia llegar de un momento á otro despues de conseguir una completa victoria sobre las tropas del rey de Sevilla, por lo que cada vez se hacia mas temido y respetado en España y era mas difícil atreverse contra él.

El príncipe moro estaba ardientemente enamorado de la Condesa, y no habia querido disgustarla; pero al comprender que con la llegada de Ansurez se hacia mas imposible su amor y la perdia completamente, resolvió jugar el todo por el todo y hacerse dueño de ella y de la ciudad.

El esclavo no comprendia como las hijas de la Condesa no habian perecido, pues las daba todos los dias tósigo. Ya en la comida cuando tenia proporcion, ya en las flores que olian y en la ropa con que se cubrian, y á no ser por el fuerte antidoto de Omer, hubiesen ya enfermado de gravedad, pero este las preservaba del veneno.

Omer, á pesar de su amistad con Mahomed, no era tan malvado como éste, y no queria que Doña Eloisa tuviese el dolor de perder á ninguna de

sus hijas: bastante habia transigido con su conciencia al abandonarle á la pobre Zoraida, á la esposa de su padre, que él debiera haber protegido; pero Mahomed se lo habia exigido como la mayor de las condiciones de su tratado de alianza, y él no tuviera otro remedio que ceder; por eso temiendo á su rencor tuvo muy buen cuidado de ocultarle que habia dado á la Condesa el contraveneno que salvaba á sus hijas, y Mahomed se desesperaba al ver que el tósigo no surtia efecto.

Uno y otro comprendieron que era preciso deshacerse de D. Fadrique, pues como gobernador de la ciudad y depositario de la familia de Ansurez, guardaba á una y otra sin descansar; y en cuanto él viviese era difícil el conseguir nada.

Con el noble caballero nada consiguió Mahomed con el tósigo, á pesar de haberlo ensayado varias veces. D. Fadrique no comia mas que lo que dijera al peregrino, y en sus ropas era inútil pensar en ello, porque tenia un escudero de su mayor confianza y que se hubiese dejado matar por su amo. De asesinos no se podia disponer, porque además que sabian que el jóven iba cubierto con una cota de malla, era muy comprometido no divulgar el secreto y aun se lo revelasen al mismo gobernador.

Sin embargo de todas estas dificultades, Mahomed perverso, y de imaginacion fecunda, ideó un medio que sin duda debió ser aconsejado por el mismo demonio.

Don Fadrique no habia olvidado sus solitarios paseos á pesar de los consejos del peregrino, y lo que hacia era que le siguiese su escudero á larga distancia, y eso porque él se habia empeñado. ¡Imprudencia inaudita para el que tenia á su cuidado el velar por una ciudad! pero el jóven era valiente hasta rayar en temerario, y con mas razon, porque habia sorprendido á Mahomed vagando una noche por cerca de las murallas del alcázar, y Don Fadrique era la sombra del esclavo. Se habia empeñado que Mahomed sabia en donde estaba Zoraida, y que siguiéndole siempre encontraria á la sultana.

Como se ve, D. Fadrique no iba muy descaminado, y el esclavo no habia logrado engañarlo.

Una mañana antes de amanecer salió D. Fadrique de la ciudad, porque con motivo de graves ocupaciones no habia podido hacerlo de noche; serian las cuatro y aun no habia claridad, porque era en Agosto, pero hacia un calor sofocante. El de Lara, seguido de su escudero y de algunos hombres de armas con que éste se habia hecho acompañar sin saberlo su amo, anduvo al rededor de las murallas del palacio donde habia visto al esclavo algunas veces, pero nada encontró que excitase sus sospechas.

Triste y lleno de pena como estaba siempre desde la desaparición de Zoraida, se dirigió á las orillas del río á ver si respiraba algún fresco.

Atravesó el puente mayor recién concluido, que se alzaba magestuoso y sombrío entre la bruma del amanecer, y le pareció como escuchar voces contenidas y que disputaban.

Curioso siguió andando hasta que llegó en donde había una cantidad de grandes piedras que habían servido para la construcción del puente, y que como este acababa de terminarse, no las habían aun quitado de allí.

Le pareció que era en donde se oían las voces, y aun creyó oír pronunciar el nombre de Zoraida.

Se examinó á ver si llevaba todas sus armas, y tranquilo al tocarse la cota de malla, adelantó con precaución á escuchar lo que hablaban, y para hacerlo con más comodidad se sentó en una de las piedras.

Desde que tomó asiento nada volvió á oír y reinaba el más absoluto silencio, solo interrumpido por el chillido de alguna lechuza ó el aleteo de otros pájaros.

Empezaba á amanecer, y la hora no podía ser más bella para la meditación, y más para el que está enamorado y ausente del objeto de su amor.

Don Fadrique, con la mano apoyada en su mejilla, se entregaba á sus recuerdos y á sus pensamientos.

Recordaba desde el momento que había conocido á Zoraida hasta el de su misteriosa desaparición, y estaba deseando que llegase el conde D. Pedro que le relevase de su cargo, para dedicarse solo á buscar á su amada.

—Felizmente pronto concluye este penoso cargo, murmuró pensando en voz alta; y una vez libre y con D. Pedro en Valladolid, la encontraré aunque me la escondan en las entrañas de la tierra.

Entre tanto su escudero y los hombres de armas, como á unos cien pasos de distancia, eran duramente reprendidos por el peregrino que se había reunido con ellos en las murallas del alcázar.

—¿No os he dicho que no os separeis de él ni un momento? decía con voz irritada al escudero.

—Señor, si lo hemos estado viendo hasta ahora! Mirad, allí le tenéis sentado en aquella piedra.

Faltaban unos veinte pasos para llegar á donde estaba D. Fadrique. El peregrino apresuró el paso.

Más de repente vió que dos manos aparecían sobre la cabeza de Don Fadrique armadas de un enorme pedrusco, el que dejaron caer sobre la cabeza del desgraciado joven.

—¡Dios me valga! gritó el de Lara.

Y cayó al suelo con la cabeza destrozada.

Era ya día claro y se percibían bien los objetos.

Este horrendo crimen pasó en menos tiempo del que tardamos en referirlo, y solo duró un minuto.

Cuando el peregrino, el escudero y los hombres de armas llegaron en donde estaba D. Fadrique, el desgraciado joven no daba señales de vida y su cuerpo yacía en un lago de sangre.

—¡Horror, horror! gritó el peregrino estremeciéndose. ¡Dios mío! ¡Qué crimen tan espantoso, y estar tan cerca y no haber podido impedirlo! añadió indignado.

El escudero no pronunció una palabra; tal era su dolor y su asombro.

—¿Qué haceis ahí parado como un poste? gritó colérico el romero. Id á registrar todo, pues el asesino no debe estar lejos.

El escudero, que ya había vuelto de su sorpresa, salió á registrar todo seguido de los hombres de armas.

En tanto el peregrino cogió la destrozada cabeza de D. Fadrique, y la vendó con un pañuelo que mojó en un líquido que sacó de un frasco de hierro.

El pobre joven exhaló un suspiro y dijo con voz lenta y opaca:

—¡Me muero! Un sacerdote.....

—Es ya demasiado tarde y morireis antes que venga, contestó con acento triste y desgarrador el extranjero. ¡Oh! ¿Por qué no habeis oído mis consejos?

—El peregrino! murmuró con voz moribunda D. Fadrique.

—Sí, el peregrino, que llegó demasiado tarde para salvaros, pero que tendrá tiempo para vengar vuestra muerte.

—Era mi destino.... morir.... sin volverla á ver.... Zoraida.... murmuró lentamente el de Lara y como si le costase un gran esfuerzo el hablar.

—¡Desgraciado joven! dijo el peregrino con tono compasivo; estar tan cerca, ver la piedra con que iban á asesinarte y no poder impedirlo.

—¡Dios lo ha querido! dijo el moribundo con unción; me siento morir y quiero que seais mi confesor.

—Yo no soy sacerdote.

—Lo sé, pero.... quiero.... haceros.... una confesion.... mundana.... la de mis pecados.... la haré á Dios con un verdadero acto de contrición, dijo el joven como si le costase un trabajo horrible el hablar.

El peregrino acercó su cabeza á la del moribundo, y éste le dijo con ese acento profético de los que ya están cerca de la eternidad y con voz cada vez mas débil.

—¡Dios ha querido que recojais mi último suspiro, para que seais mi testamentario! Mahomed... es mi asesino... y él tiene encerrada á Zoraida... seguidle de noche y la encontrareis. Velad por la... Condesa.... y dadla mis recuerdos. ¡Dios mio! perdóname.... y acójeme en tu seno!

Y fijando los ojos en el azulado cielo, espiró.

Una lágrima asomó á los ojos del peregrino, y empapando en la sangre del jóven un pañuelo, dijo solemnemente:

—¡Juro vengarte, desgraciado!

En aquel momento apareció el escudero y los hombres de armas.

—Nada, nada hemos encontrado, dijo el escudero desesperado; el malvado asesino se ha escondido en las entrañas de la tierra.

Despues, viendo que su amo no hacia el menor movimiento, gritó desesperado:

—¡Muerto, muerto! Y yo no recogí su último suspiro!

—Lo he recogido yo, que le vengaré, dijo el peregrino con voz de sombría amenaza, y luego añadió con mas dulzura: Oremos por él, y que nuestras oraciones sean las primeras.

Y todos aquellos hombres se arrodillaron y oraron con fervor por espacio de un rato. En aquel momento apareció una gran polvareda á larga distancia, y muy pronto se descubrió el estandarte de Valladolid.

Era D. Pedro Ansurez que llegaba con sus tropas y queria sorprender á la Condesa, por lo que no la habia avisado.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

EL CONSTRUCTOR ESPAÑOL.

CAPÍTULO I.

Llegada del héroe victorioso á su señorío.

Cuando D. Pedro Ansurez llegó á la entrada del puente, ya le esperaba en él su esposa acompañada de su servidumbre.

El peregrino, al divisar el escuadron del Conde, hizo que algunos hombres de armas llevasen el cadáver de D. Fadrique escoltado por el escudero, y que otros avisasen á la Condesa de la llegada de su esposo.

No queria que al llegar el héroe victorioso, lo primero que viese fuese el cadáver de su amigo y pariente, y que al menos sus primeras impresiones no fuesen desagradables: mas tarde tendria tiempo de saber el horrendo crimen. Doña Eloisa tambien estaba ignorante de esta desgracia, por lo que se presentó al Conde radiante de placer.

El peregrino se ocultó entre la muchedumbre; pero decidido á presentarse cuando hiciese falta.

Mahomed, aunque desesperado con la imprevista llegada de Ansurez que descomponia todos sus planes y los de Omer, acompañaba á la Condesa y recibió al Conde con la sonrisa en los lábios.

Ansurez, al mirar el puente, se quedó en extremo sorprendido. Lo menos que él esperaba era aquella obra colosal y grandiosa que tenia presente como una imágen de su poderio; pero al ver á Doña Eloisa se olvidó de todo, y arrojándose del caballo la estrechó contra su corazon con noble y delirante cariño.

—Al fin estás en mis brazos, Pedro mio, murmuró la dama en tono de dulce alegría. ¡Ay! he sufrido tanto en tu ausencia, que creí que no te volvía á ver.

El semblante del Conde se nubló y dijo con resignada tristeza:

—¿Alonso nuestro hijo?

—Está con los ángeles, contestó la Condesa señalando al cielo con acento solemne.

Los caballeros y servidumbre de los Condes se habian separado para dejar á ambos esposos en entera libertad.

Doña Eloisa, tiernamente inclinada sobre el hombro del Conde, le miraba amorosamente, y él acariciaba los cabellos rúbios y ensortijados de su esposa.

En aquel momento no se acordaban de que los miraba un pueblo y un ejército.

Se amaban tanto, hacia muchos meses que no se habian visto, y para ellos no existía otro mundo que sus personas.

Por fin, D. Pedro rompió la cadena magnética que parecía ligarle á su esposa, y dijo con dulzura y alegría:

—Eloisa, eres una gran mujer. Sola tú en mi ausencia podías haber pensado llevar á cabo tan grandiosa obra.

Y señaló con entusiasmo el puente mayor.

—¿Te gusta, Pedro? dijo la dama estrechándole cariñosamente las manos.

—Y cómo no gustarme, esposa mia, la mejor obra que hay en Valladolid, y la que mas falta hacia? Yo no se como mas antes no he pensado en ella. Ciertamente que con esta construccion me has dado una leccion de talento y de buen gobierno.

—Yo... murmuró la Condesa ruborizándose con estos elogios.

—Sí, mujer heroica, que cuando otras mujeres no tendrían mas que fuerzas para llorar su desgracia de madres, tú lloras, pero hallas un noble consuelo en inmortalizar tu nombre y el de tu esposo, dijo el Conde besando su mano con caloroso entusiasmo.

—Yo no puedo permitir en llevarme todos los elogios cuando el que verdaderamente los merece es Mahomed, dijo la Condesa noblemente, y cogiendo al esclavo de la mano se lo presentó al Conde.

—Ya sabia yo lo que valias, Mahomed, dijo D. Pedro Ansurez con aquel distinguido agrado que solo á él pertenecia; pero hay que confesar que esta obra deja muy atrás á todas tus demás construcciones. Pideme lo que quieras por ella, pues no sabré negarte nada.

—La señora Condesa me ha concedido ya todo lo que yo podia apeteecer, mi libertad, contestó el moro con salvaje alegría.

Durante el tiempo que habia trascurrido en toda esta conversacion, iba pasando el escuadron del Conde muy poco á poco, pues como el puente era tan estrecho no cabian muchos en él, y el atravesarlo un ejército duraba mucho tiempo.

Don Pedro, que era un hombre muy entendido en todo, al ver lo que tardaban en pasar sus hombres de armas, notó el defecto remarcable de el puente, y dijo tristemente y con el ceño fruncido:

—Y sin embargo, ésta hermosa obra que todos admiramos y que yo he acogido con tanto placer, tiene un grandísimo defecto.

Mahomed se estremeció, pero como esperaba este dicho del Conde, no manifestó inquietud.

—¿Y qué defecto es ese? preguntó Doña Eloisa con anhelo.

—El puente es demasiado estrecho y tarda mucho tiempo en pasar un escuadron, contestó el Conde pensativo, y si la ciudad estuviese sitiada y se quisiesen traer tropas con ligereza, habria que apelar á las barcas, porque para pasar un ejército regular se necesitan muchas horas.

—¡Cuánto me desconsuela oír á vuestra merced, señor! dijo Mahomed con hipócrita confusion.

—Tú no tienes la culpa, Mahomed; creiste hacerlo suficientemente ancho y no te acordaste que muchas veces tendria que pasar por él un ejército, contestó el Conde gravemente.

—Haber pensado en ello, yo le hubiese hecho mas ancho; pero como nadie me hizo la menor insinuacion y todos parecian tan complacidos con la obra.....

—Y yo tambien lo estoy, Mahomed, añadió amablemente D. Pedro; es una obra grandiosa que durará siglos y que nos recordará durante mucho tiempo; pero eso no impide el que quisiese que fuese mas ancho y aun desearia que se le añadiese, para que nada faltase á su magnificencia.

—Añadirle es imposible, señor, dijo Mahomed con prontitud.

—Difícil, lo comprendo, pero imposible..... murmuró Ansurez como si no se conformase con aquella decision.

—Para mi al menos lo es, señor, contestó el moro con tono de falsa modestia.

—Y cuando lo es para Mahomed, tiene que serlo para todo el mundo, objetó tímidamente Doña Eloisa.

Don Pedro Ansurez exhaló un suspiro y dijo con tristeza:

—Ló siento mucho, mucho, que no se pueda añadir, y daría todos los tesoros que conquisté á los moros sevillanos, al hombre que fuese capaz de llevar á cabo esta nuéva obra.

La oferta era magnífica; pero no tentó al moro que se habia jurado á sí mismo el vengarse y queria cumplir su palabra.

—Señor, siento no ser yo ese hombre, dijo con dolor aparente, pues á serlo, os complaceria de valde, pero no creo que exista nadie capaz de hacer imposibles.

—Os engañais Mahomed, dijo á sus espaldas una voz vibrante y acentuada, le hay, porque lo que pide el Conde es la cosa mas fácil del mundo, y vos mejor que nadie podriais hacerlo si no os lo impidiese vuestra mala fé.

Y el peregrino adelantó hasta el lado del héroe Ansurez, cubierto con su traje y con el sombrero en la mano, del que se despojó, pero una capucha le cubria el rostro.

—¿Quién es este hombre? preguntó el Conde sorprendido.

—Un peregrino que viene de la romeria de Santiago Apóstol, y de cumplir á sus pies un voto, contestó Doña Eloisa noblemente.

—¿Y quién le ha afianzado ante vos, esposa y señora? preguntó gravemente el de Ansurez.

—Estas letras del conde de Castro y estas otras del emir Abderraman, alcaide de Ronda, contestó Doña Eloisa sacando de su escarcela dos pergaminos.

—Basta que vos lo digáis, señora, dijo el Conde rechazando los papiros, y luego añadió con la mayor amabilidad.

—¿Y vos, misterioso romero, que no quereis descubrirnos ni ante mi corte ni ante mí, os encontráis con fuerzas para añadir el puente, para hacerlo que Mahomed no se atreve á hacer?

—Sí, señor Conde, contestó el peregrino con voz entera y segura.

Mahomed le dirigió una mirada de víbora, y si hubiese podido le mataría con los ojos; despues se acercó al conde y dijo con acento lastimoso arrojándose á sus pies:

—Señor, mi noble señor, vea vuestra merced lo que hace al fiar el ensanche del puente á un desconocido que tal vez será un hablador.

—El conde de Castro y el emir de Ronda responden de mi, dijo tranquilamente el peregrino.

—Sí, pero responden de que sois efectivamente un romero que vá en peregrinacion á Compostela á cumplir un voto á los pies del santo Apóstol, ¿pero dicen por ventura esos pergaminos que seais constructor? añadió Mahomed haciendo esfuerzos de elocuencia.

—Sí, veamos á ver si lo dicen, dijo el Conde con recelo.

—Es inútil, no hablan de eso, objetó el romero, pero yo respondo con mi cabeza de que el puente mayor puede añadirsele, y de que soy capaz de llevar á cabo esa obra.

—Señor, señora, gritó Mahomed dirigiéndose desesperado á los Condes, este hombre va á echar á perder nuestra hermosa obra.

Los dos esposos se miraron sin saber que hacerse. La Condesa dijo al fin resueltamente:

—Mas vale que el puente sea un poco estrecho, que no por querer ensancharle nos espongamos á perderle.

—Sea, señora; vuestro gusto es el mio, añadió el conde D. Pedro.

Mahomed dirigió al romero una mirada triunfante, y le dijo con aire de vencedor.

—Una cosa es hablar y otra hacer. ¿Se os figura orgulloso peregrino, que es lo mismo construir un puente como el mayor, que ir en romería á Compostela?

El romero hizo un gesto de desdén y no se tomó el trabajo de contestarle.

Despues se acercó al Conde y le dijo con vivacidad:

—¡Por Dios, señor! Que no se diga que por primera vez el conde Don Pedro Ansuarez, el señor de Valladolid, ha sido cobarde! Mahomed sabe mejor que nadie que el puente es posible añadirle, pero esto no conviene á sus fines.

—Apartad, dijo D. Pedro con impaciencia. Podeis ser un hombre honrado, un leal caballero, un guerrero valiente, y sin embargo no entender de obras de construccion, le dijo Doña Eloisa con mas dulzura.

—El peregrino, sin alterarse lo mas mínimo, dijo con voz reposada y tranquila dando al Conde un pergamino.

—Del noble D. Ramon Berenger, conde soberano de Barcelona; en él verá vuestra merced que entiendo algo de construccion.

Y el peregrino dirigió á Mahomed una irónica sonrisa.

El moro palideció y miró á D. Pedro Ansurez anhelante.

El Conde leyó atentamente el pergamino, y dándole al romero le dijo con agrado:

—Perdonad mi desconfianza; pero el puente es una obra que quiero perfeccionar, no perder. En estas letras, el soberano de Barcelona os llama uno de los mejores constructores de nuestro siglo. Ya estoy tranquilo, y deseo que empecéis vuestra obra mañana mismo.

—El conde de Barcelona me hace el honor de distinguirme, contestó modestamente el peregrino, y vuestra merced es en extremo bondadoso al encargarme del ensanche del puente mayor. Si lo deseais, mañana mismo empezaré mi obra.

—Cuanto más pronto mejor, dijo alegremente Doña Eloisa.

Mahomed estaba convulso, su palidez habia pasado del verde al violado, y su bronceado cutis estaba cubierto con el sudor de la angustia.

Veia que el peregrino le vencía, y que además de quedar por inepto, no podia lograr su venganza. Hizo pues un supremo esfuerzo y dijo despreciativamente.

—Comprendo que podreis ser buen constructor para hacer un palacio ó una iglesia española, pero para ensanchar un puente de construcción árabe, solo un árabe conoce su especial arquitectura.

—¿Y creéis que en Barcelona no hay buenos edificios? preguntó el peregrino con su imperturbable tranquilidad.

—Sí; pero no llegan á las construcciones árabes de Toledo ó Sevilla, dijo Mahomed desdeñosamente; comprendo que hariais un buen puente construido á vuestro gusto, pero no sois capaz de añadir el mio de arquitectura enteramente árabe, y que solo los que hemos nacido en esas construcciones conocemos.

Don Pedro miró á su esposa como pidiéndola parecer, pero la Condesa nada contestó. Conocia que Mahomed tenia razon y que habia mucha diferencia de la construcción árabe á la española.

El moro volvía á triunfar, y por esta vez parecia ser por completo.

No se alteró por eso el peregrino que se limitó á decir friamente á Mahomed.

—¿Qué pensais de los edificios de Córdoba?

—¡Que son una maravilla! contestó Mahomed con el entusiasmo patriótico mas exaltado, y sobre todo la última mezquita que se ha construido, será la admiracion de los siglos venideros.

—Ved, señor, este pergamino del califa de Córdoba Abderráman; en él

dice que yo he sido el constructor de la última mezquita, dijo el peregrino con altivez, en el que ya se notaba alguna impaciencia.

Don Pedro Ansurez leyó el pergamino con la mayor sorpresa, y despues se lo pasó á Doña Eloisa tan sorprendida como él.

Entre los cortesanos se escuchó un murmullo de asombro. El peregrino iba tomando á sus ojos colosales proporciones.

En cuanto á Mahomed, anonadado y lleno de estupefaccion, le pareció lo mas conveniente desaparecer, y así lo hizo.

Despues que la Condesa concluyó de leer el pergamino, dijo al peregrino graciosamente:

—Sois una notabilidad y mereceis ir hasta nuestro alcázar en medio del Conde y de mí. Hombres como vos solo se encuentran una vez en la vida.

Y apesar de que el romero se opuso, le obligó á caminar hasta el alcázar á su lado y al del Conde.

La comitiva se puso en marcha y llegó al poco tiempo.

A la puerta del palacio estaban las camareras Jaquelina y Mayor con las hijas de los Condes.

Don Pedro besó y abrazó á sus hijas con entusiasta cariño, y luego dijo sorprendido y aun disgustado.

—¿En dónde está el gobernador de Valladolid? Cómo mi pariente Lara no viene á saludarme?

—Es verdad, añadió la Condesa inquieta. ¿En dónde está D. Fadrique?

El alcaide del alcázar Manrique Yañez, adelantó á besar las manos del Conde y dijo con dolorosa tristeza:

—Don Fadrique de Lara ha muerto hace una hora víctima del mas villano é infame crimen.

—Yo lo atestiguo que recogí su último aliento, dijo gravemente el peregrino.

—¡Dios mio! ¿Será posible? dijo temblando la Condesa. ¡El muerto, cuando ayer respiraba salud! ¡El asesinado!

—Es la verdad, noble señora, dijeron á una voz el peregrino y el alcaide.

El Conde no pronunció una palabra, pero su rostro revelaba una cólera sombría y aterradora.

—Llevadme donde está su cadáver, dijo con voz helada; necesito verlo para creerlo, y despues quiero saber todas las circunstancias de su muerte.

—Su escudero y el señor peregrino la han presenciado, y ellos podrán referirlo todo á vuestra merced, añadió dolorosamente el viejo alcaide.

—Seguidme, dijo el Conde al romero: en cuanto á vos, esposa mia, añadió dirigiéndose á la Condesa, idos con vuestras camareras; no quiero veais tan triste espectáculo.

CAPÍTULO II.

El peregrino y Mahomed.

Don Fadrique de Lara fué enterrado con toda solemnidad; el conde don Pedro y todos los nobles de la ciudad asistieron á su entierro.

El peregrino tambien fué, siendo de los últimos que se marcharon, y despues de haber renovado su juramento de venganza.

Mahomed, desde que habia sido tan completamente derrotado por el peregrino, desapareció de Valladolid y nadie sabia de él.

El romero, ayudado de los constructóres de Valladolid que estaban á sus órdenes, empezó el ensanche del puente, y con tan buena fortuna ó con tanto talento, que el Conde comprendió en seguida que la obra saldria con toda felicidad.

Doña Eloisa, desde la muerte de Lara, estaba en extremo triste, sin que bastasen á disipar su tristeza los cariñosos cuidados de su esposo.

La noble dama conocia que una fatalidad ó una venganza la perseguia á ella y á los suyos. Primero, la entrada de Omer y de sus mensajes á todas horas cerca de ella: despues la estraña desaparicion de su amiga Zoraida, de la que no habia vuelto á tener noticia: la muerte de su hijo, que aun dudaba si habia sido natural, y por último, la de D. Fadrique, que la estremecia de horror por el modo infame como habia sido dada.

La Condesa estuvo reflexionando si revelaria á su esposo lo que la habia ocurrido con Omer; pero desistió de esta idea y la desechó en el mismo momento que la habia pensado.

Don Pedro Ansurez era un hombre lleno de nobleza y distincion, un guerrero distinguido, y un caballero leal y de gran ilustracion para aquellos tiempos; pero era marido; estaba ardientemente enamorado de su esposa, porque él, mejor que nadie, conocia lo que valia, y si no se le podia llamar celoso, porque eso seria una ofensa á la virtud de la Condesa, blanca como el armiño, era suspicaz y cuidadoso del tesoro que poseia.

Doña Eloisa, mujer de grandes dotes y de tantas luces como él, conocia la debilidad de su esposo, y por no darle un pequeño disgusto, resolvió afrontar sola la situacion. En esto habia tambien una noble valentia, pues la dama queria demostrarse á sí misma, que era bastante ella sola para defender su virtud y ser el escudo de su honra.

El peregrino, cubierto siempre con el incógnito de su traje, estaba en todas partes y nada se le escapaba. En el alcázar donde habitaba, pidió la habitacion de Mahomed, la que le fué concedida, pues el moro no se presentaba á ocuparla; y una vez dueño de ella, habia empezado á registrarla por todos lados, sin dejar rincon que no viese. Tocaba las paredes y el pavimento con gran cuidado, pues él mejor que nadie conocia las costumbres árabes y lo amigos de puertas secretas y de minas que eran los árabes, los mayores minadores del mundo. No hay pueblo ni país que haya pertenecido á su dominacion, que no esté lleno de subterráneos, salidas secretas y minas, porque esto era la aficion de ellos.

En efecto, no se engañó el peregrino en sus pesquisas, y despues de grandes cuidados encontró varias minas y puertas secretas, unas que iban á dar á los patios y galerías del alcázar, y otras que tenian salida al campo; pero ninguna huella de la perdida Zoraida, que era lo que buscaba.

No desistió por eso de sus pesquisas, convencido que el moro la tenia escondida, y que aun él no podia estar lejos.

Con esta idea, á la noche, despues que en el palacio se habian recogido todos y reinaba el mas sepulcral silencio, salia el peregrino con una linterna sorda de la habitacion del esclavo y como un fantasma cruzaba galerías y corredores.

Una noche de setiembre caia el agua á torrentes, y aun iba mezclada con granizo, porque era una lluvia de tempestad; pero el peregrino, sin intimidarle la mala noche, salió de su estancia provisto de su linterna y armado de todas sus armas.

Atravesó por la mina secreta varias galerías y llegó á un oscuro pasillo, donde se detuvo porque se le figuró sentir pasos, y para precaverse mejor contra cualquier tentativa, se escondió detrás de una columna y ocultó la linterna entre su ropage.

Mas á pocos momentos de haber hecho esto, los pasos se acercaron hasta llegar junto á él.

El que adelantaba debía conocer mucho el sitio porque andaba con seguridad, y eso que iba á oscuras.

El romero salió de detrás de su escondite con la espada en la mano.

Reinaba una densa oscuridad porque la linterna iba oculta. Adelantó con precaucion el peregrino hasta llegar al lado del que andaba.

Este, al sentir ruido, dijo con voz tonante:

—¿Quién vá?

Y viendo que no recibia contestacion, dió una puñalada en la oscuridad, que llegó al brazo del romero, pero que no le hizo ningun daño, embotándose en la fuerte cota de mallas que llevaba puesta.

¡Ola! ¿con con que pinchais? dijo el peregrino con acento burlon y en correcto árabe: será necesario imitaros.

Y sacando la linterna iluminó el espacio y asió á Mahomed, que era él, y llevaba una cesta en la mano.

El esclavo exhaló un grito de asombro y dejó caer la cesta, que fué rodando con los platos y manjares.

El peregrino, sin darle tiempo para que se repusiese, le cogió brúscamente y le puso la espada al pecho, teniendo antes cuidado de dejar la linterna en el suelo.

Mahomed no era hombre á quien durase mucho tiempo la turbacion; hizo un esfuerzo, y desasiéndose del peregrino, empezó con él una lucha brazo á brazo.

El esclavo era mas fuerte; pero el romero tenia mas agilidad, y uno y otro luchaban con vigor.

Mahomed dirigia al romero sendas puñaladas, que se embotaban en la cota de mallas, y éste al esclavo pinchazos con su espada, que tenian el mismo resultado. Uno y otro se habian precavido con cota para lo que pudiese suceder.

El esclavo estaba furioso; y decia echando espumarajos de rabia:

—¿Con que me has seguido, perro cristiano, y no contento con la obra del puente te has convertido en mi espia?

—Sí, asesino de D. Fadrique y D. Alonso Ansurez; yo te he cogido y no te escaparás de mis manos.

—Ya veremos quién mata á quién, añadió el moro con mas furor.

—¡Dios me libre de matarte! contestó el peregrino con su acostumbrada calma; no eres digno de morir á manos de un caballero y no quiero quitar al verdugo el gusto de colgarte, añadió con desprecio.

El esclavo no contestó, verdaderamente aterrado; pero redobló sus golpes, pues comprendió que se las había con un adversario digno de él.

La lucha siguió en silencio por espacio de algunos minutos; hasta que el peregrino, haciendo un vigoroso esfuerzo, derribó á Mahomed y poniéndole su puñal de misericordia á la garganta, le dijo con fria y aterradora calma:

—Encomiéndate á tu profeta, pues solo un minuto te queda de vida. ¡Vas á morir!

Mahomed, como todos los malvados, era cobarde y solo tenia el valor de la ferocidad. Al verse con la muerte tan cercana, dijo con voz temblorosa de miedo:

—¡Perdon! No me mateis; os llevaré á donde tengo encerrada á Zoraida.

El peregrino, sin hacerle ninguna promesa, le contestó con voz llena de arrogante autoridad, y en la que habia una aterradora amenaza:

—Guía hácia la prision de esa infeliz; y ¡desgraciado de ti si intentas hacerme traicion! porque antes que muera yo perecerás tú; y si me llevas á alguna emboscada por estos sombríos corredores, los dos rodaremos al abismo, pues no me apartaré de tí ni una pulgada.

Y al acabar de decir esto, le ayudó á levantar y asiéndose de su brazo sostenia con la mano que iba enlazado la linterna, y con la otra el puñal de misericordia que tenia aplicado á su garganta.

Imposible era escapar: si Mahomed hacia un movimiento para huir, el puñal lo degollaba; y si intentaba llevar al peregrino á un mal paso, los dos perecerian, porque iban fuertemente enlazados.

Así lo comprendió el malvado esclavo, porque dirigió al peregrino una mirada de impotente cólera.

—Te estraña que te haya adivinado, añadió el romero con ironía, y eso consiste en que he vivido mucho tiempo con los de tu raza, y ya no lograis engañarme. Guía con lealtad, pues sino peor para tí.

Mahomed, completamente dominado y como una pantera á quien enjaulan, bajó la cabeza y empezó á abrir la puerta de hierro. Cuando ya iban á bajar, dirigió una mirada á la cesta de las fiambres.

El peregrino, que comprendió su idea, le dijo friamente:

—Tu prisionera, como dejará de serlo, ya no necesita esas viandas.

El moro rechinó los dientes de rabia, y empezó á bajar.

El romero le seguia unido á él y como si fuesen una misma persona.

Despues de mil revueltas, llegaron á la prision de Zoraida, que Mahomed abrió con la desesperacion pintada en su semblante.

La sultana no era su sombra; estaba pálida, enflaquecida y demacrada,

con las joyas en desórden y el traje ajado. Y sin embargo, siempre era hermosa, tan hermosa que el peregrino la miró con verdadera admiración,

Zoraida le dijo con voz dulce y triste:

—¿Sois otro prisionero que trae aquí este malvado?

—No, señora; por el contrario, vengo á daros la libertad.

—¡La libertad! gritó Zoraida, poniéndose en pié como movida por un resorte.

—Si, señora, la libertad para regresar al lado de vuestros amigos y de vuestro padre, dijo el peregrino con dulzura compasiva.

—¿Luego vos sois..... dijo Zoraida deteniéndose.

—El que os trae noticias tuyas; pero no perdamos el tiempo y salgamos de aquí, dejando antes á este miserable encerrado. Decidme, señora, ¿es este un lugar seguro para este malvado?

—Tan seguro, que en él he estado yo muchos meses, sin que se oyesen ni mis lágrimas ni mis ayes, contestó tristemente la sultana.

—Pues bien, ayudadme á atarle con ese chal que teneis puesto.

Zoraida se despojó á todá prisa del chal y lo hizo dos tiras, que eran tan fuertes como una cuerda. Ella misma, que era valiente y enérgica, le ayudó al peregrino á atar al esclavo contra el divan, que estaba fijo en la pared.

Mahomed no pronunciaba una palabra, y solo sus ojos arrojaban miradas de sombría amenaza.

El peregrino, sin importarle nada aquel mudo reto, y despues que Mahomed estuvo fuertemente atado, cogió á Zoraida de la mano y le dijo con su fria calma:

—Ahí estareis hasta que la justicia del Conde, á quien vamos á revelárselo todo, disponga de vos.

CAPÍTULO III.

Por qué la sultana Zoraida estaba en el alcázar de los señores de Valladolid.

El peregrino, con una seguridad admirable, para no haber pisado mas que una vez aquel camino tortuoso y sombrío, guió á Zoraida hasta el pasillo, en donde habia tenido su lucha con Mahomed.

La sultana le seguia en silencio y con toda la ligereza que la permitia su débil estado. Una vez en el pasillo, la jóven fué la que guió al peregrino á su cámara, y al llegar á ella le dijo con dulzura:

—Esperad un poco, soy con vos en seguida.

Y entró en su alhami ó alcoba. En tanto el peregrino habia cerrado la puerta de la cámara y corrido con precaucion una cortina de terciopelo que habia delante de ella.

A los pocos momentos salió Zoraida cubierta con una túnica de brocado negro y envuelta en otro chal de cachemir azul.

—Sentaos, dijo al peregrino, señalándole un sillón, y dadme noticias de mi padre.

El romero se sentó y la contestó respetuosamente:

—El noble Emir vuestro padre, desea veros con el mayor afan, y os ama con el mas acendrado cariño.

—Bien poco lo demostró al entregarme á Almenon, dijo la sultana tristemente.

—¿Luego vos no habeis sido por vuestro gusto sultana de Toledo? dijo sorprendido el peregrino.

—No y mil veces no, contestó Zoraida con energía. Si mi padre hubiese oído mis súplicas, yo estaría aun en Ronda; pero, añadió friamente, no quiero decir mis desgracias á un hombre que no sé quién es, y que hasta permanece con el rostro cubierto en mi presencia.

En efecto, el peregrino tenía la capucha de su hábito sobre la cabeza. Sin embargo ¡cosa estraña! al oír á Zoraida, por un movimiento instintivo, impremeditado, se la echó atras y quedó descubierto su rostro.

Era un hombre de treinta á treinta y dos años, de cutis moreno ó mas bien tostado por el sol; de magníficos y grandes ojos zarcos, y de barba y cabellos negros, suaves y lustrosos. Este hombre, atentamente considerado, no era hermoso; pero había tal poder y limpidez en la mirada de sus hermosos ojos, que una vez vistos no se olvidaban. Además su pensativa frente, en la que ya se veían algunas arrugas, demostraba que había tenido grandes disgustos ó que se había ocupado en trabajos mentales. Cualquiera de estas cosas interesaba en su favor á las mujeres, y mucho mas á la que era tan idealmente romántica como Zoraida.

El peregrino la dijo dulcemente en claro árabe:

—Ya estais satisfecha, señora, y por vos he faltado al voto que hice.

—¿Cómo habláis mi idioma con tanta propiedad? le preguntó Zoraida sorprendida y en la misma lengua?

—Hermosa señora, contestó tristemente el peregrino, mis desgracias me hicieron que pasase en tierra de moros la mayor parte de mi vida. Niño de doce años, fui con mi padre prisionero del Califa de Córdoba, que me trató bondadosamente; y á la muerte del autor de mis dias me hizo aprender el oficio de constructor, siendo de los que mas han trabajado en sus obras. Jóven de veinticinco me dió la libertad, agradecido á mi buen porte, y regresé á Cataluña al lado de mis señores naturales. Salí á la guerra á los treinta años, y, siempre desgraciado, caí prisionero en poder del alcaide de Ronda, vuestro padre, que habiéndose fiado en mi palabra, me dejó libre á cumplir una promesa que hiciera al Apóstol Santiago, encargándome que de regreso trajese unas letras á los señores de Valladolid, y me informase de si érais dichosa. Ahora, señora mia, ya sabeis de mí tanto como yo mismo, y nada mas tengo que deciros.

—Perdonad, no me habeis dicho aun vuestro nombre, dijo Zoraida con encantadora amabilidad.

—Me es imposible hasta que concluya la obra del puente, señora, contestó gravemente el peregrino. He dado mi palabra de honor, y vos no querréis que un caballero falte á ella.

—De ningun modo, dijo con presteza Zoraida; y para que veais que

agradezco vuestras confidencias y que no estoy resentida, voy á revelaros lo que no sabe nadie mas que los señores de Valladolid, esto es, el motivo por que estoy en su palacio y no me he vuelto á Ronda, á pesar de tener una completa libertad.

Zoraida se quedó pensativa durante algunos momentos, y despues dijo con voz dulce y acentuada:

—Ya sabeis que soy la hija única del emir Selin Abderraman, y mi padre me profesaba un grande amor, á su manera; deseaba los mayores honores para su hija y todo le parecia para ella poco. Yo nací con instintos sencillos y me disgustaban las grandezas, por lo que Selin mi padre se desespataba por lo que él llamaba mi tontería, y procuraba que me aficionase al lujo y al esplendor; pero inútilmente. Yo preferia una flor para adornar mis cabellos, á las joyas de mas valor. Tenia á mi lado una anciana esclava cristiana, que me queria estremadamente; y creo que si se hubiese atrevido me hubiese enseñado su religion; pero temia á mi padre mas que al fuego. La buena María fué durante muchos años una amorosa madre para mí (añadió la sultana, enjugándose una lágrima), y á su muerte la sentí y lloré con extremo. Tenia yo entonces catorce años y me acuerdo muy bien. Mi padre me consoló dándome nuevos trajes y mas ricas joyas. Se le figuraba que de ese modo mitigaba mi dolor, sin comprender ¡ay! que una palabra cariñosa suya tenia para mí mas valor que todas las alhajas del mundo. A esa edad ya pidieron mi mano muchos magnates y principes de Andalucía; pero mi padre no se satisfacía mas que con que fuese reina; queria llamar á su hija sultana; por esa razon todos los pretendientes fueron desechados y permanecí en Ronda. En una vida en extremo monótona y aburrida, que no lograban distraer ni el lujo ni las habilidades de mis esclavos, cumplí mis diez y ocho años, y aquel mismo dia mi padre se presentó radiante de placer en mi habitacion:

—¡Zoraida! ¡hija mia! gritó besándome con ternura, cosa que no hacia con frecuencia: por fin nuestros deseos van á verse cumplidos; serás reina; vas á ser sultana de Toledo; porque su rey, informado de tu hermosura y riquezas, te ha pedido para esposa.

—Almenon, rey de Toledo, es un viejo, contesté haciendo un gesto de disgusto.

—¿Y eso qué importa, si te hará sultana y se lograrán nuestros deseos? dijo mi padre con una voz que no admitia réplica.

—Yo no me atreví á decirle que sus ideas no eran las mias; que se engañaba completamente; y no teniendo nada que contestar, bajé la cabeza. Mi padre salió contentísimo á comunicar á sus servidores tan feliz nueva,

no importándole nada si la noticia que me habia dado me hacia desgraciada ó feliz. Yo, al encontrarme sola y desamparada, lloré con la mayor tristeza. No tenia hermanos, no tenia madre; hasta me faltaba la vieja María para consolarme; y mi padre me hacia desgraciada por mi engrandecimiento ó por engrandecerse él mismo, añadió Zoraida amargamente. Se fijó mi partida á Toledo para dentro de un mes, y yo cada dia que veia pasar se aumentaba mi martirio; y no era que en Ronda fuese dichosa, sino que habia nacido allí, estaba en mi casa y todo el pais me era conocido, y en Toledo no sabia lo que seria de mí en compañía de un rey anciano, y que tenia otras esposas que le habian dado hijos. Un apremiante llamamiento del rey de Sevilla hizo salir á mi padre de Ronda con tropas, y mi partida se dilató; se dilató durante un año entero que duró la guerra, y ya no me acordaba yo de Almenon ni mi casamiento, cuando una mañana mi padre me dijo que me dispusiese para marchar á Toledo. Lágrimas, sollozos y súplicas todo fué inútil. El emir Selin permaneció inflexible, y haciéndome entrar en una litera, me condujo á Toledo y conmigo gran cantidad de oro, que era mi dote. El rey Almenon en cuanto me vió se enamoró de mí, y cuando marchó mi padre le dijo que me haria feliz, y cumplió su palabra. Atendiendo á mis súplicas y queriendo conquistar mi amor, y no imponérseme como un tirano, me llevó á una preciosa granja que tenia á orillas del Tajo, donde me iba á ver todos los dias como un padre ó un amigo; pero sin exigirme sus derechos de esposo, que queria deber solo á mi cariño y no á la violencia. A mí verdaderamente no se me debiera llamar la sultana de Toledo, añadió Zoraida ruborizándose intensamente; pues nunca fuí la esposa del rey Almenon.

—¡Cómo! gritó el peregrino, con una sorpresa en la que habia mucha alegría.

—Sí, yo no fuí la esposa del rey de Toledo ni de ningun hombre, y estoy tan doncella como cuando sali de Ronda, dijo Zoraida con digna gravedad. Un año me tuvo Almenon en la granja del Tajo, y yo al ver la nobleza y la bondad con que me trataba aquel anciano, émpecé á tomarle cariño; y dos dias antes que los castellanos se presentasen para atacar á Toledo, le dije que me llevase á la ciudad, pues estaba gustosa en ser suya. El pobre rey hizo todos los preparativos para venir á buscarme al otro dia; pero pasaron muchos sin que tuviese noticia suya. Una tarde en que con mas dolorosa angustia le esperaba, ví entrar en la granja un peloton de soldados castellanos, que despues de un lijero combate, se hicieron dueños de ella, expulsando á los que me custodiaban. El que parecia jefe se acercó á mí con ademan duro é imperioso, y me dijo que despues de recoger mis joyas, le

siguiese. No tuve valor para resistir, y habiéndole entregado varias joyas, salí de la granja. Antes había tenido cuidado de ocultar las mejores y el dinero que poseía, creyendo que volvería á la granja en mejores tiempos. El que se había hecho dueño de mí por la ley de las armas me colocó en su caballo é hizo una seña á sus soldados para que le siguiesen. Apenas habríamos andado una legua, cuando se oyó una voz de espanto que decía: ¡Ansurez! ¡Ansurez! Somos perdidos si el noble señor de Valladolid nos vé con una mujer que llevamos contra su voluntad.

Ellos creían que yo no sabía el castellano, y hablaron sin cuidado delante de mí en este idioma; mas yo que gracias á María, lo entendía tan bien como el árabe, aun á trueque de ser asesinada, grité: ¡Favor, noble Ansurez! ¡Ansurez, amparo! Antes que mi raptor tuviese tiempo de defenderse y escapar, ya estaba á mi lado el noble caudillo.

—¿Quién eres, mujer, y qué quieres? me dijo con dulzura.

—Soy la esposa de Almenon, la sultana de Toledo, y este hombre me lleva contra mi voluntad; por lo que imploro tu favor, cristiano, le contesté en correcto castellano.

—Suelta en seguida esa dama, en seguida, Antoliner, le dijo el Conde con autoridad; pero mi robador, que le gustaba yo y mas mis joyas, respondió con insolencia.

—No quiero, porque la deseáis para vuestra merced, señor general; y si yo estuviera solo con vos no me la arrebatariais; pero ya se vé, vos sois mucho y yo poco.

Los ojos del héroe arrojaron relámpagos de cólera, y con una mirada contuvo á los suyos, diciendo con calma:

—Voy á igualarte á mí, Antoliner. Lanza en ristre, porque de hombre á hombre no vá nada.

Mi raptor me colocó en el suelo, y aunque temblando de miedo, se puso en frente del Conde y procuró defenderse. Ansurez le miró con desprecio y le atacó con desden. El malvado, aprovechándose de esta generosidad, hirió al Conde en un hombro y su sangre corria. Sí, la sangre del noble Ansurez corrió por mí, añadió con entusiasmo Zoraida; y luego prosiguió con mas calma. Al verse el Conde herido, no tuvo mas que ocupar su lugar y muy pronto desarmó á su enemigo, que cayó al suelo vencido.

—¡Perdon, general! murmuró con voz desfallecida. He sido un insolente, y vos harto bueno en medir vuestra espada conmigo.

—Perdonado estás, contestó el héroe con nobleza, y bien castigado; y luego mirando á todos los soldados con arrogancia, dijo. Jamás Pedro Ansu-

rez se negó á un reto que se le haya hecho. Con la espada en la mano todos los hombres son iguales y no hay gerarquías.

—¡Viva, viva Anstrez! gritaron los hombres de armas al ver tan caballeresca nobleza.

Él, con tranquila dignidad, se acercó á mí y me dijo cortesmente:

—Almenon no reina ya en Toledo, y si quereis os conduciré, señora, á Ronda al lado de vuestro padre.

—No, noble Conde; llevadme junto á vuestra esposa, le contesté. Y sin preguntarme el motivo de aquella petición, me trajo á su señorío escoltada por él; y desde entonces vivo en su casa como una hermana.

—¿Y por qué no quisisteis volver al lado del Emir? preguntó el peregrino sorprendido.

—Es mi padre, y yo no debo hablar mal de él; pero me hubiese vendido otra vez á su ambicion, contestó amargamente la sultana.

Después se puso en pié y dijo con dignidad:

—Venid, vamos á informar á los Condes de lo que ha ocurrido.

CAPÍTULO IV.

Varios sucesos.

A la misma hora que el peregrino recibía las confidencias de Zoraida, el Conde tenía con su esposa una animada conversacion.

De la cámara de los señores de Valladolid, habían sido quitados los dos pequeños lechos de las niñas y llevados á otra donde eran veladas por Jaquelina y por Mayor.

Don Pedro Ansurez, despojado de su armadura y casco, y vestido con una sencilla ropilla y con la cabeza descubierta, tenía todo el aire de un gallardo mancebo; el guerrero había desaparecido, reemplazándolo el cortesano galán y hasta parecía mas joven.

Estaba sentado en uno de los escabeles de la cámara y tenía entre las suyas las manos de Doña Eloisa, que sentada á sus pies en la pequeña silla de paja del reclinatorio, le miraba con triste sonrisa.

—Querida esposa, la dijo el Conde amorosamente, he notado que desde mi regreso no eres la que eras antes. Siempre te veo triste y con una sonrisa dolorosa en tus labios, y como si tuvieses un oculto dolor que te royes el alma. Dime la verdad, ¿qué amargura oculta tienes que no has revelado á tu amante esposo?

—¡Oh Pedro! ¿Y cómo no estar triste? contestó la Condesa con amargura, la pérdida de mi hijo, el horrible asesinato de D. Fadrique de Lara, del noble Fadrique de quien yo había ofrecido ser hermana por los cuidados que prodigó al moribundo Alonso.

—Es cierto, Eloisa, es triste y desgarrador; pero creo que mi presencia debía mitigar esos dolores, añadió D. Pedro receloso; antes de marchar yo

á la guerra de Sevilla, bastaba una palabra mía para disipar todos tus dolores; á mi vuelta te encuentro cambiada y estás siempre como inquieta é intranquila, y como si á cada momento temieses ver aparecer un enemigo.

La Condesa se estremeció, y gotas de sudor corrieron por su frente.

¡Si el Conde llegaba á saber las entrevistas con Omer, aunque ella estaba inocente, cuánto no sufriría su receloso y suspicaz esposo!

Harto sabia Doña Eloisa que el Conde era incapaz de sospechar de ella, pero no ignoraba lo que sufriría al saber que un hombre jóven habia estado con ella solo y la habia hablado de amor, y la noble esposa queria evitarle este sufrimiento.

Don Fadrique de Lara, el unico depositario del secreto habia muerto, y la Condesa que era la sola que lo sabia, ya la costaba grandes angustias el guardarlo, y mas porque estaba siempre temiendo ver aparecer al moro.

Don Pedro Ansurez, que no recibia contestacion de su esposa, la miraba con aire inquieto, y la Condesa habia apoyado la cabeza en sus rodillas como si se sintiese indispueta.

La conversacion iba haciendose penosa, y Doña Eloisa poco acostumbrada á ocultarle nada á su esposo y menos á disimular, no sabia como salir del apuro, cuando unos discretos golpecitos dados á la puerta de la cámara vinieron á sacarla de su embarazo.

El Conde se levantó sorprendido murmurando:

— ¡Llamar á nuestra cámara á las dos de la mañana! ¿Qué ocurre? Y resuelto se dirigió á abrir la puerta.

Doña Eloisa aterrada se le puso delante y dijo con miedosa angustia:

— ¡Por Dios, Pedro, no abras sin armarte antes!

El Conde se detuvo con la mano en el cerrojo de la puerta, y contestó asombrado:

— Eloisa, vuelve en tí! ¿Qué te pasa? En un palacio tan bien guardado como el nuestro nada tenemos que temer, y llama en extremo mi atención ese ridiculo terror que manifiestas, tú que siempre has sido tan valiente.

La Condesa tembló de angustia y añadió con voz opaca:

— Desde la desaparicion de Zoraida no sé lo que pasa por mí, y siempre estoy temiendo que me suceda algo en el mismo alcázar.

Don Pedro pareció quedar satisfecho con esta explicacion; pero oyendo que los golpes redoblaban, descorrió el cerrojo y abrió la puerta de la cámara:

Doña Eloisa helada de terror se escondió detras de él temiendo ver aparecer á Omer.

— ¡Zoraida! gritó D. Pedro sorprendido al ver á la sultana.

—Si, yo soy noble Conde, que he sido arrebatada de un triste calabozo por este caballero.

Y la hermosa mora tomó al peregrino de la mano y se lo presentó á D. Pedro.

La Condesa, tranquila al oír la voz de su amiga, salió de detrás de su esposo y se arrojó en los brazos de la mora, diciendo:

—¡Zoraida, pobre Zoraida, amiga querida! Al fin te vuelvo á ver.

La sultana correspondia á las caricias de la Condesa con una ternura respetuosa.

El Conde hizo una seña, y Zoraida y el peregrino entraron en la cámara.

—Estoy llena de curiosidad, querida amiga, porque me refieras lo que te ha ocurrido durante tanto tiempo como hace que no te veo, dijo Doña Eloisa con ternura.

—Cosas terribles, señora, y que os demostrarán que tanto vos como el Conde, habeis dado abrigo en vuestro seno á una serpiente infame, á Mahomed.

—¡Cómo! dijo Doña Eloisa estremeciéndose, porque temia que Mahomed fuese mezclado con Omer.

—Querida mia, añadió el Conde con dulzura, dejad á la sultana que se explique y de ese modo saldremos pronto de dudas. Sentaos, Zoraida, y vos tambien, peregrino; segun lo que he visto y estoy viendo, sois digno de tomar asiento ante los condes de Carrion y de igualaros con ellos.

El peregrino se inclinó en silencio y obedeció á D. Pedro. Zoraida y la Condesa se sentaron una al lado de la otra.

—Te escuchamos impacientes, amiga mia, dijo Doña Eloisa, que parecia haber olvidado su terror.

La sultana, sin hacerse mas de rogar porque estaba tan deseosa de que la oyesen como los Condes de oirla, empezó su relacion.

Solo se propuso ocultar el envenenamiento de D. Alonso, porque conocia que era affligir mas á los infelices padres sin conseguir nada, y que Mahomed tenia suficiente con los demás crímenes para ser colgado mil veces.

Así pues, á no ser esto, todo lo refirió con los colores mas vivos, no dudando en acusar á Mahomed de haber querido entregar la familia del Conde y con ella la ciudad á Omer, y de la villana infamia de introducir á éste hasta la cámara de la Condesa.

Se detuvo largamente á relatar sus sufrimientos en la horrible prision en que habia estado tanto tiempo, y concluyó dando calorosamente las gracias al peregrino que la habia sacado de ella.

Despues á su vez, narró el romero la muerte de D. Fadrique, detenién-



dose en todas sus horrosas circunstancias, y acusando á Mahomed de ser su asesino.

Doña Eloisa escuchó esta larga relacion temblando de angustia, y al oír el nombre de Omer parecia que iba á desmayarse..

Si ella hubiese podido con una seña imponer silencio á su amiga, lo hubiese hecho; pero no se atrevió y Zoraida concluyó su narracion.

El Conde la habia oído sombrío y colérico, y en algunos momentos sus hermosas y nobles facciones se descomponían por la ira.

Así que el peregrino terminó, se volvió á su esposa y la dijo friamente:

—Ya está explicado, señora Condesa, el misterio de vuestro dolor y vuestra angustia, y en verdad que tendria razon para quejarme porque no habeis tenido confianza con vuestro esposo.

—Y á qué decirte cosas que te habian de disgustar? ¡Pedro mio! contestó la Condesa turbada.

—Hasta ahora, señora, no habeis tenido secretos para mí, dijo el Conde con reconvencion.

Zoraida conocia la imprudencia que habia cometido al hablar al Conde de Omer, pero era ya demasiado tarde para remediarlo.

El peregrino, con más esperiencia que ella, se propuso distraer á Don Pedro de aquella idea, y le dijo respetuosamente:

—El malvado esclavo espera en la prision de Zoraida que vuestra justicia disponga de él.

—¡En la prision de Zoraida! Es verdad, respondió el Conde pensativo, y luego añadió con una sonrisa que tenia algo de irónica: ¿Y creéis que estará allí esperándonos tranquilo?

—¿Qué quiere decir vuestra merced? añadió el peregrino inquieto.

—Romero, dijo D. Pedro con gravedad y con el claro talento que le distinguia: ¿pensais que Mahomed no habrá huido de su encierro? El que minó todo mi alcázar con escaleras y puertas secretas, creéis que no tendrá otra salida de la prision mas que la que vos habeis visto?

—¡Ah! tiene razon vuestra merced, gritó el peregrino poniéndose en pie agitado. ¡Corramos, corramos á detenerle!

—Ya será demasiado tarde, y no sé como á vos, que pareéis de buen criterio, se os ha escapado esa idea, añadió el Conde con sonrisa de lástima.

—Muy fácil es convencerse en seguida, dijo Zoraida con presteza. El peregrino que os guia, señor.

—Vamos allá, contestó D. Pedro con la resignacion del que sabe que no ha de conseguir nada; vos, sultana, quedaos acompañando á la Condesa, pues me figuro no tendreis gana de volver á ver un sitio en donde tanto

habeis sufrido; en cuanto á vos, señora, añadió con frialdad á la Condesa, para nada teneis que ver un lugar que no servirá mas que para aumentar vuestras angustias y dolores.

Y despues de estas palabras, que fueron una despedida á su esposa, salió de la cámara seguido del peregrino.

Doña Elcisa se estrechó contra la sultana, y la dijo en voz baja y como reconviéndola:

—Zoraida, por haber nombrado á Omer, has amargado para siempre mi dicha.

—¿Será posible, contestó tristemente la mora, que un hombre como Don Pedro Ansurez, lleno de honrosas y nobles cualidades ha de tener la debilidad de ser celoso?

—Celoso no, dijo la castellana protestando, pero sí receloso de mi amor, y le parece que hasta el aire que agita mis cabellos le lleva parte de él. Incapaz es mi noble Pedro de desconfiar de mi ni de creer ni por un momento que yo manchase su limpia honra; pero le desespera, hiere su dignidad, que haya habido un hombre tan atrevido que dijese amores á su esposa, y que este hombre no pueda castigarle como solo es capaz, midiendo su espada con él y humillándolo á sus pies.

—Es verdad, yo no puedo olvidar que general de un ejército, caudillo de renombre, midió su espada con un oscuro capitán, porque este hirió su dignidad de caballero y de soldado, contestó Zoraida pensativa; y luego añadió dolorosamente: ¡Cuán imprudente he sido y cuántas horas de amargura os voy á hacer pasar por mi ligereza!

—Sea lo que Dios quiera, dijo la castellana resignada.

Entre tanto, D. Pedro seguía con febril impaciencia al peregrino, deseando llegar al encierro á donde habia dejado á Mahomed, antes que fuese de día y que la servidumbre del alcázar se pusiese en pie, pues eran ya las cinco de la mañana.

Sin embargo, á pesar de lo preocupado que estaba su ánimo, no dejaba de admirar la sabiduría del esclavo.

Aquellas escaleras y puertas subterráneas ocultas en los muros, eran de un trabajo admirable, y D. Pedro, uno de los hombres mas grandes de su época, rendía su culto al saber donde quiera que lo viese.

Llegaron al fin á la antigua prision de Zoraida, y el peregrino, también muy entendido en construcciones, abrió la trampa con presteza.

Como habia supuesto la experiencia del Conde, Mahomed habia desaparecido y en su lugar solo se veía el chal desgarrado.

—¡Infame! gritó el peregrino apretando furioso los puños.

—Eso debiais esperarlo, romero, dijo tranquilamente el Conde; pero tras de un día queda otro, y ahora que yo conozeo sus infamias, por mucho que Mahomed se oculte le queda poco tiempo de vida.

—Y yo estoy dispuesto á ayudaros, noble señor, con mi débil brazo, añadió el peregrino con lealtad.

—No le tengo yo por tan débil, romero, dijo D. Pedro con agradable sonrisa, y aun me atreveria á asegurar que ha manejado tanto la espada como dirigido las construcciones, pero quiero respetar vuestro incógnito.

El peregrino se turbó y no contestó una palabra, y el Conde como si no hubiese conocido su turbacion, examinó con la mayor curiosidad aquel caprichoso y pequeño recinto. De repente llamó su atencion un pergamino que habia arrollado sobre la mesa y que decia: «Para el señor de Valladolid.»

Rompió los sellos con prestéza, y leyó lo que sigue:

«Quando recibais estas letras, conde de Carrion, ya sabreis quien es Mahomed, y que ha jurado vengarse de vos y de los vuestros. La Condesa ha despreciado al esclavo, y el esclavo se ha vengado y se venga.

«El nécio del peregrino me ha encerrado en el sitio de donde me ha arrebatado á Zoraida, sin comprender que en todo el alcázar no hay un lugar de donde yo no pueda salir. Debó avisaros cuideis de la hermosa Doña Eloisa vuestra esposa, pues un príncipe moro ha jurado que la haria suya, y á ella creo no la disgustará el ser reina,

Don Pedro Ansurez al leer este párrafo hizo un gesto de indignacion, y sus lábios temblaron de furor; pero con aparente calma siguió leyendo.

«Como adversario leal debo deciros, Conde, pues á vos os estimo á pesar de todo, que si quereis luchar conmigo salgais del palacio. En él no hay una cámara, una antecámara, ni una galería, que no tenga una puerta secreta y solo de mi conocida. Yo he construido el alcázar y lo he construido á mi gusto; así pues, guardaos.»

Don Pedro desgarró colérico el papiro, y dijo con valiente energia:

—No, no saldré del alcázar, miserable esclavo, aun cuando en cada pared en cada puerta y á través de cada ventana hubiese un peligro. Pedro Ansurez, que ha luchado con todos los ejércitos de España, así moros como cristianos, no teme á las asechanzas de la traicion ni de la infamia. Nos veremos, señor príncipe y señor esclavo, añadió aun con mas poderosa energia, y el que venza de él será la suerte.

Y sombrío, irritado, aterrador como un leon herido, salió del subterráneo, y el peregrino sin atreverse á pronunciar una palabra le guió otra vez hasta la puerta de su cámara.

Al entrar en ella, D. Pedro habia recobrado ya su digna tranquilidad.

CAPÍTULO V.

Estado de nuestros personajes.

Desde que Zoraida volvió á aparecer en su cámara, con sorpresa de toda la servidumbre del alcázar, que no comprendía ni su misteriosa desaparición ni su misteriosa llegada, el peregrino se entregó con ardor al ensanche del puente mayor, que adelantaba de una manera rápida, y que demostraba que no era solo Mahomed en el mundo. Si el constructor árabe habia hecho una obra grandiosa y magnífica, en cambio el constructor español perfeccionaba aquella obra quitándola sus defectos. Y en verdad que era difícil decir quién valia mas, ni era mas entendido de los dos constructores, si el que habia hecho aquella hermosa obra, dejándola un defecto que la empobrecia y empequeñecia, ó el que le quitaba aquel defecto, cosa mas difícil despues de acabada; y añadiéndole con primor, le daba toda su grandiosidad y magnificencia. Nosotros somos demasiado insignificantes para juzgar, y nuestros lectores pueden hacerlo del saber de los dos constructores.

El asiduo trabajo del puente no impedia al peregrino tener en el alcázar y en el campo largas conferencias con Zoraida, de las que salian cada vez mas complacido uno y otro.

La sultana hallaba un encanto especial en hablar con aquel hombre tan sábio, y que conocia á su pais mejor que ella misma. Decidida á hacerse cristiana, cumpliendo el voto que habia hecho en su encierro, no quiso dar noticias suyas al alcaide de Ronda para evitar embarazos y conflictos al señor de Valladolid.

El peregrino también sentia un gran placer en estar al lado de la sultana; placer del que se daba la esplicacion, pues como mas experimentado

que la jóven, luego conoció que estaba ardientemente apasionado de ella; pero no trató de combatir su pasión. ¿Por qué? Zoraida, por su hermosura, su nobleza y sus intereses, era digna de ser la esposa de un rey, cuanto mas de un simple caballero; y la diferencia de religiones que los separaba estaba cercana á desaparecer, pues Zoraida queria hacerse cristiana en cuanto estuviese instruida para ello.

La hermosa mora, que habia tenido una tierna simpatía por el desgraciado D. Fadrique de Lara, y que al saber su desastrosa muerte le habia llorado con sincero dolor, conocia que lo que la inspiraba el peregrino era mas ardiente y entusiasta que lo que habia sentido por D. Fadrique; y al poco tiempo comprendió, á pesar de su inocencia, que amaba al misterioso incógnito del que no sabia el nombre.

Esto la disgustaba un poco, si el peregrino no pertenecia á su noble clase y no podia hacerle su esposo por las conveniencias sociales, que entonces se respetaban mas que ahora. Sin embargo, habia una voz secreta que la decia en su interior que el romero era tan noble como ella y que nada se opondria á su enlace.

Doña Eloisa, al saber que su amiga, aquella amiga que queria como una hermana, iba á hacerse cristiana y que nada las separaba en adelante, ni aun la religion, sintió un gran placer y se dedicó á instruirla con ardor, y esto mitigaba sus disgustos.

Ella fué la que provocó la esplicacion de su amor entre la sultana y el peregrino: á su vista se juraron un amor eterno y ser esposos en cuanto se acabase el puente mayor y Zoraida hubiese recibido las regeneradoras aguas del bautismo.

Muy pronto los dos amantes, dichosos con su amor, se olvidaron de todo lo que no fuese su cariño; pues nada hay tan egoista como dos personas que tiernamente se aman: para ellas desaparece el mundo entero y solo se ven á si mismas.

Doña Eloisa, ángel de bondad, les perdonaba su olvido, y eso que la noble dama nunca como entonces necesitaba consuelos.

Don Pedro, desde la noche que habia recibido el pergamino insultante y audaz de Mahomed, no habia vuelto á sonreír. Triste y disgustado, cumplia con los deberes á que le sujetaba su dilatado señorío; pero no con la calma tranquila de antes. Todas las noches al irse á recoger, y en compañía del alcaide y de sus mas fieles servidores, hacia un minucioso registro en el palacio, siempre creyendo encontrar á los traidores de su poder y de su honra. Trataba á la Condesa con dulzura, pero no con el tierno y tranquilo cariño de antes. Se le figuraba á cada momento que venian á arreba-

társela; y al verla triste, porque él lo estaba, se impacientaba y salía despedido de su lado.

Doña Eloisa, que le amaba con acendrado amor, sufría en estas desigualdades de carácter que el Conde nunca había tenido, y maldecía el día que Mahomed había aparecido en la villa de Valladolid; y la pobre dama ni aun se atrevía á quejarse, temiendo disgustar mas al Conde.

Imposible parecía que Ansurez, el noble y distinguido caballero por excelencia, el héroe de la corte de Alfonso VI, sufriese por las insidiosas palabras de un esclavo; y sin embargo era así.

El conde D. Pedro no tenía hora de descanso, y su vida, que era tan feliz antes de marcharse á la guerra, se había tornado en un continuo tormento á su vuelta.

Ansurez se desesperaba, y no teniendo á quien acusar, estaba furioso contra si mismo.

¿Qué culpa tenía la hermosa Condesa de las intrigas de Mahomed? ¿Y ménos aún si habiéndola Omer visto por estas intrigas, se había enamorado de ella?

Pero ¿y por qué Doña Eloisa estaba triste á la llegada del Conde? ¿Por qué no se lo había revelado todo como una esposa amante?

¿Sería verdad que la tentase el brillo de una corona?

Ante esta idea, el Conde se desesperaba y era el mas desgraciado de los mortales.

Conocía, estremeciéndose, que él, Ansurez, el noble y caballero por excelencia, iba á desconfiar de la mas santa de las mujeres, y aun hacerse aborrecer de ella si seguia aquella conducta. Y esto le hizo violentarse y aparentar alegría cuando tenía la muerte en el corazon.

Al poco tiempo esta continua agonía le desmejoró de un modo, que sus vasallos creían que su señor estaba enfermo.

Y en efecto, ¿qué peor enfermedad que los celos? Porque, á fuer de historiadores imparciales, tenemos que confesarlo: El señor de Valladolid estaba celoso, no de su honra, pues creía incapaz á Doña Eloisa de faltarle ni aun por el esplendor de un trono; pero si no le amaba ya y codiciaba este trono, ¿no era lo suficiente para tener celos?

Imposible parece que el veneno de la calumnia haga tanto daño y cause tantas desgracias.

Don Pedro Ansurez, persona de buen criterio y de los de mas talento para su tiempo; D. Pedro Ansurez, político entendido y general valiente, D. Pedro Ansurez, que tenía tantas pruebas del amor de su esposa, por la calumnia de un miserable esclavo lleno de crímenes, que él no ignoraba,

era desgraciado y se había vuelto celoso, celoso ridiculo como el hombre mas vulgar. Huía de la compañía de su esposa, pues se le figuraba que ésta leía en sus ojos sus desconfianzas; y como no había aparentado nunca, poco le duraba su fingida tranquilidad. Solo encontraba algun consuelo al lado de sus inocentes y hermosas hijas, y muchas veces el noble Conde ocultó su abrasada frente entre sus puros semblantes.

Don Pedro Ansurez ha dejado una brillante página en la historia, y en unión con el Cid es la gran figura del reinado de Don Alonso VI, que solo fué importante por haber tenido por vasallos á estos dos nobles héroes.

Las crónicas de aquellos tiempos se ocupan de él con delirante entusiasmo; y sin embargo, ¡insondables misterios del corazón humano! este hombre grandioso, y de quien solo era igual el Cid, estaba á la altura del ser mas vulgar por sus celos y suspicacia. Y lo mas raro y anómalo era que él lo conocia; comprendia que estas sospechas eran indignas de su noble alma, y no podia desecharlas.

Doña Eloísa, que le conocia tan bien como él mismo ó tal vez mejor, veía cada una de sus luchas y sufría con él, participando de sus agonias; pero sin defenderse.

¿Cómo la noble dama habia de disculparse de una falta de que no era acusada? Eso seria hacerse mas culpable; pues dar satisfacción que no se pide es hacerse criminal. Y los dias se deslizaban tristes y las noches dolorosas para aquellos esposos que habian sido tan felices, que tanto se amaban y á quienes solo separaba una mala inteligencia.

Sin embargo, por mucho que disimulen las grandes personas sus acciones, son todas examinadas y comentadas; y muy pronto se susurró por la servidumbre del alcázar que entre el Conde y la Condesa no reinaba la buena inteligencia de antes.

Los mayores enemigos de los grandes señores son sus propios criados, y los de los señores de Valladolid eran charlatanes como todos.

Se estendieron por la ciudad las murmuraciones del alcázar, y el pueblo murmuró como los criados y la limpia fama de los Condes empezó á padecer.

Por ciegos que estuviesen con su amor el peregrino y Zoraida, llegó al fin á sus oídos lo que se murmuraba de los Condes, y se indignaron.

El romero, que conocia mucho el mundo y las córtes, comprendió que era preciso un golpe audaz para que los señores de Valladolid recobrasen su prestigio.

Desde la vuelta del Conde de la guerra no se habian presentado los esposos en público, y oían la misa en el oratorio de su alcázar.

Zoraida estaba ya suficientemente instruida en la religión cristiana, y previo exámen que le hizo el abad de Santa María, la antigua, solicitó la gracia del bautismo, que la fué concedida.

Los Condes quisieron que esta ceremonia que hacia cristiana á su amiga fuese con gran solemnidad, porque ellos eran los padrinos.

Doña Eloisa se vistió con su mas rico traje y preciosas joyas, y el conde D. Pedro con la rica armadura que le habia regalado el rey D. Alonso VI en la conquista de Toledo.

La neófito vestía un magnifico traje de seda blanca, y perlas lucian en su cuello y cabellos.

El peregrino, cubierto con su misterioso traje, solo se echó la capucha un poco atrás, pero lo bastante para que se adivinasen sus facciones.

La augusta ceremonia se verificó en la iglesia de Santa María, y el abad fué el que hizo cristiana á Zoraida, que tomó el nombre de Eloisa María, que eran los de su madrina la Condesa; pero decidida á seguir solo el de la Virgen.

Desde aquel momento la mora Zaida Fátima ó la sultana Zoraida, pues ya se sabia su rango en la corte, desapareció, y en su lugar se llamó la infanta Doña María de Ronda.

Los señores de Valladolid, sus padrinos, la hicieron grandes regalos, y el peregrino un precioso rosario con gruesas cuentas de oro y cruz de brillantes, bendito por el Santo Padre y tocado al sepulcro del Santo Apóstol. Ni á D. Pedro ni á Doña Eloisa sorprendió este magnifico regalo. Tenian al peregrino por un rico caballero, y lo que si les asombraba es que entendiese tanto de construcciones; pues la obra del puente tocaba á su término, deliciosamente perfeccionada y sin que tuviese el menor defecto.

El dia del bautismo de Zoraida, Doña María de Ronda, el peregrino propuso á los Condes un paseo hácia el puente.

Aun cuando se estaba en lo mas crudo del invierno, hacia un hermoso dia, y el sol se mostraba radiante en el cielo, como si hubiese querido alegrar con su presencia la ceremonia del bautismo.

Los Condes aceptaron el paseo, y en compañía de la nueva cristiana, del abad y los canónigos, del peregrino, nobles de Valladolid y su servidumbre, tomaron el camino del puente mayor.

Don Pedro parecia haberse olvidado ya de sus ridiculos celos y de su suspicacia; y sonriente, lo que hacia mucho tiempo no se le veia, hablaba con su esposa.

Doña Eloisa le contestaba cariñosamente, y asidos de las manos, entonces no se conocía el cogerse del brazo, llegaron á la obra.

El puente, del cual ya se veía la anchura, no dejaba nada que desear en magnificencia, y el Conde complacido, dijo estrechando las manos del peregrino:

—Sois un grande hombre, romero, y ya veo que sabéis cumplir vuestras palabras. ¿Cuándo estará del todo terminado?

—Dentro de ocho días, señor Conde. Yo lo deseo; mas que vos, añadió el romero, mirando tiernamente á Doña María de Ronda. Hasta que esté concluido no me casaré, y este es ya el único impedimento que tengo para unirme á la noble Doña María.

Doña Eloisa, era tan fuerte la emoción que sentía al ver aquella obra grandiosa; aquella obra que ella había discurrido y sido, la principal para que se hiciese, que no tenía palabras para expresarla.

Desde entonces la corte del señorío pareció animarse, y aun los mismos Condes se manifestaban alegres por el placer de los que los rodeaban.

El pueblo, al ver á sus señores unidos como siempre, y como siempre bondadosos y amables, se olvidó de los chismes de la servidumbre, y los victoreó con verdadero y leal entusiasmo.

Don Pedro y Doña Eloisa pasaron alegremente el día, y á la noche regresaron á su alcázar en un estado tan tranquilo de ánimo como hacia mucho tiempo que no estaban.

¡Ah! poco había de durarles esta tranquilidad, y borrascosos sucesos se preparaban.

Al llegar al palacio, Doña María se retiró á sus habitaciones, despues de haberse despedido amorosamente del peregrino y de ser besada en la frente con la mayor ternura por sus padrinos, y el Conde á ver como acostaban á sus hijas; pues aquella noche, dijo sonriendo á su esposa, quería quitarla aquel cuidado.

Doña Eloisa, dulcemente impresionada, se dirigió á su oratorio, á dar gracias á Dios de aquella mudanza.

CAPITULO VI.

Imprudencia de Omer Alí.

La Condesa oraba con fervor; daba gracias á Dios de haber vuelto á recobrar á su esposo; pues la desgraciada lo creía perdido, sin comprender que todos los celos, dudas é impacencias, eran por el amor estremado que la tenía.

Apenas hacia media hora que estaba en el oratorio, cuando la cortina de la sacristía se levantó y Omer apareció por ella.

Doña Eloísa se estremeció y tembló como la hoja en el árbol. Si su esposo llegaba á entrar en el oratorio, ¿qué pensaría de ella? ¡El que ya estaba devorado por los mas terribles celos!

Se dirigió á Omer y murmuró aterrada:

—¡Imprudente! ¿Cómo os habéis atrevido á venir aquí, cuando D. Pedro Ansúrez está en Valladolid?

—Señora, mi amor frenético arrostra por todo, contestó el moro con pasión.

—¡Quereis perderos y perderme! dijo la pobre dama con verdadero terror; antes al venir á mi palacio solo haciais un insulto á una señora que era dueña de perdonaros y haceros marchar; hoy al presentaros en mi oratorio, comprometéis á la mujer hasta el mas alto grado, y jugais con vuestra vida. Por favor, retraos, añadió juntandó las manos en ademan de súplica; no os amenazó con gritar ni hacer que os echen, porque me comprometía tanto como vos; pero marchaos, marchaos, ó no respondo de vuestra vida. Mi esposo está furioso contra Mahomed é indignado contra vos.

—¡Ojalá señora que D. Pedro Ansúrez me matase! dijo el príncipe moro

dolorosamente; él me ha arrebatado un trono; su esposa mi corazón, mi alma y la tranquilidad de mi vida. ¿Qué me resta ya? Una existencia odiosa que quisiera perder lo mas antes posible.

—¡Principe, por compasion, retiraos! Estais haciendo mi perdicion y yo soy inocente, harto lo sabeis; siempre la fatalidad me ha obligado á oiros á la fuerza. La primera vez que os ví, vuestro puñal amenazaba la vida de mi desgraciado y malogrado Alonso; la segunda me digisteis que me traiais la salud de mis hijas, y por esto os escuché un corto rato, y ahora tambien me obligais á oiros por no comprometer mi honra con un escándalo. Sois malo, abusais de la situacion y de las ventajas que os ha dado la casualidad.

—Pues bien, señora, si soy malvado, así lo quiere el destino y no yo; el destino que me hizo adoraros, gritó Omer desesperado, y que me hace sufrir los mas horribles tormentos al veros en brazos de otro hombre.

—Ese hombre posee derechos que vos no teneis, atrevido, contestó indignada Doña Eloisa. ¿Cómo teneis el descaro de poneros en comparacion con Ansurez, con mi noble Pedro, que desde que calza la espuela de caballero no ha cometido una accion indigna? Vos que obligais á las damas á la fuerza á que os escuchen, echando mano de sus mas caras afecciones; vos que ni aun habeis defendido contra un infame á la esposa de vuestro padre, y vos en fin que os habeis hecho aliado y amigo de ese mismo despreciable esclavo por conseguir vuestras bastardas pasiones! Apartaos, añadió con desprecia-tiva arrogancia; me causais horror.

Omer, durante todo este discurso, le costaba trabajo contenerse y sus lábios temblaban de rábia.

Despues que Doña Eloisa concluyó, la dijo friamente y con acento sar-cástico:

—Señora, habeis pronunciado un sermón, que ni uno de vuestros clérigos lo hubiese dicho mejor; pero perdeis lastimosamente el tiempo, y yo aunque no tan sábio como vos, voy á procurar el contestaros. No voy á discutir si vuestro esposo vale mas ó menos que yo. Tal vez las ventajas estén de su parte, pero lo que sí sostendré es que yo os amo mejor que él.

—¡Callad, callad! gritó Doña Eloisa irritada; no quiero escuchar seme-jante profanacion.

—Sí, porque temeis que yo diga la verdad, porque vos misma, orgullosa mujer, no estais segura del amor de ese hombre que envanecido con su saber y sus triunfos en las armas se cree un Dios, contestó el moro con acento triunfante.

La Condesa se llevó la mano al corazón procurando contener sus latidos.

La herida que la hiciera Omer habia dado en mitad de él.

Si el mismo Satanás le aconsejase, no podría haber dicho palabras que mas daño hiciesen á la dama.

Ella que temia que su esposo no la amaba como antes desde su venida de la guerra.

Sin embargo, al comprender que el moro gozaba con su sufrimiento, hizo un esfuerzo de voluntad y dijo friamente:

—Yo tengo la mas completa seguridad en el amor de mi Pedro, y desprecio esas indignas calumnias lo mismo que al que las dice.

—Sin duda os ama por deber como vos á él, dijo Omer con irónica sonrisa.

Doña Eloisa hizo un gesto de supremo desden, y acreciendo en majestad le dijo:

—Yo adoro á mi Pedro, no por deber sino por cariño, por amor, añadió con entusiasmo; porque no he visto ni veo otro mas digno, mas noble y mas generoso que él. Es político, consejero, gobernante sábio, general valiente, amante esposo y tierno padre. El es hermoso, sí, muy hermoso, añadió Doña Eloisa con trasporte y como si se lo dijese á si misma mas que al moro, y parece que Dios se ha empeñado en colmarle á porfia de honrosas cualidades y de dones. Soy su esposa y este es mi mayor orgullo; pero si no lo fuese querria serlo, y no cambiaria este distinguido honor por el trono mas poderoso del mundo.

Omer quedó aterrado, sombrío, no tenia nada que contestar á tan noble cariño y delirante entusiasmo. No se quiso aun dar por vencido, y reponiéndose, porque comprendió que aquella era su última campaña con la Condesa, y que si entonces nada conseguia no lo conseguia nunca, dijo con burlona compasion:

—Vos podeis amarle todo lo que gustéis, sois muy dueña, pero ya sabeis que él no corresponde á ese tierno amor, y que desde que ha venido de Sevilla os trata con desdeñosa frialdad. Acaso otra mujer..... ¡son las moras tan hermosas! añadió sarcásticamente.

—¡Miserable! gritó Doña Eloisa con su aire de reina; ¡miserable! atrévete á mí, te lo perdono, pero no á mi noble esposo, el que no eres digno de nombrar.

Y luego, comprendiendo que lo que mas podia ofender al moro era su amor por el Conde, dijo con ternura:

—Pues bien, aun cuando él no me amase, yo le amaría siempre, siempre, porque he nacido exclusivamente para amarle y adorarle, y añadió friamente, ya veis que nada conseguis con vuestras miserables calumnias. Retiraos, retiraos ó llamo y suceda lo que Dios quiera.

Era tan decidido y resuelto el ademan de Doña Eloisa, que Omer temia que hiciese lo que decia, y ya que nada pudo conseguir exaltando su vanidad y sus celos, trató de conquistar su compasion.

—Sí, llamad, llamad señora, gritó desesperado, llamad para que me asesinen delante de vos. ¡Oh! qué muerte mas dulce podia yo desear que morir en vuestra presencia?

Doña Eloisa se llevó las dos manos á la cabeza con verdadera angustia. No sabia qué hacer. Si dejaba á aquel hombre seguir en su conversacion, estaba ofendiendo su dignidad de dama y de esposa, si llamaba lo esponia á morir.

—Sí, llamad señora, para que me asesinen, gritó él que habia conocido el lado vulnerable de la compasiva dama.

—Mi esposo no asesina á nadie, contestó con dignidad; pero no llamaré por no esponeros á una prision eterna; mas vos no abusareis ya mas de mi generosidad; vais á marchar, á marchar por donde habeis venido; jurádomme que no volvereis á verme.

—Yo no haré jamás ese juramento que no podria cumplir, contestó Omer con energía.

Y luego escuchó con atencion por espacio de un rato. Se oyó un silbido prolongado como si fuese dado tras las paredes del oratorio.

El rostro de Omer se iluminó de placer, y dijo con acento triunfante asiendo las manos de Doña Eloisa.

—Ya sois mia, señora, yo he triunfado, y ese silbido me avisa que mis soldados son dueños del alcázar. Nunca habia querido emplear la fuerza por no disgustaros; mas persuadido de que no venceria vuestra orgullosa arrogancia, he seguido los consejos de Mahomed y el palacio me pertenece, como me pertenecerá mañana la ciudad.

La dama le miró asombrada; se la figuraba que Omer habia perdido la cabeza.

—Hacerse dueño del alcázar ni de Valladolid estando en el D. Pedro Ansurez? le contestó con acento compasivo, imposible. Durante su ausencia y gobernando D. Fadrique de Lara, era difícil, pero no imposible; mas hoy, hoy que el héroe de cien combates le defiende, no caerá en vuestro poder.

—¿Creéis inventible á vuestro esposo?

—No, pero no sois vos ni el miserable Mahomed los destinados á vencerle, dijo despreciativamente Doña Eloisa.

—Pues ahora lo vereis ya que me obligais á la violencia, gritó el moro furioso tapando con una mano la boca de la Condesa y arrastrándola con la otra hácia la sacristía, donde estaba la salida secreta.

—¡Pedro, esposo mio! murmuró la Condesa con voz débil.

Peró Omer con ademán de triunfo levantó la cortina murmurando:

—Sí, llama á tu esposo, que como tú está ya en mi poder y no puede defenderte.

Mas de repente, como si le faltasen las fuerzas, dejó caer á la Condesa helado de terror.

En la pared de la sacristía, de pié, con los brazos cruzados, sombrío, letal, estaba D. Pedro Ansurez, pálido como un cadáver.

—¿Vos aquí cuando os creia en poder de Mahomed? dijo Omer asombrado.

—Sí, yo, contestó el Conde grave y solemnemente; yo, que como un hombre vulgar, como un cobarde celoso he espiado á mi esposa y tuve la fria, la inaudita calma de oír toda vuestra conversacion sin presentarme. La accion es indigna de mí, lo confieso, pero la haria cien veces porque me hallaba desesperado, y ahora mi corazon se ve aliviado de un gran peso, ha recobrado su calma.

Don Pedro levantó á su esposa que estaba caída en el suelo y segun la dejára Omer.

La triste dama se veia tan angustiada, que no podia pronunciar una palabra.

Ella comprendia con su claro talento los males que iban á resultar por haberse reunido el Conde y Omer.

—Noble mujer, murmuró con ternura y respeto D. Pedro, no soy digno de tí; mientras que tú me adornabas en tu imaginacion de las mas honrosas y nobles cualidades; yo dudaba de tí, no de tu honor, añadió con energía, entonces seria indigno de perdon, sino de tu cariño. Yo temia ¡ay! que la ambicion se hubiese apoderado de tu corazon y que te fuese enojoso mi amor.

—¿Tal pudiste pensar? contestó con dulce reconvencion Doña Eloisa.

—Sí, porque valgo menos que tú, y esta sincera confesion que te hago te demuestra mi arrepentimiento. Yo con mis celos me he colocado á la altura del hombre mas despreciable, lo que demuestra que la humanidad no somos mas que polvo y miseria, añadió D. Pedro con humildad.

—Por Dios, esposo mio, dijo tiernamente Doña Eloisa, demos al óvido esa locura, y que la mas dichosa tranquilidad vuelva á reinar entre nosotros.

—Sí, reinará; pues gracias á mi mala accion de escuchar, todas mis dudas se han desvanecido y he comprendido que valias mas que yo.

—El que reconoce sus faltas y las confiesa, es un hombre grande y privilegiado, dijo Doña Eloisa con severa dignidad y como queriendo realzar al Conde á sus propios ojos.

—Sírname de disculpa mi amor; el que tiene un tesoro como tú, siempre teme el perderlo, contestó D. Pedro besándola las manos.

Los esposos se habían olvidado del príncipe moro y del mundo entero. En aquel momento no se veían mas que á sí mismos.

Pero no así él, que comprendiendo que había perdido la partida, quiso escapar en cuanto ellos estaban entretenidos en su amoroso coloquio, y para conseguirlo buscaba afanoso el resorte de la puerta secreta. Por mucho y mucho que trabajaba no lo podia conseguir. Difícil era porque estaba sujeto por el otro lado.

Comprendiendo al fin la inutilidad de sus pesquisas, golpeó furioso la pared á ver si el resorte se rompía.

Sus golpes llamaron la atención del Conde, que volviéndose á él, su rostro cambió de espresion apareciendo amenazador y severo.

Dejaba de ser el esposo amante para convertirse en el ofendido caballero.

—Os cansais en valde príncipe Omer, le dijo friamente; el resorte no se correrá por que ha sido inutilizado. Si el malvado y traidor esclavo Mahomed labró en mi palacio ocultas escaleras y puertas secretas, otro tan sábio como él, pero mas honrado, las inutilizára.

—¡El peregrino! dijo el moro confundido.

—Sí, el peregrino, que adivinó todos vuestros perversos planes y los desbarató.

—¿Y el silbido que Mahomed y yo teníamos de señal?

—Ese silbido anunció que todas las puertas del alcázar han sido cerradas por órden del peregrino, y que los que se hallen dentro no podrán escapar, dijo el Conde con ademan amenazador.

—Espero la muerte, contestó el moro con cobarde terror.

Don Pedro Ansurez le miró con compasiva lástima durante un rato, y luego le dijo con un acento frio y acerado como la hoja de un puñal.

—¡Tan valiente hace un momento con una débil mujer, y tan cobarde ahora conmigo!

—No soy cobarde, no, contestó Omer haciendo esfuerzos para dominar su terror, pero la fuerza está de vuestra parte y no dudo que me entregareis al verdugo.

—Pedro Ansurez no asesina, gritó el Conde con arrogancia.

—¿Y entonces me dejareis marchar libre? preguntó Omer alentando una esperanza.

El noble Conde le miró con insultante desprecio, y Doña Eloisa compasivamente.

—¿Qué haría uno de vuestros emires, y aun vos mismo, príncipe, si en-

contrárais en las habitaciones de vuestra esposa un hombre que la amenazaba y hacia violencia? Un hombre que valiéndose de la traicion habia procurado envenenar los dias del esposo, de la dama y el corazón de ésta; un hombre que intentase hacerse á traicion dueño de vuestra hacienda y de vuestra honra, ¿qué haría un moro? dijo el Conde con voz tonante y que retumbaba como el trueno.

Omer bajó la cabeza no queriendo contestar.

—¿Qué haríais vos? añadió Ansurez con sombría cólera y apretando con sus manos de hierro el brazo del moro.

—Le mandaría matar, pero no le maltrataría, dijo Omer débilmente.

—Eso haría un moro, ¿verdad? pues un cristiano obrará de otra manera. Vais á salir ileso de este oratorio, añadió el Conde acreciendo en majestad y como si se alzase su arrogante estatura; tenia derecho para mandaros matar por usurpador y ladron.

—¡Ladron! murmuró Omer como si protestase.

—¡Sí, ladron de mi tranquilidad y mi honra, miserable! gritó Ansurez irritado; ¡de mi tranquilidad y mi honra, que vale mas que todos los bienes del mundo! Y sin embargo no usaré de mi derecho y saldreis de aquí sin que os falte un solo cabello de la cabeza.

Omer le miró asombrado, no podia comprender tanta generosidad, y una sonrisa de desden asomó á sus lábios.

Doña Eloisa le dirigió una mirada amorosa y le dijo con cariño:

—Bien, esposo mio, bien mi noble.....

La Condesa no tuvo tiempo de concluir la frase. El Conde la detuvo con una mirada, y dijo al moro con un tono frio que daba miedo.

—Sí, saldreis de este oratorio por la misma puerta secreta por donde habeis entrado, y á la salida os espera el peregrino para llevaros á una de las cámaras del alcázar y ser en ella vuestro guardia de vista hasta mañana.

—¿Y mañana? preguntó Omer alentado apenas.

—Mañana, contestó D. Pedro acentuando cada una de sus palabra, debiendo entregaros al verdugo en la plaza de mi leal ciudad, os haré el honor de medir mi espada con vos, y teniendo derecho para mandaros ahorcar como un miserable, os mataré como un caballero.

Doña Eloisa se apoyó desfallecida en el hombro de su esposo.

No podia oponerse á aquel duelo, heróico acto de nobleza y del que solo era capaz Ansurez, pero la aterraba.

Temia por su esposo. Los moros eran entendidos en la espada, y Don Pedro podia morir por un error de la suerte.

El Conde prosiguió dirigiendo á Omer su mirada altiva y leal.

—Acaso mis iguales, mis contemporáneos, me acusen de nécio por medirme lealmente y cuerpo á cuerpo con un miserable como vos; pero lo prefiero á manchar mi limpio honor con la muerte de un enemigo indefenso. Es preciso que vos dejeis de existir, añadió roncamente; nadie que amenazó y se atrevió con la esposa de Ansurez, debe vivir.

Omer repuesto de su miedo al ver que no le mataban en el momento y que aun le quedaba la esperanza de que Mahomed le libertase, dijo burlesonamente:

—No cantéis tan pronto victoria, cristiano, que aun no sabemos quien de los dos morirá.

—Tú seguramente, contestó el Conde con esa fé que dá la defensa de una noble causa, y ya nadie podrá decir que osó amenazar á la señora de Valladolid en su leal ciudad y en su mismo alcázar.

Y sin esperar que el moro hablase mas, fué á donde estaba colocada la salida secreta, y dijo en voz alta:

—Don Hugo, podeis entrar.

Rechinó el resorte, y abriéndose la puerta secreta apareció el peregrino.

Doña Eloisa le miró asombrada, comprendió que su esposo sabia el nombre y la clase del peregrino cuando le trataba como á su igual y le encargaba de una comision tan delicada como era la de guardar á Omer.

—Os lo entrego, D. Hugo, dijo el Conde al peregrino con acento amistoso y señalándole al moro.

—Descuidad, D. Pedro, contestó éste en el mismo tono, mañana estará á vuestras órdenes.

Y cogiendo al moro bruscamente, lo hizo salir por la puerta secreta.

CAPÍTULO VII.

Un esposo de la edad media.

Don Pedro Ansurez cogió á su esposa en brazos, y casi desfallecida la trasportó á su cámara, y haciéndola sentar en un sillón, trató de calmarla con las mas tiernas y cariñosas expresiones.

Doña Eloisa estaba tan dolorosamente impresionada, que nada la tranquilizaba, y murmuraba helada de terror:

—Tú, Pedro, tú, el mas illustre y noble caballero de Castilla, batirte con ese miserable!

—Porque me tengo por noble, esposa mia, me batiré con él, contestó el Conde dulcemente. ¿Qué querias que hiciese? Creo no aprobarias que le mandase matar siendo yo ofendido y juez.

—¡Oh eso no! dijo horrorizada la dama; ya sabes que la sangre me espanta.

—¿Y entonces querias que le dejase libre para cometer nuevos atentados y que infamase tu honra y la mia?

Doña Eloisa bajó la cabeza y contestó tristemente:

—Una prision segura le impediria hablar, y á mi me quitaria esta angustia que tengo en el corazon.

—De la prision se sale, dijo sombríamente el Conde; de la tumba no. Harto hago igualándole á mi y poniéndome lealmente en frente de él.

—Pero espones tu vida, Pedro mio, añadió dolorosamente la dama; tu vida, que para mí es tan preciosa.

—La he espuesto tantas veces por cosas que valian menos, contestó encogiéndose de hombros D. Pedro.

Doña Eloisa no pudo menos de admirarle. Aquel era el verdadero y tranquilo valor, sin mezcla de fanfarroneria. Sin embargo, la noble dama estaba llena de dolor.

—El mas valiente puede ser muerto por un cobarde, esposo mio, le dijo con ardiente ternura. ¡Si ese miserable te matase seria horrible!

—Pobre opinion tienes de mí, Eloisa, cuando abrigas ese temor, contestó el Conde sonriendo.

—Tú sonries y yo lloro, añadió la Condesa, enjugándose las lágrimas.

—Vamos, no seas niña, dijo el Conde besando sus ojos y secando con sus lábios las lágrimas; este duelo es preciso; es una cosa necesaria. En cuanto exista ese hombre tú no puedes tener hora de tranquilidad, ni yo de ventura.

—Lo comprendo; pero es tan triste para mí saber que vas á batirme, y que yo, aunque inocente, soy la causa.

—¿Y qué otra mas digna, noble y que yo estimè mas podria tener? dijo Ansurez con entusiasmo.

—¿Y ese mero que se atrevia á decir que no me amabas? añadió Doña Eloisa, sonriendo á través de sus lágrimas.

—¡No amarte yo á tí, mi tesoro! gritó el Conde con un sublime grito de ternura; ¿por quién sino he querido hacerme grande y distinguido? ¿Por quién he ceñido muchas veces la coraza y empuñado la espada? Era por tí, mi hermosa Eloisa; por tí, pues no queria que hubiese otro hombre que dijese que valia mas que tu esposo.

La Condesa dejó caer la cabeza en el hombro de su esposo, y en aquel momento no era de dolor, sino de alegría; cogió sus manos y las cubrió de besos con delirante entusiasmo.

Don Pedro continuó con belicoso ardor:

—¡Cuántas veces en lo mas récio de la pelea y al sentirme desfallecer de cansancio, recobraba mis perdidas fuerzas al recuerdo que conquistaba laureles para tí, y laureles que tú colocabas sobre mi frente!

Doña Eloisa era tan fuerte la emociion que sentia, que no pronunciaba una palabra; pero sus hermosos ojos decian mas que el discurso mas amoroso. Hay momentos que las palabras son demasiado frias, demasiado débiles para espresar lo que se siente. Doña Eloisa se encontraba en uno de esos instantes, el que la recompensaba de todas sus amarguras pasadas, durante el tiempo que su esposo dudaba de ella.

El Conde continuó en voz baja y como si se avergonzase que su misma esposa le oyese:

—Si te he tratado con desigualdad y despego, si he cometido la bajeza de escuchar tu conversacion con Omer, es por lo mucho que te amo; es por lo que te adoro, y estoy siempre temiendo no ser digno de tu cariño, pues valgo muy poco á tu lado.

—Pedro, me harás ruborizar, murmuró Doña Eloisa besando sus cabellos.

—Si, deseo impaciente que llégue mañana para quitar de en medio al

miserable que te ha insultado y que ha sido la causa que me manifestase injusto contigo por la primera vez. Luego que él se muera, ó que yo le mate, ya no habrá quien se oponga á nuestra dicha completa.

—¿Y Mahomed, y Mahomed? dijo débilmente la Condesa.

—¡Mahomed morirá á manos del peregrino como Omer á las mias! contestó D. Pedro con grave seguridad. Le debe esa compensacion por lo que hizo sufrir á su futura esposa.

—¡El peregrino! ¿Quién es ese ser extraño que se rodea de tanto misterio, y que sin embargo te inspira á tí una completa confianza? Preguntaba Doña Eloisa pensativa.

—Es un noble y distinguido caballero, á quien sus desgracias hicieron que fuese uno de los constructores mas sábios de España, y gracias á él nuestro puente será una gran obra. ¿No estás contenta con él, Eloisa? Es una obra asombrosa la que hizo el peregrino, y aun mas admirable que la de Mahomed.

Como se ve, el Conde queria distraer la atencion de la Condesa, y que no pensase en cosas tristes.

La curiosidad de Doña Eloisa excitada por el peregrino, hizo que se olvidase por un rato del combate que se iba á celebrar al otro dia, y dijo sonriendo maliciosamente.

—Señor D. Pedro Ansurez, tenéis secretos para vuestra esposa, vos sabéis quien es el peregrino y no me lo decís.

—No seas exigente, Eloisa, dijo el noble caballero confuso, los secretos del peregrino no son míos, y no puedo revelártelos.

—¡Ola! ¿con que esas tenemos, señor esposo? continuó la Condesa con cómica gravedad.

—Sí, querida, y tu has hecho lo mismo con lo que te confió tu amiga Zoraida.

—Doña María de Ronda, si no lo tomas á mal, Pedro, dijo la Condesa sonriendo; y luego añadió con aparente enojo: ¿Con que el señor peregrino te reveló á tí lo que no nos dijo á mí ni á su amada? Me parece bien por la galantería.

—¿Qué quieres, esposa mía? tuvo ese capricho, contestó el Conde, como pesaroso por no poder complacerla; y luego añadió con dignidad. Debo guardar su incógnito aun de tí. Un hombre que se ha portado con tanta lealtad y valentía, sin él tal vez no estuvieses en esta cámara, Eloisa, y yo seria víctima de la mas infame asechanza. El hombre mas valiente puede perecer por una traición.

Doña Eloisa se estremeció y se puso pálida. Estas palabras la recordaron

la verdadera situación de su esposo, que por un momento había olvidado. Le miró inquieta y dijo:

—Sí, la traición, Pedro mio. ¿Y no puedes ser mañana víctima de ella?

—No, Eloisa, porque nuestras medidas están bien tomadas, contestó el Conde con seguridad.

—Es que Mahomed no está preso, y Mahomed es un demonio encarnado, dijo con angustia Doña Eloisa.

—Demonio á quien el peregrino conjura con el agua bendita de su daga, contestó el Conde sonriendo. Ya le ha vencido como constructor, como político, y teniendo mas astucia que él, solo le falta vencerle como hombre, y no dudes que le vencerá, porque los malvados son cobardes.

—Sí, pero aun los mas cobardes se vuelven valientes cuando se trata de defender su vida; y por eso, temo á Omer, Pedro. El sabe que no le queda mas esperanza que matarte para salir libre y lo intentará; pero desgraciado de él! añadió aquel ángel echando fuego por los ojos y convirtiéndose en demonio; si te matara, moriría despedazado por mis propias manos.

—Si lo hace lealmente está en su derecho y sería libre, dijo el Conde gravemente; pues yo al medirme con él cuerpo á cuerpo, por muy despreciable que sea lo hago caballero, y un caballero que mata á otro en leal combate, es libre de ir á donde se le antoje.

—Eso no es ya generosidad, es locura, gritó la Condesa torciéndose las manos.

—Soy caballero, me llamo Pedro Ansurez, y algo tengo que salir de la esfera comun para estar á mi altura, dijo el Conde altivamente; luego añadió con mas dulzura. Tranquilízate, Eloisa, y no abrigues el menor temor. Le mataré, tengo esa íntima seguridad, y jamás me ha engañado mi corazón.

Habia tal serenidad, tal tranquilidad en el acento del Conde, y tan íntima seguridad, que los terrores de Doña Eloisa empezaron á calmarse.

—Pues bien, dijo con sublime fè, que te oiga Dios, y él que sabe de parte de quien está la justicia, que dé la victoria á quien le corresponda.

—Así quiero verte, señora de Valladolid, valiente esposa de un guerrero, añadió Ansurez disponiéndose á salir.

—¿A donde vas? preguntó Doña Eloisa alarmada.

—A ver al peregrino y saber cómo está nuestro prisionero; soy á tu lado al momento; recójete sin el menor cuidado.

—¿Quieres marcharte á batirte sin despedirme de mi? dijo la noble dama temblando.

—Te juro por mi honor que estoy de vuelta antes de una hora, dijo el Conde acariciándola como á un niño enfermo abandonando la cámara.

CAPÍTULO VIII.

Ultimos esfuerzos.

En tanto que Omer tenía la conferencia con la Condesa, Doña María (ó Zoraida) recibía un pergamino de Mahomed, en que la citaba para el Prado de la Magdalena á la siguiente mañana.

El moro la decía que si no asistía, las personas que amaba correrian grandes peligros, y aun la insinuaba que tenia que revelarla un importante secreto que atañia á la vida del Conde y á la tranquilidad de Doña Elvira.

La primera intencion de Doña María fué no ir; pero se trataba de los Condes, de sus protectores y padrinos y la pareció que era un egoismo y una cobardía no asistir, y se determinó á ir.

Sin embargo, como conocía á Mahomed y sabia de lo que era capaz, pues su largo cautiverio en el subterráneo se lo habia enseñado, hizo que la acompañasen veinticinco lanzas de los hombres de armas del Conde y de los mas valientes y aguerridos.

No quiso llevar en su compañía al perégrino porque, además que no debía separarse de Omer y ser el juez del combate entre él y D. Pedro Ansurez, conocía que seria una complicacion; pues él y Mahomed se aborrecian, como que los dos la amaban y tenian celos uno de otro.

En litera y escoltada por las lanzas, llegó al Prado de la Magdalena á las ocho de una lluviosa mañana de enero; pues el tiempo que habia estado tan bello el dia anterior para la augusta ceremonia de su baulizo, no estaba igual para su entrevista con el moro, como si quisiese protestar de ella.

Al verla Mahomed, que ya la esperaba hacia rato, tan bien acompañada, comprendió que nada podia intentar en contra suya, lo que le hizo mordeirse los lábios de despecho.

Veinticinco lanzas del señor de Valladolid valian mas que doscientos árabes y era del todo imposible pensar en llevarse á Zoraida.

La nueva cristiana sacó la cabeza por una de las ventanillas de la litera y le hizo una seña de que se acercase.

El moro se negó con otra y la insinuó que se bajase.

Doña María estaba resuelta á no hacerlo, y así se lo mandó decir al moro por uno de los hombres de armas; pero el moro, mal pensador como todo perverso, temió le hiciese Zoraida traicion y al estar á su lado lo mandase prender, y así lo manifestó.

Doña María hizo un gesto de indignacion y su primera intención fué marcharse; pero se trataba de la vida del Conde, y con paciente calma contestó que no temiese; que ella le respondia de su seguridad, y que si no venia en seguida se marchaba.

Mahomed se acercó á la litera, aunque con recelo. Doña María hizo una seña á los hombres de armas para que se apartasen un pequeño espacio, y con esto el moro se tranquilizó y dijo friamente:

—¿Con que Zoraida ya no se llama Zoraida, sino Doña María?

—Soy cristiana, y como tal he cambiado el nombre, contestó secamente la jóven; pero si solo me habeis llamado para decirme eso, me retiro.

—Os he llamado para deciros que en vuestra mano está ser la señora de Valladolid en union conmigo, y aun la reina de Castilla si lo deseais.

Zoraida se sonrió con burlona lástima, y dijo severamente:

—Ya sabeis que con vos nada quiero. Cuando era mora no queria el paraiso de Mahoma y hoy que soy cristiana renunciaria al cielo si supiera que vos ibais á él.

Las facciones de Mahomed se descompusieron, y dijo roncamente:

—¿Y es esa vuestra última resolucion?

—Siempre lo ha sido; y no ignorais que en vuestro poder preferia morirme. Ved si ahora me cambiaria por una corona imaginaria; pero que aun cuando fuese real, la despreciaria.

—Pensad lo que decis; vuestro desdén va á causar males horribles, y no ha causado ya pocos.

Doña María se encogió de hombros y dijo secamente:

—He venido porque me habeis dicho que el Conde corria peligro. ¿Qué peligro es ese?

—No te lo diré, no, ingrata mujer, gritó el moro desesperado; y ya que castigo todo es inútil y nada vale, perecerás tú y los tuyos antes de veinticuatro horas.

Y saltando como un mono, desapareció en seguida de la vista de la nueva cristiana.

Esta exhaló un suspiro y murmuró:

—No debí haber venido. Bien me decia la Condesa, este miserable es incorregible.

Hizo una seña á los de la litera que se disponian á conducirla, cuando escucharon el estruendo de un añafil, y Doña María, comprendiendo se acercaba el Conde para tener su combate con Omer, quiso presenciario para llevarla noticias ciertas á la Condesa, y se apartó á un lado seguida de su escolta.

Don Pedro Ansurez, montado en un hermoso caballo bayo y llevando á su derecha al peregrino, se acercaba hácia donde estaba Doña María oculta por un sotillo.

Omer, pálido y aterrado, armado con todas sus armas, montaba otro caballo negro é iba en medio de dos hombres de armas del Conde, de manera que le era imposible el escapar.

Al llegar al medio del prado, el Conde echó pie á tierra, y Omer sacando fuerzas de flaqueza le imitó.

Don Pedro hizo una seña á los tres hombres y al peregrino que se apartaran un corto espacio, y dijo á Omer adelantando friamente y poniéndole una mano en el hombro.

—No quise que nuestro combate fuese en campo cerrado y como debiera ser, porque soy hasta lo último caballero con vos, y al mataros no quiero que me quede el menor remordimiento.

Omer palideció y un temblor convulsivo agitó sus miembros.

Don Pedro continuó aun con mas frialdad.

—En campo cerrado, si teniais la suerte de matarme, seriais despedazado por mis vasallos; aqui si salis vencedor marchareis libre, pues el peregrino me ha dado su palabra de dejaros partir, y un noble como D. Hugo no falta á ella; en cuanto á los tres hombres de armas, que nos acompañan, obedecerán sus órdenes. Defendeos, pues, y con vigor, pues á pesar de mi caballerisca lealtad, estoy dispuesto á mataros y os mataré.

Omer volvió á estremecerse.

Le causaba miedo aquella segura tranquilidad y valor sereno.

Don Pedro desenvainó su espada, y el moro haciendo un esfuerzo se puso á la defensiva.

El Conde atacaba frio y sereno como el que tiene que cumplir una sagrada mision y castigar á un culpable.

Omer se defendía mal, y sin ser cobarde precisamente, estaba aterrado al ver la fría seguridad del Conde.

Don Pedro no se apresuraba como si estuviese seguro de su vencimiento.

El moro irritado con aquella superioridad, hizo esfuerzos inauditos para hacérsela perder, y al ver que nada conseguía, empezó á desesperarse y perder el tino.

De la defensa que era bastante para él, pasó al ataque, y esto le perdió mas pronto. Lleno de rabiosa cólera daba golpes sobre golpes que la mitad iban al aire, pues D. Pedro era mas fuerte que él y estaba mas tranquilo.

En uno de sus inútiles golpes se le rompió la espada, y su generoso enemigo en vez de aprovecharse de esta ventaja, arrojó la suya al suelo y sacó la daga.

Omer le imitó, y el combate siguió mas reñido que nunca.

El peregrino al ver la heroica acción del Conde, cuando ya tenía al enemigo á su merced, le gritó:

— ¡Ah D. Pedro! no hay en toda España un caballero mas digno que vos, y debiérais estar en los de la tabla redonda del rey Arturo. Estoy orgulloso de ser vuestro amigo, y sólo siento que empleéis vuestra generosidad con quien no es digno de ella ni puede comprenderla.

— Quiero matarle en toda regla, D. Hugo, y no tener nada que reprocharme, contestó el Conde tranquilamente y sin dejar de hacer frente á Omer.

Este estaba desesperado y hacia esfuerzos inauditos para defenderse; comprendía que su vida corría el peligro mas grande que habia corrido nunca.

Pero fué inútil; la daga del Conde le atravesó el pecho.

Omer cayó sin dar un grito, y D. Pedro sacando su puñal de misericordia le remató con él y el principe moro no volvió á levantarse.

El peregrino se acercó, y tocando al moro dijo:

— Muerto!

— Y bien muerto, contestó D. Pedro limpiando tranquilamente su puñal, y añadió con energía y como si se viese aliviado de un gran peso. Ya no habrá quien diga que se ha atrevido á hablar de amor á la esposa de Ansurez, y que la insultó en su misma cámara.

De repente y cuando ya iban á retirarse, se vieron envueltos por un verdadero ejército de árabes, á cuya cabeza venia Mahomed. Eran mas de cuatrocientos.

Una sonrisa de desprecio asomó á los labios del peregrino, que dijo al Conde en voz baja:

—¿Qué os decía yo, D. Pedro? — dijo el Conde echando mano á su espada.

—En efecto, hay que confesar que conocéis la intriga mejor que el señor de Valladolid.

Entre tanto Mahomed se acercó y dijo con arrogancia: — ¡Daos preso, D. Pedro Ansuérez, si no quereis morir!

—Yo preso por un miserable esclavo? contestó el Conde echando mano á su espada y poniéndose á la defensiva.

El peregrino le imitó, y Zoraida, que desde su escondite vió lo que sucedía, dijo con valiente energía á sus guardianes:

—¡Corramos á defender al noble Conde, que está en peligro por una traicion de Mahomed!

Los hombres de armas la siguieron, y la noble heroína, montando en un caballo, se puso al lado del Conde y el peregrino con su pequeña escolta.

—¡Bien, mi hermosa ahijada! dijo el Conde sonriendo, serais digna de calzar la espuela de oro.

El peregrino la besó las manos amorosamente, diciendo:

—¡Mi encantadora María, y qué valiente castellana harás defendiendo tu castillo!

Mahomed, poco intimidado al ver las veinticinco lanzas y creyéndose invencible en medio de su ejército, dijo en árabe:

—Valientes: á desbaratar y vencer á esos perros, para vengar á nuestro noble señor, ya que no llegamos á tiempo de salvarlo.

Los árabes se lanzaron dando grandes voces sobre el Conde y sus defensores, y todo hacia temer una catástrofe. Mas el peregrino, aplicando una corneta á sus lábios, la sonó tres veces.

Mahomed se estremeció, porque el peregrino era el único hombre á quien él temía.

A los dos segundos aparecieron cien lanzas por el otro lado del prado, con la bandera de Valladolid y armados para el combate.

Mahomed y sus árabes se vieron cogidos en medio, y aunque trataron de defenderse, fué inútil.

Pronto la poderosa presencia del Conde, auxiliado del peregrino, que se batía como un valiente, puso en completa dispersion y derrota al ejército árabe. Los que no fueron muertos ó cayeron heridos, huyeron cobardemente, y el Conde quedó dueño del campo y vencedor.

El peregrino, no queriendo que se le escapase Mahomed, le persiguió hasta darle alcance, y lo trajo preso á la presencia del Conde.

—Señor de Valladolid, le dijo con grave y solemne ademan, ¿me dais

vuestro permiso para que mande hacer una justicia con este miserable que no es digno de morir por las manos de un caballero?

Don Pedro le hizo con lo cabeza una seña de que sí, y apartó la vista con repugnancia.

Zoraida se estremeció de horror y se cubrió el rostro con las manos, no queriendo ver lo que iba á pasar.

El peregrino, aterrador y sombrío, hizo una seña de autoridad, y un hombre con una cuerda en la mano salió de entre las lanzas.

—¡Perdon! gritó Mahomed, cayendo de rodillas á los piés del peregrino.

—¡No hay perdon para ti, malvado y traidor esclavo! contestó friamente el romero; no hay perdon para ti, asesino y envenenador. ¡Muere, asesino de D. Fadrique! ¡Muere, envenenador de D. Alonso, muere!

Y con solemne ademán lo separó de sí, y el verdugo asió de él.

A los pocos momentos el cadáver de Mahomed pendía de un árbol ahorcado, y las aves de rapiña revoloteaban en torno de él.

Doña Maria la metieron casi desmayada en su litera.

El peregrino y el Conde regresaron silenciosos al alcázar.

Los cuerpos de Omer, sus árabes y Mahomed, quedaron para pasto de las carnívoras aves.

CAPÍTULO IX.

Conclusion de la grande obra.

Dos dias despues de la muerte de Omer y de Mahomed, toda la córte del señorío con los Condes á su cabeza estaba reunida á orillas del Pisuerga.

Era una hermosa tarde, y un sol claro hacia brillar las joyas de las damas y las armas de los caballeros.

El objeto de su reunion era ver el hermoso puente mayor que ya estaba concluido.

Concluido sin que tuviese un defecto, y de una manera que demostraba la gran sabiduría de constructor del peregrino.

Le habia añadido otro tanto, y la union se veia clara y sin que quedase la menor duda, pues el puente tenia doble anchura de cuando lo habia hecho Mahomed.

Era una obra grandiosa, magnífica, y que entusiasmaba á todos los cortesanos.

Parecia imposible que á aquella fuerte fabricacion se hubiese podido unir otra igual en todo, y que solo se distinguia por la añadidura de debajo de los arcos y por la doble anchura que tenia.

Doña Eloisa vestida con un riquísimo traje de brocado blanco bordado de oro y con corona del mismo metal en su hermosa frente, estaba radiante de placer. Veia concluida y sin un defecto la magnífica obra que ella habia imaginado, pues la primera idea fuera suya, y ya no tenia enemigos que amagasen su dicha porque habian muerto.

El conde D. Pedro, cubierto de un ostentoso traje de córte, grave y

injertuoso, la estrechaba tiernamente la mano, y Doña María colocada al lado derecho de la Condesa, estaba bellísima con su traje de seda azul y su velo blanco de encaje.

El abad de Santa María y sus canónigos rodeaban á los Condes y miraban entusiasmados el magnífico puente mayor.

Un poco mas lejos los acompañaban todos los caballeros y damas del señorío.

Solo faltaba el peregrino, el perfeccionador de aquella hermosa obra, y por consiguiente el héroe del momento.

Doña María dirigia al camino sus impacientes miradas, pues la parecía que cada momento que tardaba en venir su amante era un laurel que perdía.

La Condesa tambien estaba sorprendida de la tardanza del peregrino, y dijo á su amiga dulcemente:

—No temas, María, ya no puede tardar, pues es demasiado galante para hacer esperar á las damas.

—Ya vendrá, ya vendrá, no hay que apurarse señoras, añadió maliciosamente D. Pedro, y cuando tarda tendrá sus motivos.

—Es una picardía hacerse esperar hoy, y....

Zoraida no pudo concluir la frase.

Algunos pasos distante del puente apareció el peregrino á caballo seguido del alcaide de palacio Manrique Yañez y de un escudero que traia una bandera desplegada.

El peregrino que ya no lo era, pues se habia despojado de su ropon, de su esclavina y sus conchas, vestia una lujosa armadura y un casco de acero bruñido con relieves dorados, y una cimera con plumas blancas y azules se veia en él, las que se agitaban á merced del viento. Espada con empuñadura de plata y daga damasquina con empuñadura de oro.

Con este traje, el peregrino era un gallardo y arrogante jóven de treinta años, lleno de varonil belleza y marcialidad.

Su escudero tambien vestia un traje de guerra, y llevaba orgullosamente su bandera.

Manrique Yañez le daba respetuosamente la derecha, y al parecer le hablaba con la mayor consideracion.

Al llegar el peregrino cerca de los Condes y de su comitiva, echó pie á tierra y su escudero le tuvo el estribo.

Adelantó con el casco en la mano, y sus hermosos cabellos caian sobre su espalda.

Doña Eloisa le miraba asombrada; siempre le habia tenido por caballero, pero no tan ilustre que pudiese desplegar bandera.

La nueva cristiana con un amoroso éstasis, y los cortesanos con la estupefacción pintada en sus semblantes.

Solo el Conde estaba tranquilo y sonriente como si gozase con la sorpresa de todos.

—Señor conde de Carrion y señor de Valladolid, ilustre Doña Eloisa, señor abad y nobles caballeros, creo que he cumplido mi palabra, dijo el guerrero incógnito gravemente y señalando al puente.

Se oyó un grito unánime que decía:

—¡Viva el sábio constructor!

El Conde le estrechó la mano lo mismo que el abad, y Doña Eloisa le dió á besar la suya por un movimiento instintivo.

Doña María no se movió, nada dijo, pero sus ojos hablaron por ella.

Don Pedro Ansurez hizo una seña, y un espacio grande quedó entre él y el constructor español.

Los cortesanos, incluso el abad, se apartaron con respeto.

El ilustre señor de Valladolid con aquella nobleza y distincion que solo á él correspondía, dijo con voz fuerte y poderosa.

—Mis buenos y leales vasallos: vosotros no habeis visto hasta ahora en el caballero que teneis delante mas que al sábio artista.

—Sí, muy sábio, dijeron todos, y el abad el primero.

Don Pedro Ansurez hizo seña de que no se le interrumpiese, y todos guardaron el mas respetuoso silencio.

El Conde prosiguió:

—Cuando sepais el nombre del ilustre constructor que veis, aun os admirareis mas de su saber. El humilde peregrino, añadió con voz acentuada, el sábio constructor de una obra que sin él seria peligrosa é imperfecta, se llama D. Hugo de Moncada, conde y señor del Llobregat en Cataluña, primo hermano del ilustre rey de Aragon y de D. Ramon Berenger, conde soberano de Barcelona, cuya corona le corresponde á morir Don Ramon sin herederos.

—Dios guarde á mi ilustre primo, dijo D. Hugo con nobleza.

Nadie pronunció una palabra; al oír esto, el asombro se trocó en estupefacción.

Reinó un solemne silencio por espacio de algunos minutos.

Doña Eloisa, como la mas autorizada, lo rompió diciendo con su dulce agrado.

—¿Y cómo el ilustre conde de Llobregat, el pariente de reyes, ha aprendido el arte de constructor, de lo que se desdeñan los caballeros sus iguales?

—Señora, contestó D. Hugo, he pasado la mayor parte de mi vida prisionero del califa de Córdoba, que en vez de aceptar mi rescate, me hizo aprender á trabajar en sus obras, porque así convenia á sus miras políticas. El hermano segundo de mi padre, y su heredero en el condado y señorío del Llobregat á su muerte y la mia, le convenia que estuviésemos toda la vida prisioneros; pues mi noble padre era mi compañero de cautiverio, y para hacerse él dueño de nuestro señorío, propuso al califa que si me tenia preso, él le abria la entrada de Cataluña por su territorio y el rio Llobregat. El califa Abderraman cumplió su promesa teniéndome cautivo desde los doce años que cayera en su poder hasta los veinticinco que salí de él; pero mi tio no cumplió la suya y lo estuvo siempre entreteniendo durante tantos años, hasta que el califa, irritado, me dejó libre y sin rescate. Corri á mi pais para conquistar mi herencia, y mi primo el conde soberano de Barcelona me hizo justicia, despreciando al usurpador que habia andado en indignos tratos con el moro para conservar unos bienes que robaba, y me entregó el rico señorío del Llobregat. Yo me encontré conde, señor de vasallos y entendido artista, pues por espacio de trece años me habia ocupado en todas las obras de Córdoba, que son las mas hermosas de España. Ahí teneis explicado, noble señora, como soy constructor entendido, á pesar de ser caballero y conde.

—¡Dichosos los que como vos poseen tan relevantes dotes! dijo Doña Eloisa noblemente.

—Señora mia, donde está el conde D. Pedro Ansurez todos nos quedamos atrás, añadió con entusiasmo el de Llobregat; y cuidado que yo lo entiendo, pues conozco á casi todos los soberanos de España. Ellos brillan por su corona, D. Pedro Ansurez por su heroismo. Yo soy constructor por casualidad, y caballero por el nacimiento. Él es la flor de la caballeria, porque se ha empeñado en distinguirse de todos por sus acciones heróicas y desinteresadas.

Doña Eloisa escuchó aquel elogio de su esposo como si oyese una música celestial.

Don Pedro Ansurez, que era modesto, como todos los que valen mucho, quiso que cesasen los elogios del peregrino, y dijo:

—Mis buenos vasallos, este ilustre caballero, no contento de perfeccionar nuestro hermoso puente, ha salvado por dos veces la vida de vuestro señor y devuelto la tranquilidad á vuestra señora.

—¡Viva! ¡viva! gritaron nobles y plebeyos con entusiasmo.

—Sí, ¡viva! añadió D. Pedro conmovido; y solo siento no tener con qué pagarle tantos favores.

—Sois depositario de un tesoro que yo ambiciono, señor de Valladolid, dijo el conde de Llobregat señalando á Doña María. ¿Me la otorgais para esposa?

—Ella es dueña de su persona y de su corazón, se apresuró á decir Doña Eloisa. Que ella conteste si os acepta por esposo, y será el mayor placer que pueda darnos.

La hermosa joven ocultó ruborizada su rostro en el seno de su bella y distinguida madrina, y por única contestacion entregó su mano al de Llobregat.

Todos los cortesanos palmorearon de placer, y el abad, tomando por primera vez la palabra, dijo:

—Con permiso de los Condes, mis señores, yo daré la bendicion y uniré con el santo lazo del matrimonio á la noble infanta Doña María de Ronda y al ilustre D. Hugo de Moncada, conde y señor del Llobregat, dentro de tres dias.

—Habeis pensado lo mismo que nosotros, buen padre, contestó Doña Eloisa con respeto.

El abad alzó las manos al cielo, y arrodillándose, dijo con solemnidad:

—Demos gracias á Dios por haberse llevado á feliz término la suntuosa y hermosa obra del puente mayor.

Todos cayeron de rodillas y oraron fervorosamente por espacio de un rato.

El abad se puso en pié y dijo con voz fuerte:

—¡Viva la condesa Doña Eloisa, que fué la primera que pensó en hacer el puente! ¡Viva el ilustre conde D. Pedro! ¡Viva el sábio constructor conde del Llobregat!

—¡Vivan! contestaron todos á una voz, y conmovidos hasta derramar lágrimas.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

EPÍLOGO.

Tres dias despues, y segun habia dicho el abad, se celebró el casamiento del conde de Llobregat y Doña María en la iglesia de Santa María, siendo padrinos los Condes y señores de Valladolid.

La ceremonia fué suntuosa, y duraron las fiestas mas de un mes; al concluirse, los nuevos esposos partieron de Valladolid y los acompañaron Doña Eloisa y su esposo hasta la salida del puente mayor.

Allí se separaron las dos hermosas damas derramando lágrimas, y los dos condes se abrazaron jurándose una amistad de hermanos y de acudir mutuamente al auxilio uno de otro con sus personas y vasallos, lo que cumplieron muchas veces.

Doña María en su señorío y castillo del Llobregat, hacia la mas hermosa castellana de aquellos contornos, rodeada del amor de su esposo y de sus vasallos.

El ilustre D. Hugo no se desdeñaba de dirigir las construcciones de su condado y aun las de Barcelona, cuando su primo el conde soberano lo llamaba.

El emir Selin, alcaide de Ronda, nunca volvió á saber de su hermosa hija, justo castigo de su egoismo y ambicion.

En cuanto al distinguido señor de Valladolid, al noble D. Pedro Ansurez y su encantadora esposa Doña Eloisa, despues de la construccion de la grandiosa obra del puente mayor, hicieron otras muchas, como la iglesia de Santa María la Mayor, hoy la Catedral, y la otra se llamó Santa María de la Antigua, para distinguirse; el hospital de todos los santos, é infinitas otras que hay en Valladolid.

Algunos años mas tarde, el poderío de los Condes con los ilustres y ricos enlaces de sus hijas fué inmenso, y eran los que tenian mas influencia en Castilla.

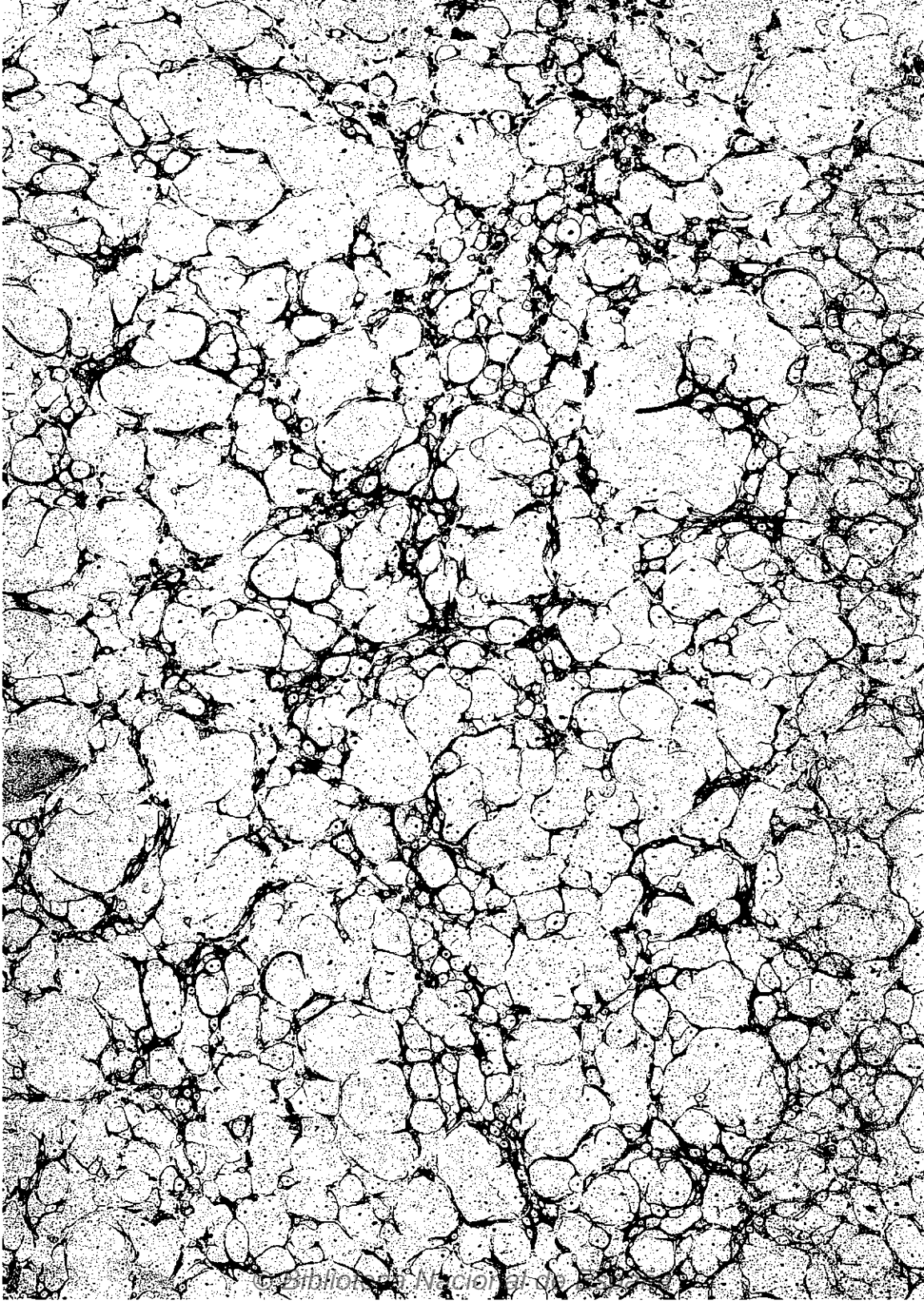
Pero cuando esta grandeza llegó á su colmo, fué á la muerte de la reina Doña Constanza, esposa de D. Alonso VI, el cual nombró á los Condes ayos de su única hija la infanta Doña Urraca, siendo lo que mas influyó en el ánimo del rey, la esperanza que al lado la infanta de una señora tan virtuosa y sábia como Doña Eloisa, recibiría una educacion cual correspondia á su clase y circunstancias.

Los Condes, con quienes venia á vivir la infanta Doña Urraca hasta su casamiento, salieron á recibirla con una magnífica y lujosa comitiva, hasta mas allá del puente mayor.

FIN DEL EPÍLOGO Y DE LA LEYENDA.



El Excmo. Ayuntamiento de Valladolid, en vista del informe emitido por el Sr. Síndico Dr. D. Bonifacio Cámer, acordó conceder á la autora una gratificacion para el coste de impresion de esta obra.



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1103690860